

UNIVERSIDAD DE LAS AMÉRICAS PUEBLA

ESCUELA DE HUMANIDADES

Departamento de Letras, Humanidades e Historia del Arte



Héctor Aguilar Camín: de la literatura comprometida a la legitimación del poder

TESIS PROFESIONAL PRESENTADA POR

Norma Alicia Zúñiga Cisneros

I.D 206121-24

Como requisito para obtener el grado de:

Maestra en Lengua y Literatura Hispanoamericana

TESIS DIRIGIDA POR

Doctor Raúl Calderón Bird

Santa Catarina Mártir, Puebla Otoño de 2011

Abstract

En el presente trabajo nos proponemos analizar los aspectos intratextuales y extratextuales que permitirán establecer la trayectoria profesional de Héctor Aguilar Camín dentro del campo literario y, desde luego, su posicionamiento en la elite de poder. Pues finalmente pretendemos demostrar que la narrativa de Héctor Aguilar Camín manifiesta un cambio de temática, ya que pasa de una narrativa de denuncia a una narrativa sin denuncia política. Tenemos la ventaja de que el giro discursivo en su narrativa está tematizado en los diálogos de los narradores y personajes que forman parte de la diegésis de sus novelas. El reto de nuestra tesis radica en sustentar que el cambio de temática que experimentó su obra se dio a la par de su proceso de posicionamiento en el campo de poder cultural, político y económico.

Índice

Introducción	4
1. Noción de <i>ciudad letrada</i> de Ángel Rama	11
2. Noción de <i>campo literario</i> de Pierre Bourdieu	27
3. Héctor Aguilar Camín: escritor del Posboom en el campo literario mexicano	42
3.1. Aguilar Camín: de la izquierda a legitimador de la elite de poder	62
4. Héctor Aguilar Camín en Cal y Arena	72
4. 1. Cal y Arena: espacio de toma de postura de Aguilar Camín	73
4. 2. <i>La guerra de Galio</i> : obtención de capital simbólico	94
5. Héctor Aguilar Camín después de <i>La guerra de Galio</i>	106
6. El deslinde y <i>La conspiración de la fortuna</i>	137
6.1. <i>La conspiración de la fortuna</i> : un retorno aparente a la novela política	138
Conclusiones	157
Bibliografía	162

Introducción

A lo largo del presente trabajo analizaremos las características más sobresalientes de la narrativa del mexicano Héctor Aguilar Camín, escritor que, por cuestiones que no se han analizado a profundidad hasta ahora, transita de una narrativa de denuncia a una narrativa en la que la denuncia desaparece. Es un cambio de discurso que consideramos debe ser estudiado para establecer qué factores externos repercuten en su producción narrativa, estilo y toma de postura que tematiza en los universos diegéticos de sus obras literarias.

Héctor Aguilar Camín nació en Chetumal, Quintana Roo, México, el 9 de julio de 1946. Además de destacar en el ámbito del periodismo, la historia y el análisis político, también ha incursionado en el campo literario. Es Licenciado en Comunicación por la Universidad Iberoamericana y Doctor en Historia por el Colegio de México; ha sido investigador en el Instituto Nacional de Antropología e Historia; con Lorenzo Meyer escribió *A la sombra de la revolución* (1989) y es autor de otras obras de historia y ensayos políticos, entre las que se cuentan: *La frontera nómada: Sonora y la revolución mexicana* (1977), *Saldos de la revolución* (1982) y *Después del milagro* (1988). Fue coautor de *Entorno de la cultura nacional, Instituto Nacional Indigenista, Historia: ¿Para qué?* (1980) y *Caudillo and Peasant in the Mexican Revolution* (1980). En lo que al periodismo se refiere, fue jefe de información del periódico *Unomásuno*, subdirector de *La Jornada* y se ha desempeñado como director de la revista *Nexos* y de la Editorial Cal y Arena.

Su obra narrativa consta de: *La decadencia del dragón* (1983), *Morir en el golfo* (1986), *La guerra de Galio* (1988), *Historias conversadas* (1992), *El error de la luna* (1995), *Un soplo en el río* (1997), *El resplandor de la madera* (1999), *Las mujeres de Adriano* (2001), *Mandatos del corazón* (2003), *La conspiración de la fortuna* (2005) y *La provincia perdida* (2007).

Las novelas *Morir en el golfo*, *La guerra de Galio*, *Un soplo en el río*, *La conspiración de la fortuna* y *La provincia perdida* se centran en temas políticos. En ellas el escritor desnuda la política mexicana tratando temas referidos al sistema político, la corrupción, los abusos de poder, la lucha por la libertad de expresión, los conflictos de 1968, la Liga Comunista 23 de Septiembre y el narcotráfico.

En *El error de la luna* y *El resplandor de la madera*, la trama gira en torno a las relaciones familiares; mientras que en *Las mujeres de Adriano* y *Mandatos del corazón*, se narran las aventuras amorosas de los personajes protagónicos. En el caso de los cuentos reunidos en *La decadencia del dragón* e *Historias conversadas*, los temas van de la denuncia política a las aventuras de personajes adolescentes.

Héctor Aguilar Camín publicó las novelas políticas en los años 1986 y 1988. Este dato es de gran utilidad para establecer los motivos que llevaron al escritor mexicano a cambiar de temática. Al leer detenidamente cada una de las novelas, el lector se puede percatar de que el escritor imprime en sus primeras novelas temas, situaciones e ideologías propias de un discurso de denuncia para crear un mural de los últimos cincuenta años de la política mexicana. Pero posteriormente esta postura se va desdibujando. Entonces, ¿podríamos decir que estamos ante la obra de un escritor que experimenta un cambio de ideología? Para responder a esta interrogante, hemos seleccionado los enfoques críticos y teóricos que Ángel Rama y Pierre Bourdieu defienden, el primero, en *La ciudad letrada* (1984) y, el segundo, en *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* (1995). Los postulados de estos dos estudiosos de la literatura junto a documentos recuperados de la crítica, reseñas, entrevistas y reconocimientos que se han hecho a Héctor Aguilar Camín por su obra, serán fundamentales para nuestro análisis.

Aunque son pocos los estudios académicos sobre la obra de Héctor Aguilar Camín, es indiscutible que su producción narrativa ha llamado la atención entre los intelectuales contemporáneos. Uno de los nombres que destaca entre la lista de intelectuales que han hecho comentarios favorables de su obra narrativa es Carlos Fuentes. El reconocimiento que hace Fuentes de las habilidades narrativas de Aguilar Camín adquiere un gran valor porque habla de su posicionamiento en el campo literario mexicano, aspecto al que le dedicaremos especial atención en nuestro análisis de los factores intratextuales y extratextuales de su obra.

Como ya mencionamos, a lo largo de este trabajo seguiremos los postulados de Ángel Rama y Pierre Bourdieu. El eje central de los aportes críticos y teóricos de ambos se ubica en el *poder* en torno a la literatura. Rama, en un estudio profundo del proceso cultural latinoamericano, analiza y establece la relación intrínseca entre el poder y los miembros de la *ciudad letrada*, es decir, la relación entre los miembros de la elite de poder y quienes dominan la letra; mientras que Pierre Bourdieu, desde un enfoque sociológico, aporta al estudio de la literatura la noción de *campo*, entendiendo por éste el espacio en el que convergen artistas, críticos y productores de arte. El objetivo central del teórico francés estriba en reconstruir el entorno económico, político y cultural dentro del cual se inserta una obra literaria. La finalidad de Bourdieu es que los estudiosos de la literatura entendamos que la producción de una obra literaria está regulada por diversos factores externos que debemos tomar en cuenta si queremos explicar un texto literario. Los postulados de Ángel Rama y Pierre Bourdieu son ampliamente compatibles a pesar de responder a realidades, espacios y tiempos diferentes. Ambos muestran un gran interés por renovar los estudios literarios. Implícita y explícitamente Rama y Bourdieu instan a los

nuevos estudiosos de la literatura a realizar estudios literarios que consideren los factores externos que repercuten en la producción de un autor.

Por un lado, Rama aporta datos que fundamentan que durante el proceso cultural latinoamericano que inició en la Conquista y se mantuvo vigente hasta 1984 (año de publicación de su estudio), los letrados se han desempeñado como legitimadores del poder. Según el crítico uruguayo, la relación entre poder y letra es indiscutible; por su cercanía con los hombres de poder, los letrados que conforman la ciudad letrada son quienes mejor conocen el funcionamiento de la política y, por ende, son ellos quienes logran acumular ganancias económicas como pago por sus servicios a la elite de poder. Pierre Bourdieu, por otro lado, con su noción de *campo*, como él mismo lo declara al inicio en *Las reglas del arte*, nos invita a realizar una revisión profunda de los postulados teóricos de la ciencia literaria, al reformular la idea que en 1920 postulara V. Tinianov, formalista ruso, quien señalaba que la literatura se debía estudiar como un sistema literario. La propuesta de Bourdieu, al explicar y establecer la posición del campo literario frente al campo político y económico, permite que nos acerquemos al texto literario sin perder los beneficios que resultan del análisis intratextual. Su teoría adquiere validez en la medida que es perfectamente compatible con aproximaciones teóricas que han surgido en torno al estudio de la literatura, como la formalista, estructuralista, historicista, recepción y fenomenológica.

Los dos primeros capítulos de esta tesis los dedicaremos a exponer, en primer lugar, las aportaciones de Ángel Rama en *La ciudad letrada*; y, en segundo lugar, las de Pierre Bourdieu en *Las reglas del arte*. La aportación de Bourdieu es importante porque sólo entendiendo la noción de campo podremos establecer las circunstancias que influyeron en Aguilar Camín para cambiar de temática, y nos permite abrir el análisis a factores sociales y

políticos para poder identificar la ideología y los intereses económicos del campo de poder en el que se ha ido posicionando el escritor en el transcurso de su producción cultural.

En el tercer capítulo reconstruiremos el campo literario mexicano para revisar la trayectoria de Aguilar Camín dentro del mundo literario. De esta manera será posible revisar las relaciones que ha sostenido con los principales productores culturales de México. Las características estructurales de la obra narrativa de Héctor Aguilar Camín nos permiten ubicarla en el Posboom, movimiento literario que se caracteriza, en general, por la producción de novelas de estructuras poco complicadas, por dotar a los personajes de un lenguaje llano y coloquial, por elaborar discursos en los que la ciudad y la música popular se convierten en motivos recurrentes y centrales, así como por usar el discurso del crimen y elementos de la novela detectivesca para protestar o parodiar la historia nacional y de América Latina. En resumen, la novela del Posboom se caracteriza por la fusión entre alta cultura, cultura popular y sociedad de consumo. Sin lugar a dudas, la labor como periodista, historiador y escritor de narrativa le ha permitido posicionarse dentro del campo de producción cultural de México. Los reconocimientos que ha recibido a lo largo de su trayectoria como periodista, historiador y escritor de ficciones han sido esenciales durante su proceso de posicionamiento en el campo intelectual.

Dedicaremos el cuarto capítulo al análisis de la narrativa de Aguilar Camín en Cal y Arena. En efecto, las obras en las que la denuncia es parte central del discurso del narrador y de los personajes fueron publicadas bajo este sello editorial, mientras se desempeñaba como director de esta casa editora. Es indiscutible que haber sido dueño y director de la casa editorial en la que publicó sus primeras obras le permitió ganar capital simbólico y, al mismo tiempo, tener autonomía para denunciar el lado oscuro de la política mexicana. Con esta postura, Aguilar Camín arriesgó mucho, pero ganó el capital simbólico necesario que

le permitió ganar un lugar importante en el campo intelectual mexicano y, al mismo tiempo, el capital económico que en la actualidad le permite tener buen estatus económico. En su primera etapa como director de Cal y Arena, publicó la mitad de su obra narrativa: *La decadencia del dragón* (1983), *Morir en el golfo* (1986), *La guerra de Galio* (1988) e *Historias conversadas* (1992). Para el objetivo que pretendemos alcanzar con esta tesis, durante el desarrollo de nuestro análisis dedicaremos especial atención a las dos novelas que abrieron la puerta al mundo de las letras a Aguilar Camín: *Morir en el golfo* y *La guerra de Galio*, por ser las novelas en las que la denuncia es parte esencial del universo diegético. En ellas las alusiones a los abusos de poder y a los errores políticos cometidos por Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría y Miguel de la Madrid son recurrentes.

Explicaremos los factores externos que permitieron que el escritor que nos ocupa iniciara su trayectoria literaria con obras con alto contenido de denuncia.

El quinto capítulo lo dedicaremos a analizar su narrativa después de *La guerra de Galio* para demostrar que, después de su segunda novela, Aguilar Camín cambia su discurso de denuncia por un discurso centrado en las relaciones familiares y las aventuras amorosas de sus personajes.

Creemos pertinente dedicar un capítulo especial, el sexto capítulo, al análisis de *La conspiración de la fortuna*, ya que la crítica coincide en señalar que ésta representa el regreso del autor a sus inicios como escritor de novela política. También es considerada como el final de la trilogía sobre el mural de las entrañas de la política mexicana iniciada con *Morir en el golfo* y *La guerra de Galio*; consideración que, descontextualizada, parecería quitarle validez a nuestro planteamiento. Sin embargo, después de la lectura global, minuciosa y comparativa que hemos hecho de la narrativa de Héctor Aguilar Camín, creemos que a pesar de que en *La conspiración de la fortuna* hay alusiones a la

forma de hacer política en México, el discurso denunciatorio no tiene la misma profundidad que en las otras dos obras.

Después de una lectura comparativa entre *La guerra de Galio* y *La conspiración de la fortuna*, podemos decir que en la primera el narrador y los personajes hacen alusión a la política como un mundo de lucha encarnizada para obtener el poder en el que las manipulaciones están a la orden del día, una visión de la política mexicana que, si bien se dibuja en *La conspiración de la fortuna*, el narrador homodiegético de esta novela enuncia situaciones, eventos y descripciones sin comprometerse. Sí hay un mural de las entrañas de la política, pero sin la fuerza expresiva que hizo de *La guerra de Galio* una obra de referencia entre las novelas políticas de las letras mexicanas. Este aspecto lo analizaremos a profundidad en el capítulo sexto de nuestra tesis.

En resumen, nos proponemos analizar los aspectos intratextuales y extratextuales que permitirán establecer la trayectoria profesional de Héctor Aguilar Camín dentro del campo literario y, desde luego, su posicionamiento en la elite de poder. Pues finalmente pretendemos demostrar que la narrativa de Héctor Aguilar Camín manifiesta un cambio de temática, ya que pasa de una narrativa de denuncia a una narrativa sin denuncia política. Tenemos la ventaja de que el giro discursivo en su narrativa está tematizado en los diálogos de los narradores y personajes que forman parte de la diegésis de sus novelas. El reto de nuestra tesis radica en sustentar que el cambio de temática que experimentó su obra se dio a la par de su proceso de posicionamiento en el campo de poder cultural, político y económico.

1. Noción de *ciudad letrada* de Ángel Rama

Para establecer las posibles causas que influyeron en el cambio de discurso de la narrativa de Héctor Aguilar Camín considero fundamental tener como sustento teórico aspectos que Ángel Rama define en *La ciudad letrada* (1984). En esta obra Rama analiza a profundidad el mapa y la mecánica de la escena pública, los lugares e instituciones que organizan la vida cultural y el papel que han desempeñado los letrados, considerados por él como los principales actores culturales: los primeros escribanos y cronistas de Indias, los fundadores de la escuela obligatoria, los déspotas ilustrados, los modernistas. En la formación de la *ciudad letrada* también cumplieron un papel importante las universidades, sin olvidar a los letrados que influyeron en la cultura popular a través de diarios y revistas.

Ángel Rama nos presenta el proceso cultural que vivió Latinoamérica desde la Conquista hasta 1984 (año de publicación del estudio). El proceso cultural latinoamericano, que tuvo características propias en cada uno de los periodos que marcaron su historia, responde a distintos factores, como los cambios políticos (lucha por la independencia, revoluciones, dictaduras, movimientos armados, etc.) y los movimientos migratorios externos e internos motivados por intereses políticos, económicos, etc. Estas situaciones motivaron la conformación de grupos culturales que han ejercido una gran influencia en el campo de producción cultural.

El crítico uruguayo muestra un gran interés por explorar y dejar constancia de la injerencia que desde la Conquista han tenido en América Latina los hombres de letras. Señala que a partir de la remodelación de Tenochtitlan todos los esfuerzos estuvieron concentrados en construir una *ciudad ordenada*, ideal que se basaba en el deseo de establecer un centro cultural que llevara a cabo un gran trabajo de ideologización para legitimar el poder que representaba el grupo que cuidaba los intereses de la Monarquía. De

ahí que, después de la Conquista, la insistencia de formar una ciudad ordenada, según Rama, se debía al interés de los conquistadores en “facilitar la jerarquización y concentración del poder, para cumplir su misión civilizadora” (23). Para lograr tal propósito, vieron la necesidad de formar un grupo social especializado que ordenara el universo de los signos al servicio de la monarquía española. A ese grupo pertenecieron todos aquellos que tenían dominio de la letra porque sólo a través de ella y de cualquier tipo de signo habría registros de la validez del poder que ejercían los representantes de la Corona.

De los postulados de Rama nos interesa rescatar lo que postula con respecto al rol que los escritores han desempeñado en Latinoamérica en el proceso de legitimación del poder. Al decir del crítico, la ciudad y la letra siempre han tenido la función de legitimar el poder, y con respecto a este punto apunta:

En el centro de toda ciudad, según diversos grados que alcanzaban su plenitud en las capitales virreinales, hubo una ciudad letrada que componía el anillo protector y el ejecutor de sus órdenes. Una pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma, estaban estrechamente asociados a las funciones del poder y componían lo que Georg Friederici ha visto como un país modelo de funcionariado y de burocracia. (25)

Los escritores y los intelectuales que dominaban la pluma se ponen al servicio del poder de una u otra manera. A esta afirmación Rama agrega una lista de escritores latinoamericanos que trataron de reivindicar el valor de la literatura y de la educación con el objetivo de incursionar en el grupo de intelectuales que estaba al servicio del poder:

La ciudad bastión, la ciudad puerto, la ciudad pionera de las fronteras civilizadoras, pero sobre todo la ciudad sede administrativa que fue la que fijó la norma de la ciudad barroca, constituyeron la parte material, visible y sensible, del orden colonizador, dentro de las cuales se encuadraba la vida de la comunidad. Pero de ellas siempre hubo otra ciudad, no menos amurallada ni menos [falta dato: error de erratas] sino más agresiva y redentorista, que la rigió y condujo. Es la que creo debemos llamar la *ciudad letrada*, porque su acción se cumplió en el prioritario orden de los signos y porque su implícita calidad sacerdotal, contribuyó a dotarlos de un aspecto sagrado, liberándolos de cualquier servidumbre con las circunstancias. Los signos aparecían como obra del espíritu y los espíritus se hablaban entre sí gracias a ellos.

Obviamente se trataba de funciones culturales de las estructuras de poder, cuyas bases reales podríamos elucidar, pero así no fueron concebidas ni percibidas, ni así fueron vividas por sus integrantes. (24-25)

De lo anterior se vislumbra que la importancia de la *ciudad letrada* se basaba en el dominio de los signos y la letra; durante el establecimiento de las normas de la Corona española, el reducido grupo de letrados adquirió una importancia fundamental para legitimar el poder que se imponía al pueblo conquistado. En el proceso de establecimiento de las capitales virreinales, los letrados fueron considerados por el resto de la población como seres sagrados que servían como mediadores de un poder divino y absoluto, situación que se comprende si tomamos en cuenta que la población sometida no tenía dominio de la gramática de la lengua de los conquistadores. En un primer momento, según Rama, la ciudad letrada fue constituida por un pequeño grupo de hombres que tenían el dominio de los signos y las letras; por esta razón eran los únicos que podían establecer las bases y las

reglas para edificar, desde el inicio, una *ciudad ordenada* que resistiera políticamente cualquier enfrentamiento futuro.

De acuerdo con lo que se postula, podemos entender que la formación y consolidación de las capitales virreinales se dio gracias al trabajo realizado por los letrados de la época que no se apiadaban de los escasos alfabetizados, pues sólo así alcanzaron un estatus elevado dentro de la sociedad y el grupo de poder y, al mismo tiempo, pudieron obtener una ganancia económica (25).

La importancia de la *ciudad letrada* se debía a que los hombres que tenían el poder de la pluma durante el siglo XVI componían su anillo protector al ser los ejecutores de las órdenes del grupo de poder. Lo trascendente de este hecho radica en que es una situación que no ha perdido vigencia y, aunque Rama registró este hecho en los inicios de los años ochenta, consideramos que, en mayor o menor medida, los letrados siguen teniendo injerencia en el constante proceso de legitimación del poder en América Latina. La servidumbre directa o indirecta que han mantenido los letrados con el grupo de poder durante el proceso histórico latinoamericano es un aspecto al que recurriremos durante el desarrollo de la tesis que planteamos.

El análisis que hace Rama del proceso cultural que han vivido los pueblos latinoamericanos dedica especial atención a la labor que los letrados han desempeñado desde el período colonial. Al ser miembros principales de la burocracia naciente tenían como tarea principal ser intermediarios entre la metrópoli y los grupos sociales de la colonia, correspondiendo a los intereses de la Corona, pues siempre estaban “girando en lo alto de la pirámide en torno a la delegación del rey” (26). De ahí que con las riquezas de América, el grupo de letrados fuera altamente beneficiado junto con los ricos hacendados y comerciantes:

Sobre ese trabajo, sobre la rapaz apropiación de las riquezas, no sólo se edificaron suntuosas iglesias y conventos que hasta el día de hoy testimonian la opulencia del sector eclesiástico, sino también la holgura de españoles y los criollos y los ocios que permitieron al grupo letrado consagrarse a extensas obras literarias. Así le debemos la esplendida épica culta del barroco. (27)

Al parecer los letrados siempre han mantenido un estatus privilegiado en las esferas del poder. Los favores que hacían los letrados a la elite política, de acuerdo con Rama, le permitieron a este grupo tener un buen nivel económico. La solvencia monetaria que tenían los escritores fue fundamental para que éstos, además de cumplir las funciones culturales demandadas por la elite de poder, se dedicaran a producir sus obras literarias. Con estos datos podemos establecer con mayor facilidad la injerencia que han tenido los letrados en el proceso cultural latinoamericano. Pero más allá de los servicios prestados por los letrados, ¿cuáles fueron las causas que contribuyeron al fortalecimiento de la ciudad letrada? A esta pregunta Rama responde:

Varias causas contribuyeron a la fortaleza de la ciudad letrada. Las dos principales fueron las exigencias de una vasta administración colonial que con puntillismo llevó a cabo la Monarquía, duplicando controles y salvaguardias para restringir, en vano, el constante fraude con que se la burlaba, y las exigencias de la evangelización (transculturación) de una población indígena que contaba por millones, a la que se logró encuadrar en la aceptación de los valores europeos, aunque en ellos no creyeran o no los comprendieran. Esas dos inmensas tareas reclamaban un elevadísimo

número de letrados, los que se asentaron preferentemente en los reductos humanos. (27)

Sin lugar a dudas, el fortalecimiento de la *ciudad letrada* se debió a la habilidad de los letrados para legitimar al grupo de poder dirigiendo el comportamiento de las sociedades coloniales y modernas, tarea en la que participaron arduamente los poetas, desde la época colonial hasta las sociedades modernas del siglo XIX, a pesar de ser una extensión pequeña del grupo de letrados. El poder ejercido por los escritores entre la sociedad y el grupo de poder ha sido una constante en la historia de América Latina. Los intelectuales, como dueños de la letra, han asegurado la pervivencia de la *ciudad letrada*, primero en la Colonia, después durante la lucha por la Independencia y, más tarde, durante el proceso emancipador que se promovió después de promulgada la Independencia de la mayoría de los pueblos latinoamericanos. Rama considera que el poder de los letrados se debió a:

la capacidad que demostraron para institucionalizarse a través de sus funciones específicas (dueños de la letra) procurando volverse un poder autónomo, dentro de las instituciones del poder a que pertenecieron:

Audiencias, Capítulos, Seminarios, Colegios, Universidades. (30)

Los letrados cumplieron cabalmente con las funciones que la elite política les encomendó. El grupo letrado aprovechó sobremanera los privilegios que por su condición de servidores del poder adquirió y que nunca estuvo dispuesto a perder, aun cuando pasó momentos de vulnerabilidad durante los constantes cambios políticos que ha enfrentado América Latina.

Las turbulencias políticas que ha experimentado América Latina a lo largo de su historia promovieron constantes fragmentaciones de los grupos letrados consolidados para conformar otras agrupaciones letradas con intereses específicos, sin descuidar, claro está, la

relación con la elite de poder. En el caso particular de los escritores de ficciones y de poesía necesitan estar relacionados con el grupo de poder para lograr obtener la holgura económica que les permite dedicar el mayor tiempo posible a sus creaciones. La relación entre políticos y letrados no se puede ocultar. Tampoco se pueden ocultar las ganancias que han obtenido durante varias generaciones un buen número de escritores, que han hecho de la letra una herramienta para influir en la conciencia del resto de la sociedad y así garantizarse el respeto del grupo de poder, reconocimiento y la aceptación social.

La relación entre los grupos de intelectuales y el poder se ve como algo natural. En el desarrollo del análisis que hace Rama sobre el papel que han desempeñado los letrados en el proceso cultural latinoamericano, aparece un aspecto de suma importancia que será un punto clave para el análisis que haremos de la obra de Héctor Aguilar Camín. Sabemos de los privilegios de los que han gozado los letrados desde la Conquista hasta la época moderna; pero quizá la pregunta que debemos hacernos es la siguiente: ¿por qué se mantiene vigente la relación entre poder y letra? La respuesta a esta interrogante la encontramos en que las relaciones de los letrados con las instituciones sociales, culturales, económicas y políticas están encaminadas a institucionalizar la elite de poder, tarea que le ha permitido al grupo letrado ser “quienes mejor conocen sus mecanismos, quienes más están enterados en sus vicisitudes y, también, quienes mejor aprenden la conveniencia de otro tipo de institucionalización, el del restringido grupo que ejercita las funciones intelectuales” (30).

Al ser los letrados el grupo que conoce a fondo los mecanismos con que se hace la política y, al mismo tiempo, ser quienes en mayor medida contribuyen con sus servicios a institucionalizar al grupo político que ostenta el poder, los letrados “no sólo sirven a un poder, sino que también son dueños de un poder” (31), situación que les permite usar un

lenguaje simbólico para legitimar sus funciones para gozar así del reconocimiento y respeto de la sociedad. Aunque esta situación trae beneficios a los letrados, también puede provocarles problemas al sentir que el poder que tienen los vuelve invulnerables al creer que son esenciales para el buen funcionamiento de las instituciones y de la sociedad, perdiendo de vista que “su eficiencia, su realización, sólo se alcanza si lo respalda, da fuerza e impone, el centro del poder real de la sociedad” (31). Rama reconoce que si los letrados han gozado de un gran poder durante el proceso cultural latinoamericano, que les ha permitido conocer e intervenir en los asuntos de la élite de poder, son los miembros de la sociedad quienes, finalmente, otorgan una posición privilegiada al grupo letrado al comprar las obras de éstos y darles la función de ideólogos que les permite mantener cierto poder en la vida política y cultural de sus países.

La pervivencia del grupo letrado, sin lugar a dudas, se debe a su capacidad para organizarse con el fin de mantener los privilegios que han venido manteniendo de generación en generación. Durante los siglos XIX y XX demostraron una vez más su capacidad para organizarse e influir en la vida política y cultural de América Latina, sin embargo, las épocas cambian. En ciertos períodos ha habido escritores que antes de formar parte del grupo de poder han criticado los mecanismos con los que se hace la política. En el caso específico de México, algunos letrados se manifestaron en contra de los burócratas que vivían del erario sin necesidad de realizar ningún trabajo. Durante la etapa modernizadora del Porfiriato, los hombres de letras, aun cuando pertenecían a la *ciudad letrada*, no habían incursionado en el grupo de poder; de ahí que en sus obras se dedicaran a criticar a los burócratas catalogándolos como parásitos del sistema.

Hasta ahora hemos hablado de la relación entre poder y letra. Entonces creemos haber llegado al punto en que nos debemos preguntar qué le dio supremacía a la *ciudad letrada* a través del tiempo. A esta interrogante Rama responde:

En primer término a que sus miembros conformaron un grupo restricta y drásticamente urbano ... Sólo el grupo mercantil puede semejarse al intelectual.

La capital razón de su supremacía se debió a la paradoja de que sus miembros fueron los únicos ejercitantes de la letra en un medio desguarnecido de letras, los dueños de la escritura en una sociedad analfabeta y porque coherentemente procedieron a sacralizarla dentro de la tendencia gramatológica constituyente de la cultura europea. (32-33)

La supremacía de la *ciudad letrada* sólo se podía deber a que el grupo de letrados que la conformaban vivía asentado en centros urbanos. Las ciudades se convirtieron en los centros culturales atractivos para aquellos hombres que aspiraban a hacer una carrera en el campo de las letras. Si pretendían sobresalir, debían mudarse a los grandes centros urbanos; sólo en las ciudades el escritor podía relacionarse con las elites del poder. De esta manera fueron víctimas del centralismo, a tal grado que su poder radicaba principalmente en que su hábitat natural era la ciudad y, sólo así, podían permanecer cerca del grupo de poder para conocer sus mecanismos y usar ese conocimiento para ser considerados como una herramienta indispensable para legitimar, a través de sus obras, la elite de poder. De ahí que letra, ciudad y poder estén íntimamente relacionados.

En Latinoamérica, el dominio de la letra fue considerada una herramienta para obtener poder. La *ciudad letrada* articuló su relación con el poder gracias a su capacidad para ordenar los signos. Los letrados sirvieron al poder haciendo leyes, reglamentos,

proclamas, cédulas, propagandas y mediante la ideologización destinada a sostenerlo y justificarlo:

Fue evidente que la ciudad letrada remedó la majestad del Poder, aunque también puede decirse que éste rigió las operaciones letradas, inspirando sus principios de concentración, elitismo, jerarquización. Por encima de todo, inspiró la distancia respecto al común de la sociedad. Fue la distancia entre la letra rígida y la fluida palabra hablada, que hizo la *ciudad letrada* una *ciudad escrituraria*, reservada a una estricta minoría. (41)

Aunque el grupo de poder rigió las operaciones de los letrados, no se puede negar que fue la elite de poder la fuente inspiradora al seguir sus principios para concentrarse y alcanzar el alto nivel jerárquico que los distinguió y alejó del resto de la sociedad. El gran tesoro de la *ciudad letrada* era la letra. El dominio de ésta les permitía ser vistos como seres especiales entre los habitantes del territorio latinoamericano, donde el mayor porcentaje de la sociedad era analfabeta. Así, la letra se impuso a la tradición oral.

En 1870, año en que se inicia el periodo de modernización en Latinoamérica, la *ciudad letrada* vivió otro momento de prueba, el más difícil: puso en riesgo su posición privilegiada dentro de la elite de poder al incorporar a letrados jóvenes, quienes se manifestaron en contra del poder hasta el grado de desafiarlos a través de escritos que se publicaban en gacetas. Esto generó un desequilibrio porque los nuevos letrados defendían un ideal diferente. Para los nuevos miembros de la *ciudad letrada*, la letra representaba una herramienta para combatir al gobierno arbitrario, a pesar de que varias generaciones de letrados habían dedicado parte de su vida y obra a legitimarlo ante el resto de la sociedad.

Debido al enfrentamiento entre letra y poder, el grupo de poder minimiza los apoyos que anteriormente otorgaban a los letrados. Posteriormente esta acción es el origen de las

leyes de educación común que se extendió en América Latina a partir de 1876. Esta situación se refleja en el incremento de universidades que, incorporadas al positivismo, amplían las escuelas técnicas para mitigar la supremacía de los abogados y los médicos. Quizá lo más representativo de la época en que la ciudad se modernizaba fue que gran parte de la sociedad volvió a idealizar las funciones de los letrados, hasta el grado de considerar natural que el manejo de la letra era una herramienta para escalar posiciones sociales.

Señala Ángel Rama:

La letra apareció como la palabra del ascenso social, de la respetabilidad pública y de la incorporación a los centros de poder; pero también, en un grado que no había sido conocido por la historia secular del continente, de una relativa autonomía respecto a ellos, sostenida por la pluralidad de centros económicos que generaba la sociedad burguesa en desarrollo. (74)

El crítico uruguayo manifiesta que durante la etapa modernizante que vivió América Latina, una gran parte de la sociedad sacó provecho de la popularización de la educación para escalar posiciones sociales. Las actividades en las que podían ingresar los letrados se incrementaron, así como sus ganancias. Esto les permitió experimentar una leve autonomía e independencia con respecto al grupo de poder. Por otro lado, empieza a desarrollarse en ellos un espíritu crítico que usan para desafiar al poder y así demandar una mejor calidad de vida para los grupos ciudadanos que no recibían apoyo por parte del gobierno. Sin embargo, según Rama, el discurso crítico fue un recurso de los letrados para infiltrarse en el poder central (75).

En varios países, entre ellos Estados Unidos, surgieron dos figuras que hasta el día de hoy son vistas por los ciudadanos como hombres que dedican sus esfuerzos a denunciar las arbitrariedades cometidas en detrimento de la sociedad: los periodistas y los abogados.

Según Ángel Rama, los letrados dedicados a denunciar los abusos de poder no existieron en Latinoamérica simplemente porque la sociedad urbana “opera dentro de modelos más colectivizados, sus mitos opositores del poder pasan a través de la configuración de grupos, de espontáneas coincidencias protestatarias, de manifestaciones y reclamaciones multitudinarias” (78). En el caso de América Latina, sólo los campesinos, los obreros y los estudiantes, motivados por los discursos de la izquierda, han sido los únicos que sin temor se han enfrentado a los hombres de poder.

En el caso de México la historia ha dejado registro de un centenar de movimientos en los que campesinos, obreros y estudiantes han protagonizado movimientos armados y manifestaciones que han terminado en tragedias nacionales debido a la intervención del gobierno, movimientos que fueron instados por ideólogos de la izquierda que, al no estar de acuerdo con el régimen del grupo político que ostenta el poder, impulsaron a través de sus discursos a los grupos vulnerables a manifestarse para demandar justicia social. Con respecto al espíritu crítico que empezó a manifestarse a finales del siglo XIX, Ángel Rama postula que “la disidencia crítica siguió compartiendo acendrados principios de la ciudad letrada, sobre todo el que la asociaba al ejercicio del poder” (79). Los letrados que arremetían contra el poder sólo lo hacían parcialmente porque su objetivo crítico, paradójicamente, era formar parte del poder, construyendo, a través de la escritura, las raíces que diseñarían la identidad nacional.

A fines del siglo XIX el pensamiento francés influyó en los intelectuales latinoamericanos llevándolos a manifestar un gran interés por tratar de recuperar e infundir a través de sus producciones valores patrióticos. En este período los letrados adoptaron la postura de sacerdotes cuyo mensaje estaba dedicado a conducir espiritualmente al resto de la sociedad. La vocación política de los letrados latinoamericanos surgió bajo la imitación

del modelo francés, situación que “potenciaba la larga tradición redentorista del letrado americano” (116). Sin embargo, a pesar de la postura ideologizante que adoptaron los letrados de esta época, la inmensa mayoría de ellos nunca estuvieron dispuestos a ser completamente ajenos al poder; y con respecto a este punto, Rama cita un fragmento de una carta que Rodó le escribió a Baldomero Sanín Cano:

Quizá no es usted ajeno a esta fatalidad de la vida sudamericana que nos empuja a la política a casi todos los que tenemos una pluma en la mano. Y yo no considero esto enteramente como un mal. Todo está en que no nos dejemos despojar de nuestra personalidad. (116-117)

A pesar de los esfuerzos y la energía gastada en obras en las que se denunciaban los abusos cometidos por los hombres de poder, los letrados nunca pudieron alejarse de la clase política. La crítica al gobierno sólo era una forma de mantenerse cerca de él y exigir privilegios que terminaban por quitarles la personalidad que cada uno de ellos gozaba cuando no eran parte de la elite de poder. Así, los letrados que incursionaban en la *ciudad letrada* terminaban ofreciendo sus servicios para legitimar el poder que antes habían criticado.

Al parecer es imposible pensar que los letrados que lograron incursionar y figurar en la ciudad letrada conserven su autonomía creadora. Este aspecto es, sin lugar a dudas, un tema que la crítica literaria latinoamericana ha abordado. Quizá sea Ángel Rama el crítico que analiza con mayor profundidad la relación que se ha dado entre los letrados y el poder desde los días de la Conquista, en lo que hoy conocemos como Latinoamérica, de ahí que la aportación del crítico uruguayo para el estudio de la literatura latinoamericana sea fundamental para alcanzar el objetivo que nos hemos propuesto alcanzar en nuestra tesis.

Después de manifestar un espíritu crítico a los letrados, se les impuso una ardua tarea de justificación, y es que para Rama:

No basta con servir al poder desde su corona letrada, ya que la conciencia crítica había engendrado el pensamiento opositor, y por lo tanto, so riesgo de desaparecer en tanto intelectuales, debían proporcionar el discurso fundado de su intervención, aún más que para los poderosos a quienes rodeaban, para los opositores que los atacaban. (118)

La cita anterior es un ejemplo más de que, a pesar de las críticas hechas por los letrados a los hombres de poder, la mayoría de los miembros de la *ciudad letrada* nunca dejaron de servir al poder; pero quizá lo más importante de este punto es que los letrados tuvieron que enfrentarse con sus discursos al grupo opositor que los atacaba para poder mantener su posición privilegiada. Los escritores que durante la etapa modernizante se incorporaron a la *ciudad letrada* como funcionarios o discretos compañeros de viajes, etc., enfocaron sus esfuerzos en producir dos géneros literario-políticos, el primero fue el propagandístico, dedicado a la defensa del régimen y a agredir a los enemigos; el segundo, perteneció al campo de la filosofía y la política (118-119).

Aunque Rama en *La ciudad letrada* analiza el proceso cultural latinoamericano, en cuanto a las referencias al papel que han desempeñado los letrados en el proceso cultural, dedica un espacio importante a México, pues considera que “pocos países como México revelaron en América Latina la codicia de la participación intelectual en el poder” (120). Debemos recordar que fue México el lugar en el que se estableció la primera *ciudad letrada* durante el Virreinato de la Nueva España, situación que motivó la relación entre letrados y poder desde la génesis de los pueblos latinoamericanos; tal vez esto explique que los

letrados mexicanos tarde o temprano contribuyen con sus servicios a legitimar el poder que en una primera etapa de sus producciones habían criticado.

México es el país en el que la relación entre poder y letra ha sido más notoria, aunque podríamos pensar que en una dictadura los letrados no comparten la ideología de quien impone su autoridad. En el caso de México, dice Ángel Rama, durante el Porfiriato los hombres de letras han estado más cerca del centro del poder. Es en la época de Porfirio Díaz cuando los miembros de la *ciudad letrada* manifestaron mayor interés por incursionar en la *ciudad letrada* que rodeaba al poder central, ambición que era alimentada por los hombres de poder porque éstos manifestaban un gran deseo de tener a su servicio a los hombres de letras para que colaboraran con ellos, claro está, con un beneficio económico. Esta acción sólo vino a reforzar la alianza entre poder y letra que se dio desde la Colonia.

Los hombres de poder necesitan de los letrados para legitimarse y los letrados necesitan de los hombres de poder para garantizar su permanencia en la ciudad letrada y, por lo tanto, mantener un estatus económico que les permita vivir con mayores privilegios. En México son muchos los escritores que, a pesar de que iniciaron su producción abordando temas que se oponían al régimen político vigente, abandonaron su postura crítica después de haber sido aceptados en la *ciudad letrada*. Al estar dentro de la *ciudad letrada* los escritores modifican sus discursos, contribuyen a asesorar a los hombres de poder y legitiman el poder al que antes habían atacado, asegurando así su poderío en la vida cultural del país. Es conveniente señalar que cuando hablamos de letrados no sólo hacemos referencia a los escritores de ficciones, sino también a periodistas, abogados y todo aquel que use la letra para figurar en los campos de producción cultural; y es que en el caso de este país los escritores y los periodistas son quienes tienen mayor influencia en la vida intelectual y política. Para sustentar esta situación, Ángel Rama dice que:

José E. Rodó reconoció que la solución a las difíciles condiciones materiales del escritor, pasaban por la política o por el periodismo, aunque de éste agregaba: “En sus rangos de retribución alentadora, el periodismo no es más que una manifestación de la política. En inferiores rangos, no constituye solución”. (123)

Según Rama, en México los escritores y los periodistas, incluso aquellos que presumen de una autonomía total, son los que contribuyen en mayor medida a mantener ocultos los abusos de poder que cometen los hombres que conforman la elite política. A diferencia de otros países latinoamericanos, México es el país en el que los intelectuales, miembros de la *ciudad letrada*, pueden mantener una situación económica estable gracias a que viven de pensiones económicas que el gobierno les otorga para pagar los servicios que les proporcionan. Durante el régimen de Porfirio Díaz el sesenta por ciento de los letrados vivían del erario, situación que explica la censura editorial y política de la época.

Durante la época de la Revolución Mexicana, que inicia en el siglo XX, los letrados que habían manifestado un gran interés por ser considerados los ideólogos del movimiento armado nunca se deslindaron de sus intereses políticos y económicos personales. Fueron muchos los escritores que, siguiendo el ejemplo de Mariano Azuela, plagaron sus obras de personajes del pueblo que luchaba por un México en el que los de abajo tuvieran una mejor condición de vida, con tierras para trabajar y vivir de su producción. Con *Los de abajo* (1916), Mariano Azuela inaugura la novela de la revolución y es también el primero en presentarnos la figura del intelectual que, a pesar de fungir como asesor de los líderes revolucionarios, nunca se aleja de los hombres de poder porque así asegura su permanencia en ambos bandos.

2. Noción de *campo literario* de Pierre Bourdieu

No es fácil encontrar y relacionar elementos teóricos que ayuden a sustentar las interpretaciones que surgen de un ejercicio de lectura. Sin embargo, consideramos que los principios teóricos que postula Pierre Bourdieu en *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* (1995) son esenciales para alcanzar nuestro objetivo, pues para éste:

El campo del poder es el espacio de las relaciones de fuerza entre agentes o instituciones que tienen en común el poseer el capital necesario para ocupar posiciones dominantes en los diferentes campos (económico y cultural en especial). Es la sede de luchas entre ostentadores de poderes (o de especies de capital) diferentes, como las luchas simbólicas entre los artistas y los “burgueses” del siglo XIX, por la transformación o la conservación del valor relativo de las diferentes especies de capital que determina, en cada momento, las fuerzas susceptibles de ser comprometidas en esas luchas.

(320)

El sociólogo francés parte de una crítica de los enfoques teóricos de los formalistas rusos y los estructuralistas de la Escuela de Praga y, al mismo tiempo, juzga con la misma intensidad los textos teóricos de Kant, Roman Ingarden, René Wellek y Austin Warren, cuyos métodos de análisis “pretenden extraer la esencia del lenguaje literario (connotativo, expresivo, etc.) y defender las condiciones necesarias de la experiencia estética” (291). Es decir, que sólo hacen teoría a partir de lo que consideran literario o literaturidad, enfoque que, si bien es cierto, permite explicar y entender el funcionamiento interno de una obra literaria específica y sus particularidades distintivas, no considera ni explica la injerencia que llega a tener la posición social del autor ni la de su obra. Pone de ejemplo los análisis que pulularon en Francia después de que se encontraron los manuscritos de *La educación*

sentimental de Flaubert y señala que las correcciones pueden responder a cuestiones de mercado, es decir, que posiblemente Flaubert hizo diversas correcciones pensando en la recepción que tendría su obra, tanto de los lectores como de la crítica especializada. Así que:

La noción de campo permite superar la oposición entre lectura interna y análisis externo sin perder nada de lo adquirido y de las exigencias de ambas formas de aproximación, tradicionalmente percibidas como inconciliables. Conservando lo que está inscrito en la noción de intertextualidad, es decir el hecho de que el espacio de las obras se presenta en cada momento como un campo de tomas de posición que sólo pueden ser comprendidas relacionamente, en cuanto que sistema de desfases diferenciales, cabe plantear la hipótesis (confirmada por el análisis empírico) de una homología entre el espacio de las obras definidas en su contenido propiamente simbólico, y en particular en su *forma*, y el espacio de las posiciones en el campo de producción: por ejemplo, el verso libre se define en contra del alejandrino y de todo lo que implica estéticamente, pero también social e incluso políticamente; en efecto, debido al juego de las homologías entre el campo literario y el campo del poder o el campo social en su conjunto, la mayoría de las estrategias literarias están sobredeterminadas y muchas de sus “elecciones” son *golpes dobles*, a la vez estéticos y políticos, internos y externos. (307-308)

Bourdieu considera que un estudioso de la cultura y, desde luego, de la literatura, debe darle igual importancia a los elementos intratextuales y extratextuales porque sólo así el proceso de análisis e interpretación de la obra literaria será completo. El segundo punto

que postula es el que más nos interesa porque señala que la noción de campo surge con el interés de recordar que existen microcosmos sociales que representan espacios separados y autónomos en los que tienen origen producciones culturales como la literatura.

Al hablar de las relaciones entre microcosmos sociales, se recuperan los principios del formalista ruso Tinianov, quien fue el primero en señalar que la literatura es un sistema dentro de otro sistema y se debe estudiar como tal. Así, los elementos internos de la obra se relacionan con los elementos externos que llegan a influir en el proceso creador del autor, desde el contexto histórico, social, económico y político, hasta la ideología de los grupos de poder que intervienen en el mercado editorial y cultural en el que incursiona el creador. Teniendo en cuenta el antecedente de los principios de Tinianov y la pretensión de establecer los factores e individuos que intervienen en lo que llama *campo intelectual*, Bourdieu señala que la primera formulación profunda de la noción de *campo* se hizo al albor de una lectura del capítulo de *Wirtschaft und Gesellschaft*, en el que se discutía sobre economía y sociedad haciendo alusión a la sociología religiosa y a los problemas del campo literario francés en el siglo XIX.

En *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* se hace mención especial a Michel Foucault, pues éste reconoció oportunamente que toda obra literaria existe dentro de la cultura, de ahí la importancia de analizar los factores externos ya que ninguna obra existe aislada de la estructura social. El error de Foucault fue concebir la cultura como un sólo bloque homogéneo. De acuerdo con Bourdieu, Foucault no consideró la existencia de varios campos de producción cultural, que se influyen y que por ello se modifican recíprocamente, tampoco tomó en cuenta que un autor tiene la facultad de modificar los campos de acuerdo con sus intereses.

Sostiene Bourdieu que los primeros intentos por analizar el *campo intelectual* se habían estancado debido a que sólo se enfocaban las relaciones inmediatamente visibles entre los agentes comprometidos en la vida intelectual, es decir, que los estudios que existían sobre el *campo intelectual* sólo se enfocaban en analizar las interacciones entre los autores y los críticos, entre los autores y editores. Ante esta situación, el teórico francés considera que “habían ocultado las relaciones objetivas entre las posiciones relativas que unos y otros ocupan en el campo, es decir la estructura que determina la forma de las interacciones” (272). Reconoce que en el *campo intelectual* se da una relación inmediata entre autores y editores, entre autores y críticos, pero considera que no se había hecho referencia a los factores que influyen en la relación entre estos agentes.

Si bien es cierto que no podemos negar la relación existente entre autores y editores y entre autores y críticos en el *campo intelectual*, también es cierto que nadie había hecho alusión, como señala el autor, a las relaciones objetivas que se dan entre las posiciones relativas que unos y otros ocupan en el campo. Cada uno de los agentes que intervienen en el campo intelectual ocupa un espacio y, aunque éste no es permanente, responde a las estructuras que determinan la forma en que autores, editores y críticos se interrelacionan. La contribución de Bourdieu radica en establecer los factores que intervienen y determinan las relaciones entre los agentes que participan en el *campo intelectual*. De estos principios, nos interesa recuperar los elementos que nos ayudarán a hacer un estudio profundo de los factores que intervienen en los *campos de producción*, ya que sólo así podremos entender que están determinados por el poder que ejercen los dirigentes del campo, ya sea de índole cultural, comercial o político.

De acuerdo con la noción de *campo* que propone, podemos decir que los escritores o autores, como se les quiera llamar, conforman un campo, mientras que los editores y los

críticos conforman cada uno su propio *campo*. Sin embargo, ninguno de ellos posee autonomía, ya que son homólogos uno de otro y por esta razón Bourdieu habla de las relaciones objetivas parciales, porque aunque no se reconozca abiertamente que existen homologías estructurales entre todos los campos, de acuerdo con las fuentes de información que le conciernen a cada uno, se revelan, de forma más o menos clara, unas propiedades compartidas (273). Pierre Bourdieu retoma los principios de la teoría económica y habla de su influencia en los campos de producción, pero aclara que la teoría de los campos no es una transposición del modo de pensamiento de la teoría económica, aun cuando se aplican en ella conceptos como competencia, monopolio, oferta, demanda, etc.

Más allá de hacer una transposición simplista de los elementos de la teoría económica a la teoría de los campos, lo que Bourdieu propone es hacer un replanteamiento de los conceptos básicos de la teoría económica. Esto contribuirá a plantear una nueva *noción de campo* aplicable a la literatura para romper con los estudios tradicionalistas de críticos y autores modernos, que dedican sus esfuerzos a presentar sólo recopilaciones de los principios teóricos que han servido para estudiar la literatura. De ahí que proponga arriesgarnos para ofrecer estudios que aporten esquemas teóricos que tengan el mismo rigor que se imprime en todas las ciencias.

Para presentar nuevas opciones de estudios literarios, Bourdieu considera que necesariamente se tiene que llevar a cabo una ruptura metodológica de los principios establecidos, porque sólo así se puede fundamentar una ciencia rigurosa de las obras culturales y la forma legítima de abordarlas, romper con los estudios que relegan el análisis del proceso de canonización y jerarquización para delimitar la población de los autores que encabezan el canon literario, pues sólo se enfocan en enlistar una parte de la historia del

proceso de canonización cuando dedican sus estudios a enumerar los premios que obtuvieron los autores canonizados.

Según Bourdieu, los analistas de la literatura también prescinden de la reconstrucción de las génesis de los sistemas de clasificación, nombres de grupos, de escuelas, de géneros y de movimientos, aun cuando son instrumentos y envites de la lucha de las clasificaciones que contribuyen a la clasificación de los grupos. Si se sigue privilegiando una crítica literaria que no analiza a profundidad los factores de la realidad que influyen en la definición y la delimitación de aquellos que pueden ser llamados escritores y, por lo tanto, formar parte de lo que conocemos como canon literario, continuaremos zanjando sin conocer todos los elementos que influyen en la constitución del canon.

Lo anterior nos interesa porque son los aspectos que Bourdieu toma como antecedentes para poder establecer la noción de *campo literario* y los factores que contribuyen a elevar de estatus a los escritores que tienen una participación activa en el campo de producción literaria, pues Bourdieu considera que: “Es evidente en efecto que el interés de la persona del escritor crece paralelamente a la automatización del campo de producción y a la elevación correlativa del estatuto de los productores” (286). La representación que se hace del escritor como creador nos obliga a poner en paréntesis todo lo que está inscrito en la trayectoria social que ha llevado al escritor a ocupar una posición en el seno del campo de producción.

Bajo dichas premisas procederemos a lo largo de esta tesis. Para lograr nuestros propósitos primero abriremos el análisis al *campo literario* para ubicar la obra de Aguilar Camín dentro del contexto social, económico y político en el que se inserta. Después revisaremos algunos aspectos formales de su obra para relacionar su estructura narrativa

con la estructura del *campo literario* contemporáneo del autor. No olvidaremos que, de acuerdo con Bourdieu, el estudio del campo literario comprende tres aproximaciones:

La ciencia de las obras culturales supone tres operaciones tan necesarias y necesariamente unidas como los tres niveles de la realidad social que aprehenden: en primer lugar, el análisis de la posición del campo literario en el seno del campo del poder y su evolución en el discurso del tiempo. En segundo lugar el análisis de la estructura interna del campo literario, universo sometido a sus propias leyes de funcionamiento y de transformación, es decir la estructura de las relaciones objetivas entre la posición que en él ocupan individuos o grupos situados en situación de competencia por la legitimidad; por último, el análisis de la génesis de los Hábitus de los ocupantes de esas posiciones, es decir los sistemas de disposiciones que, al ser un reducto de una trayectoria social y de una posición dentro del campo literario (etc.), encuentran en esa posición una ocasión más o menos propicia para actualizarse (la construcción del campo es lo previo lógico a la construcción de la trayectoria social como serie de posiciones ocupadas sucesivamente en este campo). (318)

Es fundamental estudiar y especificar la génesis y estructura del espacio social en el que incursiona el creador porque es en ese espacio donde su proyecto creador se ha formado y se instituye como tal, siempre tomando en cuenta las disposiciones genéricas y específicas, comunes y singulares, que han contribuido a que el creador tenga una posición en el campo de producción literaria. La posición que ocupa el escritor en el espacio social en el cual incursiona lo somete a un juego de poder basado en la lucha por ganar un lugar, permanecer en él y contar con el reconocimiento del grupo social al que se ha ingresado.

Bourdieu considera que no hay grandes intelectuales para los pequeños, porque aun los que ocupan una posición dominada son incitados a ejercer, aunque de otro orden, un poder en el universo intelectual.

Muchos escritores permanecen fuera del gremio de intelectuales canónicos, sin embargo, ocupan una posición que les permite hablar en sus escritos de los errores, contradicciones y bajezas que cometen los escritores que han sabido ganar el reconocimiento de su gremio y de los lectores desde su posición de administradores de su obra. Los escritores no consagrados no pueden ver lo que ven los miembros del campo de producción, no obstante, conocen más allá de lo que se proyecta en las obras de los escritores canonizados, situación que les permite ir acumulando cierto poder que, posiblemente, los llevará a obtener un espacio entre los escritores que protagonizan el canon.

Como hemos mencionado antes, Pierre Bourdieu retoma los principios de Tinianov y refuerza la noción de literatura como un sistema dentro de otro sistema, peculiaridad que permite tomar en cuenta los factores externos para hacer un análisis literario. Factores externos como las crisis económicas, transformaciones técnicas, revoluciones políticas, la demanda social y los financiadores porque sólo así se podrán explicar muchos de los factores internos de la obra literaria analizada; y, al mismo tiempo, determinar los elementos extraliterarios que impulsan la transformación de la estructura del *campo literario*.

Los cambios sociales, políticos y culturales que se dan en cada época influyen en el *campo literario* hasta el grado de promover cambios estilísticos, temáticos y estructurales en las producciones literarias; de ahí que la definición de *campo literario* postulada por Bourdieu, suponga una toma de posición entre sus miembros y de contraposición con otros

campos, pues sólo así podemos explicar que lo que fue la norma literaria en una época, en otra sea visto como algo obsoleto, situación que a partir del modernismo y el surgimiento de las vanguardias literarias podemos apreciar más claramente. Con el surgimiento de las vanguardias, la oposición entre ortodoxia y herejía se hace evidente al darse una oposición entre los elementos simbólicos establecidos por el grupo de poder y las propuestas estilísticas e ideológicas de los grupos literarios que surgen y rompen con las formas establecidas al volver a la pureza y a los orígenes del arte. Ejemplo de esto es que en el campo de la poesía el verso libre se define en oposición al verso alejandrino, no sólo por la falta de una métrica definida, sino también por todo lo que implicó en este cambio estructural el factor social y político. Ya que no podemos desligar el *campo literario* del *campo político* porque la elección de estrategias literarias está determinada por factores estéticos y políticos internos y externos.

Ángel Rama y Pierre Bourdieu coinciden en señalar que en cada contexto histórico el factor político influye grandemente en la producción de los escritores. Si bien el *campo literario* está relacionado con los demás campos, es imprescindible destacar la influencia del *campo político*, creemos que éste ha influido de manera muy importante en la producción literaria de Héctor Aguilar Camín, en el entendido de que la estructura, el estilo y hasta la temática que aborda el escritor en su obra, están determinados por los intereses del *campo de poder* en el que incursiona.

La posición que ocupan los productores en el mercado cultural se determina por los intereses del grupo social o político que posee mayor capital económico y que invierte para incrementar su dominio económico, político y cultural. Las producciones del campo literario no son ajenas a los intereses del campo de poder. Los cambios estilísticos, estructurales y temáticos que han quedado registrados a lo largo de la historia literaria de

los países europeos y americanos respondieron, y quizá sigan respondiendo, a los intereses de los miembros del grupo de poder político e intelectual.

A lo largo de la historia los campos de producción cultural han ocupado una posición dominada, de manera temporal, en el seno del *campo de poder*. En el caso específico de la literatura, las editoriales son campos de producciones que “Por muy liberados que puedan estar de las imposiciones y de las exigencias externas, están sometidos a la necesidad de los campos englobantes, la del beneficio, económico o político” (321). Bourdieu define el comportamiento de dos grupos fundamentales, distinguidos fácilmente por su antagonismo, pues dan origen a la lucha entre los principios de jerarquización. Se trata del grupo heterónimo y autónomo. El primero incluye a quienes dominan el campo político y económico; como ejemplo Bourdieu habla del arte burgués; mientras que el segundo, el autónomo, lo constituyen quienes dedican su producción a defender el arte por el arte, lo que conocemos como arte puro. Esta actitud “impulsa a sus defensores más radicales a convertir el fracaso temporal en un signo de elección y el éxito en un signo de compromiso con el mundo” (321).

El grupo autónomo representa el mundo al revés de la literatura: “el que pierde gana”. Pierde capital económico y gana capital simbólico. Este grupo se distingue por su independencia con respecto al estado económico. No producen arte masivamente. Son defensores del arte puro, del arte por el arte, de ahí que su prestigio se deba a que no ceden nada al público. Destinan su producción a una elite restringida, por esta razón no mueven grandes cantidades de dinero. Únicamente los escritores que ya pertenecen al canon literario son admitidos dentro del campo autónomo. El objetivo de los escritores que conforman el grupo autónomo es ganar capital simbólico, es decir, el reconocimiento entre intelectuales, aunque no se trate de un reconocimiento masivo. El productor de arte puro

busca que otros productores de arte puro lo reconozcan y admiren. Se trata de un reconocimiento entre similares. Pero el capital simbólico sólo se adquiere a través de la obediencia a las reglas de funcionamiento del campo.

A diferencia del arte autónomo, el arte del grupo heterónimo se distingue por la flexibilidad de sus políticas de inclusión. Estos productores de arte se dirigen a las masas, ya que sólo les interesa obtener capital económico. Las producciones de este grupo dependen de las demandas externas, es decir, de las imposiciones del mercado y de la demanda del gran público:

La heteronomía, en efecto, surge gracias a la demanda, que puede adquirir la forma del encargo personalizado formulado por un “patrón”, mecenas o cliente, o de la expectativa y la sanción anónimas de un mercado. De lo cual se desprende que nada divide con mayor claridad a los productores culturales que la relación que mantienen con el *éxito comercial* o mundano (y los medios para alcanzarlo, como por ejemplo, hoy en día, el sometimiento a la prensa y a los medios de comunicación modernos): reconociendo y aceptando, incluso tal vez hasta buscado deliberadamente por unos, es rechazado por los defensores de un principio de jerarquización autónoma como prueba de un interés mercenario por los beneficios económicos y políticos. (323)

Por los intereses que están en juego, el campo heterónimo permite entre sus integrantes a todo tipo de autores, pues su propósito está muy lejos de defender el arte puro. Los productores de arte de masas consideran que el arte puro es arrogante, pretencioso y poco accesible. Justifican su postura en el hecho de que sus obras cuentan con mayor

aceptación popular. Dan al público lo que pide y reciben el beneficio económico de esa decisión.

Pero el campo autónomo y el campo heterónimo no son los únicos. Entre estos dos campos antagónicos, se ubican otras producciones de arte o subcampos que siempre se distinguirán por sus luchas internas y por sus propias políticas de inclusión y exclusión. No debemos olvidar que la inclusión de un artista en un campo de producción específico conlleva la aceptación implícita de la ideología definida por el campo. Los defensores del arte puro instauran los principios ideológicos que delimitan su campo para legitimar así su auténtica permanencia al campo de sus miembros y de quienes deseen incursionar en él. Pierre Bourdieu señala que, según la expresión de Wittgenstein, los intentos de los artistas por resguardar su campo se basan en el punto de vista fundador a través del cual su campo se constituye como tal y se defiende el derecho de entrada. Aunque las reglas no sean explícitas, si alguien desea ingresar en el campo de producción del arte puro debe coincidir con la ideología que inspiró el punto de vista fundador del campo.

De acuerdo con la definición que se da de *campo* y la marcada reiteración, no debemos olvidar que un *campo* supone la oposición entre dos fuerzas o puntos de vista, fuerzas que se ejercen sobre todos los que incursionan en él, de manera diferenciada, según la posición que ocupan. Así pues, el principio de cambio de las obras (estructural, temático, estilístico, etc.) reside en el campo de producción cultural y, en mayor medida, en las luchas que se dan entre los agentes e instituciones, cuyas estrategias dependen de los intereses que tengan y se modifican de acuerdo a ellos. Está en función de la oposición entre dichos agentes en el reparto de capital específico (institucionalizado o no), del interés en conservar o en transformar la estructura del reparto de capital para orientar con ello la búsqueda de soluciones y, por consiguiente, la evolución de la producción. Es conveniente

mencionar que, a pesar de la autonomía del campo, las posibilidades del éxito de sus estrategias de conservación y subversión dependen de los factores externos (grupos de seguidores, patrocinadores, mayor número de compradores, etc.) para asegurar su permanencia y autoridad en el campo al que pertenecen.

Son muchos los ejemplos que proporciona Pierre Bourdieu para que las definiciones de los conceptos puedan ser entendidas y aplicadas a la producción cultural que se ha dado en cada época. La noción de *campo* implica conocer la posición social, política y económica que ocupa el escritor cuya obra es nuestro objeto de estudio y el campo al que pertenece; y claro, también exige conocer el grado de injerencia que tiene en la vida cultural y política de su grupo social para determinar los factores que intervienen en su proceso creativo. Con respecto a esto, uno de los factores que nos interesa rescatar es que los salones (centros culturales, academias, universidades, teatros) ocupan un campo de competencia para la acumulación de capital social y de capital simbólico. El número de los concurrentes y la calidad que éstos posean (políticos, artistas, escritores, periodistas, críticos, etc.) son una muestra del poder de atracción que pueden tener los lugares de encuentro entre los miembros de los campos opuestos, pero también es un ejemplo del poder que se puede ejercer a través de estos espacios, al ser las academias centros que contribuyen en gran medida a la consagración de uno u otro campo. No podemos negar la homología que existe entre el *campo literario* y el *campo de poder* pues, a decir de Pierre Bourdieu, ésta es perfecta a diferencia de la homología que existe entre las posiciones del *campo literario* y las posiciones en el campo social global (373). La relación entre los miembros del *campo literario* y el *campo de poder* radica en que éstos son sus principales clientes.

Se señala que los escritores que ocupan el campo económico dominado, pero se ubican en el campo literario simbólicamente dominante, pueden sentirse solidarios con los grupos que ocupan las posiciones dominadas, económica y culturalmente, en el espacio social. Al tomar en cuenta esta posición, podemos considerar, a partir de los postulados de Bourdieu, que un escritor o productor cultural en épocas de crisis puede usar su poder y capacidad de producir para hacer “una representación sistemática y crítica del mundo social para movilizar la fuerza virtual de los dominios y contribuir a subvertir el orden establecido en el campo del poder” (375). Aunque esta concepción es explicada en el contexto de la Revolución Francesa, en la que un buen número de escritores proletarios ocupó el cargo de líderes, podemos aplicarla a los escritores latinoamericanos que en más de una ocasión han dirigido el poder que les proporciona el dominio de la letra para ir en contra del grupo político dominante en el supuesto de defender y reivindicar la posición de los pueblos americanos socialmente dominados.

Queda claro que ningún autor puede ser estudiado al margen del campo. Los datos extratextuales sobre la vida y obra de un escritor son fundamentales para hacer un registro de su posicionamiento gradual en los campos de producción cultural y por ende en el espacio social. No se debe perder de vista que cada uno de los cambios de posición que efectúe el escritor a lo largo de su trayectoria, necesariamente responde a los distintos momentos de la historia del campo en el que incursionó. Al decir de Bourdieu, las relaciones entre las posiciones y las disposiciones claramente son de doble sentido. El sistema de disposiciones sólo se realiza en relación con una escritura determinada de posiciones socialmente indicadas; un ejemplo de esto es que los escritores se dan a conocer a partir de las posiciones sociales que ocupan. Entender el funcionamiento de un campo de producción cultural no es una tarea fácil, pero para analizarlo no debemos olvidar que lo

que se produce no se puede separar de la función expresiva, pues de ello depende el funcionamiento del campo. La trayectoria de un autor, por tanto, no es otra cosa que sus movimientos dentro del campo. La trayectoria de un autor son las diferentes posiciones que a lo largo de su carrera sucesivamente ocupó dentro de su sistema.

En síntesis, para que el estudio literario sea completo, debemos estudiar la obra literaria sin perder de vista las características intrínsecas que la definen, pero también como un producto de la dinámica del campo. No debemos olvidar la importancia que tienen la firma de la editorial bajo la cual aparece el título de la obra, los prólogos y las reseñas de las que fue o sigue siendo objeto, las entrevistas que ha concedido el autor, etc. porque son parte del fenómeno literario. Sólo si retomamos estos elementos podremos establecer y explicarnos la toma de posición y la aceptación implícita o explícita de la ideología del campo a la que pertenece el autor.

Para concluir, recordemos que el campo es una red de relaciones de diferente índole: dominación y subordinación, complementariedad o antagonismo. Es un concepto muy amplio que abarca e incluye de la misma manera al autor y al texto. Son muchos los factores que intervienen en el campo de producción cultural y, por ende, en el proceso creativo del escritor; de ahí que para ejemplificar la *noción de campo* Pierre Bourdieu haga referencia a todos los factores que intervienen en el posicionamiento gradual que experimenta cada escritor en la medida en que incursiona y se va haciendo de un lugar en el campo en el que ingresa.

3. Héctor Aguilar Camín: escritor del Posboom en el campo literario mexicano

*"La única manera de construir
la memoria histórica de los pueblos
oera escribiendo."*
Rigoberta Menchú

A pesar de que la producción narrativa del escritor mexicano Héctor Aguilar Camín está formada por varias obras de ficción son muy pocos los estudios académicos sobre sus novelas; situación que, si por un lado limita nuestra investigación, por otro lado nos brinda la oportunidad de ofrecer a los estudios literarios actuales un trabajo de análisis para entender la importancia de estudiar, desde una perspectiva teórica y crítica, la influencia que ejerce en la producción de un escritor, su trayectoria y su posicionamiento en el campo de poder cultural, político y económico de su país.

Los estudios que existen sobre la producción narrativa de Héctor Aguilar Camín se reducen a reseñas breves sobre la temática de sus novelas. Es evidente que si Aguilar Camín ha ganado un amplio reconocimiento en la vida intelectual de México, dicho reconocimiento se debe a su labor como historiador y periodista y poco a su faceta de escritor de ficciones.

Pero, a pesar de la falta de estudios con un enfoque teórico y crítico sobre la narrativa de Aguilar Camín, hemos localizado los documentos necesarios para argumentar a favor de la hipótesis que motiva esta tesis; aunque difícil, el propósito de este capítulo es ubicar la trayectoria de Héctor Aguilar Camín en el campo literario mexicano.

A diferencia de Aguilar Camín, su esposa Ángeles Mastretta sí aparece en las antologías de críticos profesionales que se han dado a la tarea de explicar la evolución del fenómeno literario de los últimos años en Latinoamérica y específicamente en México. La razón no la sabemos, pero no sería descabellado pensar que su labor como historiador y

periodista hace que la crítica profesional pierda de vista su faceta como narrador a pesar de que la narrativa del autor de *Morir en el golfo* es más prolífica que la de algunos de sus contemporáneos y ha sido publicada a la par de la de su esposa por Cal y Arena (editorial de la que ambos son dueños) y por editoriales con reconocimiento internacional como Alfaguara y Planeta.

Para ubicar a nuestro autor en el campo literario mexicano conforme a los postulados de Pierre Bourdieu, nos enfocaremos especialmente en el conocimiento, reflexión y análisis de la temática que aborda en su narrativa, de la estructura narrativa de las mismas y, sobre todo, de la crítica sobre el movimiento literario en el que consideramos podemos insertar su producción narrativa.

Con este propósito, los documentos que dan cuenta de su trayectoria como periodista e historiador serán básicos, no así la revisión de sus producciones en estos ámbitos, pues nuestro estudio sólo abarca su obra narrativa. Empecemos por decir que Aguilar Camín inicia su trayectoria como escritor de ficciones con *La decadencia del dragón* (1983), un libro de relatos breves que adentran a su autor al mundo de la literatura mexicana. Sin embargo, *Morir en el golfo* (1986) y *La guerra de Galio* (1988) son las novelas con las que Aguilar Camín incursiona de lleno en el campo de las letras mexicanas. Estas obras son publicadas por la casa editorial de su propiedad, aspecto que es fundamental para entender y explicar uno de los puntos claves de la teoría de Pierre Bourdieu, que nos ayudará a dar cuenta de la posición en el campo literario mexicano de este autor.

En *Morir en el golfo* (1986) nos ofrece una historia donde las intrigas y las pugnas por el poder en México son las pasiones que motivan a los personajes. En esta novela la violencia, las tensiones políticas, las conspiraciones, el abuso de poder, el cacicazgo, los

intereses mezquinos, las venganzas, ambiciones y la posición en la elite de poder son elementos esenciales que urden una trama en la que sus protagonistas apuestan todas sus cartas con la única finalidad de escalar posiciones en el campo de la política y amasar fortuna.

Morir en el golfo es un claro ejemplo de que en política, por lo menos en la política mexicana, el político más avezado y sin miramientos puede llegar a ocupar el lugar más codiciado: la silla presidencial, o, por lo menos, ocupar un sitio del que difícilmente será removido y que le redituará grandes ganancias, tal como ocurre con Lázaro Pizarro, Francisco Rojano Gutiérrez y Anabela Guillaumin, protagonistas de esta historia, cuya trama se desencadena a partir de la ambición por obtener unos terrenos. Para lograrlo, Francisco Rojano y su esposa Anabela se aprovechan de la posición de un amigo periodista de la juventud, mientras que Lázaro Pizarro, por su parte, utiliza su posición política y económica obtenida como líder petrolero del sindicato de PEMEX. Es un líder que nos remite a la figura del dictador o cacique latinoamericano que fue rescatada por los representantes de la nueva narrativa y los llamados protagonistas del Boom latinoamericano.

En nuestro interés por ubicar a Héctor Aguilar Camín en el campo literario mexicano, es fundamental no perder de vista elementos que están tematizados en su propia obra, pues a nivel narrativo, discursivo y semántico hay en ésta elementos que nos ayudan a situarla en lo que la crítica especializada ha llamado Posboom Hispanoamericano; fue producida y publicada durante el contexto literario en que la crítica ubica este movimiento y, al mismo tiempo, coincide con los temas y el tratamiento formal que privilegiaron los escritores de esta etapa de la literatura hispanoamericana.

Hemos mencionado que Lázaro Pizarro, uno de los protagonistas de *Morir en el golfo*, es un personaje que remite a un cacique moderno; sin embargo, éste es sólo uno de los elementos que nos ayudan a posicionar a Héctor Aguilar Camín y su producción narrativa entre la generación de escritores mexicanos que forman parte de la corriente llamada Posboom. Recordemos que en los anales de la literatura hispanoamericana, después del modernismo y los movimientos literarios subsecuentes a partir de 1926, los escritores hispanoamericanos empezaron a manifestar un marcado interés por innovar las técnicas narrativas y el contenido de sus producciones literarias. En *Nueva narrativa hispanoamericana. Boom. Posboom. Posmodernidad* (1999), Donald Shaw señala:

Después de 1926, esta segunda línea de desarrollo desembocará en la narrativa de fantasía creadora y de la angustia existencial que desde Arlt y Borges hasta García Márquez y Donoso crecerá en importancia hasta disputar la supremacía de la novela de observación. (12)

Este antecedente sólo tiene un valor referencial para nuestro propósito, lo que realmente nos interesa es acotar las características narrativas, estructurales, discursivas y temáticas que a partir de 1960 le dieron un rostro distinto a las letras hispanoamericanas y a sus protagonistas con el objetivo de contrastar entre lo que posteriormente se denominó como Posboom.

El Posboom es un término de implicaciones puramente cronológicas, un nombre para designar la producción narrativa hispanoamericana posterior al Boom, es decir, a ese peculiar momento en que coincidieron éxito editorial, calidad literaria y el interés internacional por lo latinoamericano. De ahí que el término posboom sea una categoría nominal que, en su mayoría, la crítica especializada considera que inicia entre 1960 y 1965.

La lógica de los escritores del Posboom, a diferencia de los del Boom, no es ya la de experimentar para crear nuevas estructuras narrativas, sino la de contar, lo cual no implica la renuncia a procedimientos vanguardistas, pero sí su subordinación a la trama, pues los representantes de esta corriente literaria le otorgan mayor relevancia a lo que cuentan y no a cómo lo cuentan; afán que da como resultado obras narrativas lineales. Digamos que los narradores del Posboom, por factores extratextuales que mencionaremos más adelante, se enfocan en producir obras que generen disfrute y no obras con estructuras complicadas que exijan ser leídas por lectores con un alto nivel intelectual y cultural para poder dotarlas de significado. Mientras que, de acuerdo con Donald L. Shaw en el Boom hay características que destacan aspectos claves como resultado del rechazo del realismo:

- a) La desaparición de la vieja novela “criollista” o “telúrica”, de tema rural, y la emergencia del neindigenismo de Asturias y Arguedas.
- b) La subordinación de la novela “comprometida” y la emergencia de la novela “metafísica”. En vez de mostrar la injusticia y desigualdad sociales con el propósito de criticarlas, la novela tiende, cada vez más, a explorar la condición humana y la angustia del hombre contemporáneo, en busca de nuevos valores. “Toda buena novela —ha escrito García Márquez— es una adivinanza del mundo.”
- c) La tendencia a subordinar la observación a la fantasía creadora y la manifestación de la realidad.
- d) La tendencia a enfatizar los aspectos ambiguos, irracionales y misteriosos de la realidad y de la personalidad, desembocando a veces en lo absurdo como metáfora de la existencia humana.

- e) La tendencia a desconfiar del concepto del amor como soporte existencial y enfatizar, en cambio, la incomunicación y la soledad del individuo. Cabe hablar, pues, del intenso antirromanticismo de la nueva novela.
- f) La tendencia a quitar valor al concepto de la muerte en un mundo que es ya de por sí infernal.
- g) La rebelión contra toda forma de tabúes morales, sobre todo los relacionados con la religión y la sexualidad. (244-245)

Estos elementos los encontramos tematizados en las obras literarias de los cuatro protagonistas del Boom: Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez y Carlos Fuentes. La innovación técnica, la incomunicación, la falta de amor, la soledad del individuo, el predominio de una filosofía existencialista y apocalíptica son sólo unos de los temas que urdían las tramas de novelas como: *La región más transparente* (1958) *Rayuela* (1963), *Cien años de soledad* (1967) y *Conversación en la catedral* (1969), obras literarias que hasta el día de hoy siguen siendo consideradas por la crítica especializada como las obras cumbres del Boom hispanoamericano y, por ende, representan un antes y un después de la narrativa producida en América Latina.

La crítica coincide en señalar que un año clave para hablar de una nueva etapa de la literatura hispanoamericana es 1975, año en que Antonio Skármeta publica *Soñé que la nieve ardía*, novela en la que se empieza a vislumbrar un nuevo interés por retomar la realidad política, social, económica y cultural de los pueblos latinoamericanos y por escribir para el gran público, dejando atrás las innovaciones técnicas de los escritores del Boom, mismas que limitaban al público lector por exigir un alto nivel intelectual para poder desentrañar las historias que les ofrecían debido a las anacronías temporales, la diversidad

de perspectivas en juego, la aparición del narrador homodiegético y la exclusión del narrador heterodiegético, voz narrativa privilegiada en la literatura decimonónica.

A partir de *Soñé que la nieve ardía* la crítica literaria empieza a percibir la ruptura con la alta cultura que privilegiaron Cortázar, Vargas Llosa, García Márquez y Fuentes; por el contrario, esta nueva generación de escritores empieza a nutrirse de la cultura popular al manifestar un marcado interés por escribir historias con una estructura narrativa simple, obras cuyas tramas giraban en torno a la cultura joven, la música popular, los medios masivos de comunicación, el compromiso sociopolítico, la sexualidad, los ambientes urbanos, la espontaneidad, el reflejo directo de la vida cotidiana, el coloquialismo, la fantasía basada en la realidad, la intrascendencia, el humor, el optimismo y la incorporación de grupos marginados.

Además, el Posboom es un movimiento en el que las mujeres irrumpieron en el mundo de las letras, como lo ejemplifican Isabel Allende, Ángeles Mastretta, Rosario Ferré, Laura Esquivel, Elena Poniatowska, Luisa Valenzuela, Diamela Eltit, Carmen Boullosa y Cristina Peri Rossi, otro rasgo que se contrapone al Boom, pues éste fue un movimiento de hombres. Todo lo anterior muestra que en la transición del Boom al Posboom varios elementos fueron perfilando un cambio en la concepción sobre el arte de escribir que hicieron eco en los distintos países latinoamericanos, lo cual llevan a críticos como Donald L. Shaw a manifestar:

Periodizar el Boom y el posboom no presenta problemas serios. Si bien admitimos que la década de los 60 fue el momento cumbre del Boom, está claro que el movimiento empezó mucho antes. En efecto, hay buenos motivos para sostener que *La vida breve* (1950) de Onetti fue la primera novela del Boom. También está claro que novelas tan importantes como

Pedro Páramo de Rulfo, *Hijo de hombre* de Roa Bastos o *Los pasos perdidos* de Carpentier, publicadas en los años 50, figuran con pleno derecho entre sus productos. De igual manera, podemos afirmar que el Boom empezó a agotarse hacia mediados de los años 60 y que desde entonces se advierte un cambio incluso en la narrativa de autores como García Márquez, Donoso y Vargas Llosa. La publicación de la primera novela de Skármeta, *Soñé que la nieve ardía*, en 1975, bien podría marcar el punto de partida del posboom, que alcanzó su primer incuestionable triunfo con *La casa de los espíritus* (1982) de Isabel Allende. (259-260)

En el Posboom, es la obra de una mujer la que apuntala un movimiento que, como ya se ha dicho, rompe con la poética de los escritores del Boom, no sólo por los elementos ya mencionados, sino por otros rasgos que nos ayudan a ubicar la producción narrativa de Héctor Aguilar Camín en el Posboom hispanoamericano. Recordemos que *La decadencia del dragón*, primera obra narrativa de este escritor, es publicada en 1983, sólo un años después de *La casa de los espíritus*. Esto nos lleva a sostener que la narrativa de Aguilar Camín coincide temporal, temática y estructuralmente con las características narrativas representativas de este movimiento. En *Morir en el golfo* y *La guerra de Galio*, el escritor retoma elementos característicos de este periodo literario.

Por ejemplo, *Morir en el golfo*, una novela narrada desde la voz de un narrador homodiegético, es decir, desde la voz de un personaje testigo que da cuenta del destino de Francisco Rojano Gutiérrez, un amigo del pasado con el que se reencuentra después de varios años y al que lo une no sólo la amistad, sino también el amor que desde la juventud le profesó a Anabela Guillaumin, esposa de Rojano. Es este sentimiento el que lleva al periodista a ser parte fundamental en el ascenso a la elite de poder de Francisco Rojano

Gutiérrez, un hombre que aspira a cargos políticos de importancia dentro del gobierno mexicano, aspiración política para la que es necesaria la ayuda del amigo de la universidad.

Un amigo periodista al que Rojano le muestra una serie de documentos que dan cuenta de un supuesto complot orquestado por el cacique y caudillo del sindicato petrolero de Veracruz, Lázaro Pizarro, para apropiarse de las tierras de Chicontepec que, gracias a una herencia, le pertenecen a Anabela y a Rojano. Con el poder que le da ser protagonista de la prensa escrita nacional y usar la pluma en beneficio de Rojano, el periodista consigue para su amigo la presidencia municipal de una región del Golfo de México y, durante el proceso, se introduce al lector al mundo de manipulaciones e intereses que se ponen en juego en el campo de la política mexicana; juegos de poder que pueden llevar a los implicados a amasar grandes fortunas o a perder la vida por jugar en el lado contrario o levantarle la mano al más poderoso. Sobre todo, porque en esta novela se hace evidente lo que bien señala Will Pansters en “Transición y violencia. Reflexiones sobre el cambio político en México” (2002):

En el caso de México, el fenómeno del clientelismo está ligado inextricablemente a la figura del cacique, el hombre fuerte cuya ley informal, personalista y a menudo arbitraria viene respaldada por un “séquito” popular. El cacique normalmente combina la amenaza de la violencia con alguna forma de “moralidad privada de obligaciones”, como refleja gráficamente el personaje de Lázaro Pizarro en la novela de Aguilar Camín sobre un cacique del sindicato de petroleros. En las figuras del cacique y el presidente se condensa la personalización del poder y las ambivalencias del sistema político mexicano. (267)

Así, bajo la figura del cacique, Aguilar Camín deja asentada la importancia y el poder de la prensa en la sociedad mexicana (aspecto que desarrollaremos a profundidad en el siguiente capítulo) y acota las características propias de un sistema político corrupto al ofrecer una historia en la que los personajes encarnan a matones representados por los custodios de los grupos de poder, el pueblo corriente que acude a solicitar favores al cacique Lázaro Pizarro, los intelectuales, representados por el propio narrador y sus amigos del mismo ambiente y los políticos que, como Rojano, se mueven en busca de la riqueza, la fama y el poder. Además, la novela da cuenta del silencioso accionar de los servicios de seguridad de Gobernación, capaces de mantener el “orden” y la “paz” a costa de la guerra solapada que vive el país motivada por los intereses de los poderosos.

Todas estas características son parte fundamental de la narrativa del Posboom, pues además de los elementos mencionados que nos ayudan a distinguirla del Boom, Donald Shaw apunta:

El posboom, con libros como *De amor y de sombra* de Allende, *La insurrección* de Skármeta, *Cambio de armas* de Valenzuela o *La noche de Tlatelolco* de Poniatowska, adopta una postura más radical. Tal postura conlleva necesariamente un renacimiento de la confianza en la capacidad del escritor de observar e interpretar la realidad y de utilizar sin ambages un lenguaje directo y referencial ... Los del posboom... bajo el impacto de la historia reciente de Argentina, Chile, Uruguay y Centroamérica, han vuelto muchas veces a la gran tradición central de la narrativa hispanoamericana: aquella de la protesta. (263)

En *Morir en el golfo* y *La guerra de Galio* el lector especializado y el inexperto se percatan de que el autor emplea la voz y la mirada de los narradores y los personajes para

hacer alusión a eventos que tienen un referente extratextual en la historia oscura de la política mexicana. Además, en estas dos novelas hay una alusión constante a los protagonistas de los últimos sesenta años de la política mexicana; se menciona con nombre propio y apellido a funcionarios del poder que ocuparon la silla presidencial, como Díaz Ordaz, y a los colaboradores más directos que los sucedieron en el puesto.

El nombre ya tienen una carga referencial que se completa en la medida que el lector avanza en la lectura y echa una mirada al pasado reciente de México para luego coincidir con la visión de mundo que el autor proyecta a través del discurso del narrador, característica que evidencia la presencia de uno de los elementos más importantes de la temática de las novelas del Posboom, la crítica social, y que eleva el carácter de denuncia de estas dos novelas de Aguilar Camín y le da un lugar entre los narradores pertenecientes al Posboom hispanoamericano.

Nos interesa destacar el tema de denuncia/compromiso, pues consideramos que en sus dos primeras novelas Héctor Aguilar Camín se muestra como un contestatario del poder al hacer un cruce entre la imaginación y la historia colectiva de México. Esto, al mostrar con sus historias las catástrofes más íntimas del país y, al construir un retrato moral y psicológico de la generación que: comenzó su vida adulta en 1968, vivió la guerrilla de la década siguiente y experimentó sus consecuencias. En un artículo titulado “Los contestatarios del poder” que forma parte de *Novísimos narradores hispanoamericanos en marcha 1964-1980* (1981), dice Ángel Rama:

La búsqueda integradora, una recuperación de las tradiciones propias dentro de una perspectiva modernizada que se aprendió en los mayores que hicieron la “nueva narrativa latinoamericana”, y que los nuevos manejaron como el elemento adquirido y consabido. Esta tendencia dominante se vio

robustecida por una lección de la historia latinoamericana y de la narrativa norteamericana a mediados de los setenta: la novela testimonial, “la non fiction novel” que Capote, Mailer, Doctorow, entre otros, ponen en circulación, resulta un instrumento insustituible para abordar literariamente la represión política y social que caracteriza a la década del reflujo, los setenta. Aun si fuera posible hacer un distingo nítido, dejando a un lado la enorme producción estrictamente testimonial que se abre con *La noche de Tlatelolco* (1971) de Elena Poniatowska, en México. (18)

Los temas que se privilegian en *Morir en el golfo* y *La guerra de Galio* son la matanza del 68, la guerrilla, los cacicazgos, las persecuciones, las luchas por escalar peldaños en el quehacer político, los actos corruptos, la coerción a la prensa libre y los intelectuales al servicio del poder. Después de un análisis sobre el contexto, las ideas y los recursos narrativos de los escritores del Posboom en “Los contestatarios del poder” Rama afirma:

Si hubiera tenido que denominar a todos estos escritores, atendiendo no al período histórico posboom de los nuevos en que aparecen, sino a los que me parecen comunes denominadores de sus plurales estéticas y de sus variados mensajes ideológicos, los habría llamado “Los contestatarios del poder”. Y si fuera forzoso apelar a esas denominaciones numéricas, tan enigmáticas fuera de su momento, que se han ido aceptando en este siglo para soldar la literatura a la historia, diría simplemente que son “los del 68”; año de rabia y de esperanzas pero también de enormes frustraciones. (48)

El valor de *Morir en el golfo* y *La guerra de Galio* radica en poner ante los ojos del lector el ardid político que desencadenó la matanza de Tlatelolco y generó el surgimiento

de una sociedad resentida contra quienes ordenaron esta medida contra los estudiantes, matanza que llevó a los testigos directos e indirectos a cuestionar la forma de hacer política en México, como lo hacen los protagonistas de *La guerra de Galio*:

Santoyo volvió a la siguiente cuartilla, casi una hora después, cuando Vigil ensayaba el párrafo final sobre la calidad prosística del penúltimo tomo de Cosío y sobre su vigor como propuesta implícita para la vida pública mexicana posterior al 68. Entre líneas, Cosío Villegas demandaba clima de libertades cívicas luego del sombrío final de sexenio diazordacista (1964-1970). (86)

Desde una posición privilegiada como director del diario *La República*, Octavio Sala, Carlos García Vigil y sus colaboradores más cercanos representan a esa generación dispuesta a evidenciar los errores del sistema político mexicano y, con ello, mostrar a la sociedad las pasiones y posiciones reales del disfraz de los hombres de poder que anteponen sus intereses a los del grueso de la sociedad mexicana. Representan la pasión por exponer las verdades que el sistema quiere mantener ocultas y borrar de la memoria de los mexicanos:

Luego, en el silencio opresivo de los dos últimos años del gobierno diazordacista, autor de la matanza, *La república* refrendó esa vocación: consignó las aberraciones procesales de los estudiantes presos, sus condiciones carcelarias, los atentados contra su seguridad. Dejó correr en sus páginas, según Vigil, la “voz de la conciencia agraviada de México”; vislumbró el fin de una época y de un estilo político, anticipó la profundidad del daño infringido y los peligros de ese “porvenir lastimado” que la realidad hizo luego patente en las catacumbas de la guerrilla y las ideologías de la

ruptura revolucionaria. El diario de Sala quiso ser y fue para muchos el
heraldo de los nuevos tiempos. (114)

Los personajes de Octavio Sala y Carlos García Vigil se pueden explicar haciendo una analogía con los novelistas del Posboom que escribieron sus novelas nutriéndose del lado oscuro de la realidad política, social, económica y cultural de Hispanoamérica con el firme propósito de contribuir con sus historias a sensibilizar al público lector y darle voz a las conciencias agraviadas por las elites de poder, especialmente, a los grupos afrentados por los tentáculos del sistema político. No en vano *La guerra de Galio* avanza de manera cronológica desde el año 68 al 86, mostrando desde la perspectiva crítica de Octavio Sala, director del periódico *La República*, un período escabroso de la política mexicana. No olvidemos que una de las ideas centrales del Posboom, a decir de Donald Shaw, es que “el escritor debe funcionar como testimonio... debe interrogarse e inquietar al lector, impulsándolo a darse cuenta de lo que preferiría olvidar” (295).

Por otro lado, así como nos hemos empeñado en dejar constancia del predominio del discurso de denuncia en la narrativa de Héctor Aguilar Camín para ubicarlo como uno de los escritores pertenecientes al Posboom, no podemos dejar de lado otros elementos que nos ayudarán a reforzar la pertenencia del escritor a este periodo de la literatura hispanoamericana. Nos referimos a rasgos menos profundos, pero que son vitales para ilustrar los rasgos del Posboom que están tematizados en la narrativa de nuestro autor.

Hasta ahora, hemos mencionado de manera general algunos aspectos que son básicos para distinguir entre la narrativa del Boom y la del Posboom que hablan de un cambio de concepción sobre cómo hacer literatura. Cambios que se localizan en *Ardiente paciencia* (1985), conocida como *El cartero de Neruda* después de haber sido llevada al cine en 1994. Esta novela es considerada por Donald L. Shaw como la novela netamente

arquetípica del Posboom ya que considera que con ella Antonio Skármeta va en contra de la línea general de la producción literaria de lo que se denominó como nueva narrativa hispanoamericana, corriente que había privilegiado la experimentación en la forma narrativa, y señala que Skármeta detecta que después de esos experimentos “el momento era propicio para llevar a cabo una vuelta a la ‘narratividad’, un retorno al relato lineal, sin la fragmentación, los saltos cronológicos inesperados, el metadiscurso y el cuestionamiento de la relación causa-efecto” (266). En *El cartero de Neruda*, se privilegia el tema político-amoroso en un relato lineal, sin saltos, fragmentaciones, ni experimentación en la forma narrativa.

Además del tema político-amoroso, en la novela del Posboom opera un mecanismo de igualación de elementos de la cultura popular y culta que se ponen en el mismo nivel jerárquico. Y en la narrativa de Héctor Aguilar Camín, como en las novelas pertenecientes al Posboom, hay una alusión constante a elementos de la cultura popular masiva al hacer referencias al cine, la radio, la televisión, el rock y los boleros. Asimismo, se prefieren estructuras lineales y temas como la sexualidad, la espontaneidad y la coloquialidad como herramientas adecuadas para trabajar la realidad, elementos que de acuerdo con Donald L. Shaw proyectan temáticas donde:

Los jóvenes, todos de clase adinerada, se dedican a divertirse con drogas, aventuras sexuales, episodios de violencia criminal y otros pasatiempos más o menos peligrosos. Los mayores explotan su posición de privilegio económico o político, brindando a sus hijos un espectáculo de corrupción, de búsqueda de gratificación inmediata y de falta de escrúpulos. En el ápice de la sociedad están el presidente y sus ministros, quienes ejercen el poder sin

preocuparse por sus responsabilidades. El cuadro de la vida mexicana, sólo parcialmente enmascarado por el humorismo, es desolador. (314)

Todos estos elementos los podemos identificar en toda la producción literaria de Aguilar Camín. Las novelas *Morir en el golfo* (1986), *La guerra de Galio* (1988), *Un soplo en el río* (1997), *La conspiración de la fortuna* (2005) y *La provincia perdida* (2007) se centran en temas políticos. En estas obras el escritor desnuda la política mexicana enunciando temas que hacen alusión a la corrupción, los abusos de poder, la lucha por la libertad de expresión, los conflictos de 1968, la Liga Comunista 23 de Septiembre y el narcotráfico.

Mientras que, en *El error de la luna* (1995) y *El resplandor de la madera* (1999), la trama gira en torno a las relaciones familiares; en tanto que, en *Las mujeres de Adriano* (2001) y *Mandatos del corazón* (2003) se narran las aventuras amorosas de los personajes protagónicos. Y, en el caso de los cuentos reunidos en *La decadencia del Dragón* (1983) e *Historias conversadas* (1992), los temas van de la denuncia política a las aventuras de personajes adolescentes. Los elementos de la narrativa del Posboom los encontramos en *Morir en el golfo* y *La guerra de Galio*, dos novelas sobre el poder y el amor, pasiones que desencadenan en muerte; en la primera, las historias dan cuenta de personajes que hacen todo por escalar en la cúpula de poder; en la segunda, porque los personajes usan su posición para denunciar lo que se cuece a puerta cerrada en las oficinas de los hombres de poder. Al mismo tiempo, en estas novelas hay una constante alusión a temas propios de la cultura popular, como se puede percibir en el siguiente fragmento de *Morir en el golfo*:

A las once de la noche, en un clímax de trombones y tumbadoras que llegaba hasta la calle, entramos al Náder, un centro deportivo en La Merced

cuyo salón de baile se atestaba cada fin de semana con las mejores tocadas de rumba de la ciudad.

Retumbaba el Náder:

Qué pena me da tu caso

Qué pena me da.

Qué pena me da lo tuyo

Lo tuyo es mental. (37-38)

Los personajes recurren a fragmentos de tangos y boleros de corte popular para suavizar situaciones tensas entre ellos y, claro, para darle el toque amoroso y erótico a una vida cargada de intrigas y manipulaciones ante la ambición de poseer poder político y económico para dirigir a las masas desprotegidas.

En *El error de la luna* (1995) se narra la historia de la familia Gonzalbo y un secreto guardado por ese linaje: la vida casi en reclusión de Mariana; y de un gran amor central: el de Lucas Carrasco y Mariana. El recuerdo de la fundación del linaje parece implicar que el destino de sus miembros fue siempre trágico, sin embargo, éstos viven sus pasiones, verdades e historias como si ninguna fatalidad los perturbara.

En esta novela el lenguaje que usan sus personajes y las situaciones que viven dan cuenta de la intención del autor por escribir historias donde la temática gira en torno a los problemas de los jóvenes y a la importancia del amor. La hija menor de los Gonzalbo es el personaje que desencadena la trama, a través de una historia que da cuenta de la influencia del género policial en los escritores del Posboom, pues es narrada siguiendo las convenciones de este género; aunque no tiene la figura arquetípica del detective y un asesinato, la muerte extraña de su tía Mariana Gonzalbo motiva a Leonor a indagar para resolver el enigma.

Recordemos que el género policial tuvo varios adeptos entre los escritores de la nueva narrativa hispanoamericana. Basta con remitirnos a “La muerte y la brújula”, cuento en el que Jorge Luis Borges sigue las convenciones narrativas del género, mismas que son establecidas en *El género negro* (1996) de Mempo Giardineli, como características del relato policial moderno que Edgar Allan Poe creó, fijando los elementos que serían clásicos del género:

un investigador privado astuto; un amigo de pocas luces que lo acompaña y le ayuda a dar brillo al investigador; una deducción larga, compleja y perfecta, sin fallas, por medio de la cual se “soluciona” el “caso” (en realidad, un problema), y la inteligencia superior del detective frente a la burócrata de los miembros de la corporación social. (57)

Como ya mencionamos, en *El error de la luna* hay una muerte cuyas causas se quieren descubrir, pero no se habla de un asesinato, y la figura del astuto detective se sustituye por Leonor, una chica inteligente y sagaz dispuesta a descubrir quién fue realmente su tía Mariana y, en la medida que se resuelve el enigma, pone ante los ojos del lector el drama y la causa que provocó la muerte de la hija menor de los Gonzalbo.

Ahora bien, además del tratamiento distinto del género policial en esta novela, el tema de la sexualidad es reiterativo en varias escenas entre Leonor Gonzalbo y Rafael Liévano, dos jóvenes preparatorianos que aprovechan los privilegios de su posición económica y las ventajas de la urbe para tener sus encuentros sexuales:

Leonor apuntó una dirección en las afueras de la ciudad, sobre el pueblo de Cuajimalpa, y llamó a Rafael Liévano:

— Necesito que me lleves a un lugar el jueves.

— ¿Quieres decir que me amas? —dijo Rafael Liévano.

— No —respondió Leonor.

— ¿No quiere decir que estás muerta de amor por mí?

— No —dijo Leonor.

— ¿Entonces por mí y por mi pito? — Preguntó Rafael Liévano. (69)

En el fragmento citado se hace evidente la temática sexual y el lenguaje coloquial con el que el tema es abordado por estos dos jóvenes que económicamente lo tienen todo pero viven al margen, en el caso de Rafael Liévano, de unos padres dedicados a amasar fortunas y en el de Leonor, una chica que debe comportarse en su casa de acuerdo a las normas rígidas de sus abuelos, pero que encuentra en Rafael la diversión y la adrenalina que su juventud le exige experimentar.

Ahora nos interesa brindar elementos que nos permitan ubicar en el campo literario mexicano a Héctor Aguilar Camín que, como ya se ha dicho, no resulta fácil ante la escasez de bibliografía especializada que nos ayude a seguir su trayectoria. Este fenómeno, si se puede llamar así, viene a reiterar que en la historia de la literatura occidental los estudios literarios sólo se han enfocado en el cultivo de los cánones universales, situación que ha relegado a grupos que en su momento tuvieron una posición en el campo literario de sus países y, sin embargo, hoy son omitidos y no forman parte de las nomenclaturas de los diccionarios y antologías en los que se rescatan a los escritores canónicos de las tendencias literarias pasadas y presentes.

Lo anterior nos lleva a pensar que la mayoría de los estudiosos actuales de la literatura hispanoamericana, en lo general, y mexicana, en lo particular, han perdido de vista que para explicar el fenómeno literario se debe ir más allá de las nomenclaturas y empezar por abarcar factores determinantes que influyen en el proceso de producción y mercado de la literatura. Por esta razón el concepto de *campo literario* que desarrolló

Bourdieu, así como las categorías adyacentes (heterogeneidad, legitimidad, autonomía, interacción) iluminan el sentido que tienen esos procesos para la literatura.

Todos estos conceptos son básicos para analizar y explicar la posición de Héctor Aguilar Camín en el campo literario mexicano, es decir, para determinar qué espacio tiene este escritor en la estructura de relaciones objetivas y de interacción con el subespacio social en el que se desenvuelve. Afortunadamente, para nuestro propósito, Patricia Cabrera López en *Una inquietud de amanecer: literatura y política en México, 1962-1987* (2006), ofrece un análisis cronológico sobre la literatura mexicana desde principios de la década de los sesenta hasta fines de los ochenta, bajo la noción de campo de Pierre Bourdieu.

En su estudio Cabrera López hace un análisis exhaustivo sobre la evolución de la literatura de izquierda en México y aplica la noción de campo de Bourdieu para explicar el concepto de literatura mexicana de la segunda mitad del siglo XX, ubicando y estableciendo las relaciones entre sus protagonistas, los problemas sociales, los momentos históricos, el origen social o la ideología política de los escritores y su obra literaria, como reflejo de los factores que intervienen en la producción y posición en el campo literario, entendido éste como el espacio donde actúan los agentes determinantes para establecer el concepto de literatura que se difunde socialmente.

De acuerdo con estos principios, además de ubicar a Héctor Aguilar Camín como un escritor representativo del Posboom, podemos establecer su pertenencia al campo literario mexicano formado por escritores de izquierda que empiezan a publicar en los ochenta en México, grupo al que, de acuerdo con Patricia Cabrera López, pertenecen Juan de la Cabada [1903-1986], Salvador Castañeda, Sergio Gómez Montero, Xorge del Campo, Teresa Martínez Terán, Hernán Lara Zavala, Jaime del Palacio, Noé Jitrik, José Joaquín Blanco, Carlos Martínez Moreno [1917-1966], Raúl Hernández Viveros, Mempo

Giardinelli, *Héctor Aguilar Camín*, Alejandro Ariceaga [1949-2004], Jesús Gardea [1939-2000], Mónica Mansour, Miguel Bonasso, José de Jesús Sanpedro, Emiliano Pérez Cruz, Paco Ignacio Taibo I, Francisco Gargallo, Élmer Mendoza y Rolo Diez (32, la cursiva es nuestra).

A decir de Cabrera López, en esta enumeración sólo se da cuenta de los escritores que residen en México y que gracias a la constancia en la publicación de sus obras narrativas de izquierda lograron consolidarse e interactuar en el campo cultural. Este es el trabajo con mayor rigor crítico y teórico, que nos permite posicionar (por lo menos al inicio de su trayectoria) a Aguilar Camín como parte del campo literario mexicano conformado por el grupo denominado como narradores de izquierda, escritores que interactuaron en el campo literario local y compartieron horizontes histórico-culturales y la posición ideológica. En el caso de Aguilar Camín, se justifica su pertenencia a este grupo si no perdemos de vista que en *La decadencia del dragón*, *Morir en el golfo* y *La guerra de Galio* se ofrece una visión de izquierda sobre los últimos 60 años del ejercicio político en México.

3.1. Aguilar Camín: de la izquierda a legitimador de la elite de poder

Con una trayectoria literaria iniciada con *La decadencia del dragón* en 1983 y reafirmada con dos novelas en las que en cada página se hace explícita una visión de izquierda, Héctor Aguilar Camín arriesgó mucho, pero ganó capital simbólico entre los miembros de su campo literario, especialmente con *La guerra de Galio* (1988), la obra con la que ganó mayores adeptos. Muestra de ello es que el crítico literario Juan José Reyes, con motivo de la celebración del décimo aniversario de publicación de esta novela, aseveró que “Héctor

Aguilar Camín es, tal vez, el novelista mexicano de su generación con mayor vigor narrativo, como lo ha probado en varias ocasiones, sobre todo en sus dos primeras novelas”.¹ En este tono hay varios comentarios sobre Aguilar Camín, considerado como un escritor, historiador y periodista destacado.

El reconocimiento del que goza Aguilar Camín como historiador y periodista es innegable, pues en ese campo ha producido varias obras y colaborado con diarios como *Unomásuno*, *La Jornada*, *Proceso* y *La Cultura en México*. Ha participado en programas de opinión como *Zona abierta* (producido por Televisa), además de haberse desempeñado como director de la revista *Nexos* de 1983 a 1995 y dirigirla de nuevo a partir de abril de 2009; a la par, también dirige la Editorial Cal y Arena, misma en la que publica sus primeras obras literarias. Sin lugar a dudas, estas actividades hablan del posicionamiento en el campo cultural mexicano de Héctor Aguilar Camín, al grado de que en 1986 recibió el Premio Nacional de Periodismo, en 1989 fue becario de la Fundación Guggenheim, en 1992 fue galardonado con la medalla al Mérito por el Gobierno de Chetumal por su trayectoria periodística y literaria, en 1997 recibió el premio Ichiiko por Obra Cultural, en 1998 obtuvo el Premio Mazatlán de Literatura por su novela *Un soplo en el río* y en Chile obtuvo la Medalla Gabriela Mistral en 2001.

Los reconocimientos mencionados arriba dan cuenta del capital simbólico que ha obtenido Aguilar Camín en su desempeño como historiador, periodista y escritor de

¹Declaración tomada de una nota hecha por Enrique Morales con motivo de un evento organizado por el Centro Nacional de Información y Promoción de la Literatura (CNIPL) del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) realizado del 10 al 12 de octubre de 2001 llamado: Reencuentro con *La guerra de Galio*, a diez años de su publicación en el que participaron Anamari Gomis, Jesús Silva-Herzog Márquez, Federico Reyes Heróles, Álvaro Ruiz Abreu, Rafael Segovia, José Joaquín Blanco, Rafael Solana Olivares y José Ramón Enriquez. Este documento fue localizado en la siguiente dirección de Internet: <<http://www.cnca.gob.mx/cnca/nuevo/2001/diarias/oct/031001/camin.htm>>.

ficciones, aunque en el caso particular de la literatura, sólo ha obtenido el Premio Mazatlán de Literatura, aun cuando ha publicado casi una docena de obras literarias, cantidad nada despreciable si tomamos en cuenta que a la par ha escrito varios libros de historia de México y realizado las labores ya mencionadas, además de sus actividades como empresario, pues es dueño de la revista *Nexos* y la Editorial Cal y Arena.

La posición de este escritor como dueño de la revista y la editorial en la que ha publicado sus primeras obras narrativas nos hace pensar que este factor fue fundamental para que estas novelas se puedan leer e insertar en el campo literario de los narradores de izquierda, pues no es lo mismo publicar en una editorial de la que se es dueño, que en una editorial ajena y de prestigio en la que, si se desea publicar, se deben aceptar las condiciones e ideologías que representa el sello editorial en el que se incursiona. Y es que, en el mundo del arte, podemos hablar del poder en el campo cultural, un poder entendido por su carácter de relaciones sociales en las que coexisten carisma, autoridad, información, prestigio, legitimidad, respaldo institucional, riqueza, relaciones con personas poderosas de otras esferas sociales y de las habilidades para convertir en poder estos recursos.

Esto nos lleva a decir que en cuanto a poder cultural, Héctor Aguilar Camín ha ganado bastante, ya que como periodista y escritor ha construido espacios propios que le han permitido relacionarse con los hombres de poder de la élite política y económica; primero como crítico de estos grupos y después como legitimador de sus acciones. Según Patricia Cabrera López:

Desde luego que el poder de un escritor o intelectual y su grupo se actualiza mejor en su *esfera específica de influencia* que es el campo literario. Es en éste donde las decisiones para abrir o cerrar espacios en foros de difusión (casas editoriales y/o publicaciones periódicas), otorgar subsidios y amparar

acciones culturales con apoyo institucional, emplear o despedir a ciertos individuos, o pronunciarse para atacar o respaldar a escritores son actos de poder atribuibles a grupos determinados. Los actos de opinar, juzgar, tomar posición, criticar, seleccionar, apoyar, elogiar, descalificar u omitir son, además, políticos al sustentarse en una ética grupal y emitirse desde un espacio apto para potenciar el alcance colectivo de sus efectos en las instituciones culturales, las funciones de la literatura y hasta en la trayectoria de los carentes de poder (o subalternos). (28)

La posición como escritor de izquierda que se ganó Aguilar Camín en el campo literario mexicano al inicio de su trayectoria, sin lugar a dudas, fue producto de una toma de posición que le permitió a este escritor formar su propio grupo y fundar la revista *Nexos*:

El grupo *Nexos* se propuso hacer de la revista un medio de comunicación legitimado por su aparición y circulación regulares, y por la autoridad de sus directivos, con objetivos claros, y por ello, apto para servir de vehículo al grupo intelectual propietario y sus afines. La presentación del primer número así como la declaración de sus editores (Enrique Florescano y Aguilar Camín) ilustran el rasgo más importante del discurso de los intelectuales (en su mayoría, recién ingresados en este grupo social) que se proponían dejar atrás los años sesenta y setenta: el rechazo a la identidad ideológico-política. Puesto que, como lo habían denunciado en vísperas de la aparición de la revista, Aguilar Mora, David Huerta y Manjarrez, *ésta contaba con el apoyo de políticos vinculados al Estado*, resulta lógico que no buscara ser tribuna izquierdista. (Cabrera López 287, las cursivas son nuestras)

Así que *Nexos*, desde su fundación es considerada una revista que responde a los intereses del grupo que la fundó y, desde luego, del grupo de poder que patrocinó su creación. Por eso, Cabrera López tiene razón cuando señala que esta revista no podía ni puede ser considerada una tribuna de izquierda, ya que en su discurso inaugural el propio Héctor Aguilar Camín dejó claro que su revista no sería contestataria del poder, toma de postura que se aleja de una ideología de izquierda, sobre todo porque Florescano y el autor de *La guerra de Galio* presentaron *Nexos* como una revista de divulgación de temática multidisciplinaria:

Florescano y Aguilar Camín anunciaron que sería una publicación para reflexionar de manera libre y ajena a las verdades absolutas, sobre los conocimientos y las obras que aclararan problemas estratégicos de la sociedad y la cultura. La literatura sólo sería abordada al modo de objeto de estudio, desde el punto de vista de una crítica interesada en las obras no en las personas. (Cabrera López 287)

Evidentemente, ese discurso es una toma de posición que dista mucho de una ideología de izquierda, es una postura disfrazada de un tono academicista que nos recuerda que en la historia de la vida cultural de México, los letrados que iniciaron su trayectoria literaria como contestatarios del poder, en la medida que se fueron posicionando en el campo cultural se constituyeron como parte del sistema y del Estado, dejando a un lado la crítica para responder a los intereses de los regímenes gubernamentales y de los grupos de poder que los sostienen y, como afirma Ángel Rama en *La ciudad letrada* (1984), ser “el anillo protector del poder y ejecutor de sus órdenes” (25). Labor para la cual aprovecharon el capital simbólico del que gozaban varios de sus colaboradores, especialmente Aguilar Camín y, desde luego, la relación que éste entabló mientras era director de *Nexos* (1983-

1995) con Carlos Salinas de Gortari, presidente de México durante el periodo de 1988-1994, época en la que se convirtió en su asesor cercano y en coordinador del grupo de intelectuales a su servicio.

Como ya hemos mencionado, la relación entre letrados y representantes del poder político no es nada nuevo en el proceso cultural de Latinoamérica y en México, en especial, es un fenómeno que se da desde épocas de la Conquista. Así que no resulta extraño que Aguilar Camín se haya puesto al servicio de la elite de poder y que por sus servicios haya recibido beneficios. Uno de ellos es haber sido coordinador en 1992, junto con Enrique Florescano, miembro del consejo de *Nexos*, de un proyecto para reformar los libros de texto de historia cuando Ernesto Zedillo se desempeñaba como secretario de Educación Pública durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari. El proyecto dio mucho de qué hablar entre los intelectuales ajenos al grupo de Aguilar Camín, quien representaba al círculo cercano al poder en este periodo político y del que formaban parte activa Jean Meyer y Enrique Florescano. El periodista Felipe Moreno, en un artículo titulado “Ernesto Zedillo y los intelectuales”, sostiene:

Las premisas del debate que hoy se dan en torno a los libros de historia tienen otras premisas: El rompimiento Nexos-Océano; el éxito inesperado de las novelas de AGUILAR CAMÍN y ÁNGELES MASTRETA; la separación y liquidación de editorial Océano y la separación de ésta de la Fundación MANUEL BUENDÍA; el enlace de OTTO GRANADOS con este grupo de intelectuales; la fundación de la nueva editorial Cal y Arena, propiedad de AGUILAR CAMÍN y ÁNGELES MASTRETA; la integración de los izquierdosos del MAP a los círculo del poder; la separación de ROLANDO

CORDERA de las corrientes socialistas; la consolidación del grupo Nexos a través de su programa televisivo.²

Estas relaciones y desacuerdos hablan del poder cultural que Héctor Aguilar Camín empezó a representar mientras era asesor del presidente de México, situación que lo reafirma como un intelectual al servicio del poder político, especialmente durante este sexenio presidencial. La relación entre Aguilar Camín y Carlos Salinas de Gortari sólo viene a confirmar una tradición que ha marcado la vida cultural de México desde la Conquista hasta la actualidad, pues la letra como signo perenne está unida al poder porque es la única manera de legitimarlo y perdurar con el paso del tiempo, aun cuando lo que represente haya desaparecido o sea destruido. Así que los intelectuales como dueños de la letra a lo largo de la historia han procurado convertirse en un poder autónomo dentro de la institución de poder a la que pertenecen; no en vano Ángel Rama postula que los intelectuales, por su condición de servidores del poder, son:

quienes mejor conocen sus mecanismos, quienes más están entrenados en sus vicisitudes y, también, quienes mejor aprenden la conveniencia de otro tipo de institucionalización, el del restringido grupo que ejerce las funciones intelectuales. (30-31)

Son los intelectuales allegados al poder quienes mejor conocen la forma de actuar y de hacer política. Estar cerca del poder, ver, escuchar y participar directa e indirectamente en sus acciones es una posición privilegiada que el intelectual usa para posicionarse en el campo cultural y para obtener otro tipo de beneficios que cuartan su libertad creadora, al ser

²Para leer más al respecto buscar el artículo “Ernesto Zedillo y los intelectuales del periodista Felipe Moreno. Texto localizado en su versión en línea en la Página Web: <<http://www.felipemoreno.com/enmarca.php?de=http://www.felipemoreno.com/ernestozedilloylosintelectuales.html>>.

parte de un campo cuyas ideologías deben ser adoptadas por encima de las propias para asegurar la permanencia en el campo de poder al que se ha ingresado y en el que, por algún tipo de conveniencia, se desea permanecer. Este aspecto lo seguiremos analizando en los capítulos siguientes, ya que posiblemente este posicionamiento en el campo político y cultural mexicano es básico para entender la transición de una narrativa de denuncia, como la de sus primeras novelas, a una con escasa o nula alusión al lado oscuro de la política mexicana.

El cambio de temática se hace evidente en *El error de la luna* (1995), *Un soplo en el río* (1997), *El resplandor de la madera* (1999), *Las mujeres de Adriano* (2001) y *Mandatos del corazón* (2003), novelas en las que el discurso de denuncia se desvanece al perder la fuerza y profundidad que tenía en sus primeras producciones. En *El error de la luna* el tema de denuncia simplemente no existe al contar una historia donde un secreto de familia es el detonante de las acciones de los personajes.

En *El resplandor de la madera* el lector se sumerge en una historia sobre la ausencia de la figura paterna cuyo marco temporal nos remite a los momentos finales del Porfiriato, al paso de la Revolución Mexicana y de ahí hasta nuestros días; esto bajo una organización que invita al lector a leerla de tres maneras: la primera, leer en orden los capítulos con números arábigos titulados *Casares* (Casares: 1, Casares: 2, hasta Casares: 14), en los que se narra la guerra de Casares con su padre adoptado; la segunda, leer en sucesión los capítulos denominados *Carrizales*, ordenados con numeración romana (Carrizales: I, Carrizales: II, hasta Carrizales: XVI), donde se encuentra la historia del ascenso y la caída de los Casares, contada por el cronista de Carrizales; y la tercera, leer la obra de modo lineal, sin alternar la lectura de los relatos, para conocer, a través de juegos temporales entre el tiempo de la historia y el tiempo del discurso, la vida de tres generaciones de los Casares

y una pizca de la cuarta. El autor nos ofrece una novela cuya estructura se organiza con anacronías temporales en las que el hilo conductor es el carácter de los Casares y la ausencia de la figura paterna, una estructura que muestra la influencia de los escritores de la nueva narrativa hispanoamericana.

Aunque hay momentos en los que en *El resplandor de la madera* se hace alusión a las manipulaciones de los hombres de poder, sólo se hace de manera escueta y en contadas ocasiones, como el tratamiento del fragmento siguiente:

Muñoz le informó quién era su amigo. Casares lo había conocido en una fiesta de Artemio Serrano, años atrás le había sido presentado como el dueño de los sótanos y de la seguridad de México. Lo había sorprendido la pulcritud de su atuendo. “La polaca ensucia las manos”, le había dicho el personaje a ese propósito. “Hay que lavarse bien después”. Lo suyo era más que un lavado, una pulcritud a la vez esencial y propagandística, íntima y exterior. (130)

La política ensucia las manos de quien se involucra en ella. Ésta es una aseveración que se hace a manera de anécdota restándole fuerza a un fenómeno muy propio de la realidad política de México, a diferencia de lo que sucede en *Morir en el golfo* y *La guerra de Galio*, donde las acciones y discursos de los personajes se centran en su mayoría en aludir al lado oscuro de la política mexicana de manera explícita y profunda.

Este es un rasgo que se repite en *Un soplo en el río*, *Las mujeres de Adriano*, *Mandatos del corazón* e, inclusive, en las últimas producciones de este escritor, pues a pesar de que las reseñas que se han escrito en torno a *La conspiración de la fortuna* y, más recientemente, sobre *La provincia perdida* coinciden en que estas dos novelas representan la vuelta de su autor a la novela de denuncia política, lo cierto es que, aunque no podemos

negar las alusiones a la corrupción del sistema político mexicano, sí podemos sostener que el discurso de denuncia no tiene el mismo peso que en sus historias primigenias, ya que los nombres propios con referentes extratextuales desaparecen, aunque el contexto espaciotemporal siga siendo el mismo, México.

Este fenómeno en la narrativa de Héctor Aguilar Camín nos permite sostener, a partir de los postulados teóricos y críticos de Pierre Bourdieu y Ángel Rama, que el posicionamiento de este escritor mexicano en el campo de poder cultural y político de México es una explicación válida para dar cuenta de cómo influyen las reglas del campo de poder en la creación de un productor de arte: si bien Aguilar Camín inicia su trayectoria en el campo de la literatura como un escritor de izquierda, muy pronto se convierte en un escritor al servicio de la elite de poder, protagonizando así el matrimonio entre poder y letra.

4. Héctor Aguilar Camín en Cal y Arena

*“Para conocer la verdad no hay camino más seguro
que una mentira llamada novela”.*

Carlos Fuentes

A lo largo del capítulo anterior, hemos dedicado especial atención a la posición en el campo cultural mexicano que como historiador, periodista y escritor de ficciones ocupa Héctor Aguilar Camín; ahora nos interesa analizar la narrativa que este escritor publicó bajo el sello editorial de Cal y Arena, editorial en la que inicia su trayectoria como escritor de ficciones con novelas en las que la denuncia es parte central del discurso del narrador y de los personajes. De ahí que en este capítulo, siguiendo la metodología de Pierre Bourdieu y las aportaciones de Ángel Rama, explicaremos los factores externos que permitieron que el escritor que nos ocupa iniciara su trayectoria literaria con obras con alto contenido de denuncia.

Iniciar una trayectoria literaria respaldada por una carrera como intelectual en el ramo de la historia y el periodismo, ha sido un rasgo característico en la narrativa de Aguilar Camín; no es algo nuevo en la historia de las letras, pues en el mundo existe una larga tradición de escritores que del periodismo han dado el salto a la literatura: Gabriel García Márquez, Alejo Carpentier, Mario Vargas Llosa, Ernest Hemingway, Norman Mailer, Truman Capote, Tom Wolfe, Arturo Pérez Reverte, Isabel Allende, Ryszard Kapuscinski. En México, durante el siglo XX, pasaron del periodismo a la literatura: Ricardo Garibay, Elena Poniatowska, Salvador Novo, Efraín Huerta, David Huerta, Vicente Leñero, Cristina Pacheco, Fernando del Paso, José Revueltas, Paco Ignacio Taibo I y II, Daniel Sada, Carlos Montemayor, Josefina Estrada, José Agustín, etc. En el caso de Aguilar Camín, historia, periodismo y literatura son profesiones que van de la mano y que en su

narrativa siempre están presentes a través de personajes inmersos en el mundo de la historia y el periodismo que ofrecen una visión crítica y contestaria de la realidad en la que viven.

Pero, en el caso de Aguilar Camín, un detalle que no debemos perder de vista es que inició su trayectoria como escritor de ficciones a partir de la creación de su propio sello editorial, Cal y Arena, editorial que le dio la autonomía para escribir novelas con temáticas arriesgadas, propias de los escritores del Posboom, pero con una estructura narrativa más apegada a la privilegiada por los escritores del Boom. Escribir en un espacio propio le permitió tomar una postura con la que arriesgó mucho, pero ganó el capital simbólico necesario para ganar un lugar importante en el campo intelectual mexicano; y, al mismo tiempo, el capital económico que en la actualidad le permite tener buen estatus social.

En Cal y Arena este escritor publicó la mitad de su obra narrativa: *La decadencia del Dragón* (1983), *Morir en el golfo* (1986), *La guerra de Galio* (1988), *Historias conversadas* (1992) y *Un soplo en el río* (1997). Para el objetivo que pretendemos alcanzar, durante el desarrollo de nuestro análisis, es vital poner especial atención a las dos novelas que le abrieron la puerta al mundo de las letras: hablamos de *Morir en el golfo* y de *La guerra de Galio*, por ser las novelas en las que la denuncia es parte esencial del universo diegético.

4. 1. Cal y Arena: espacio de toma de postura de Aguilar Camín

Durante el siglo XX, la sociedad latinoamericana estuvo marcada por tres etapas que han condicionado fuertemente su vida: la Dictadura, la Libertad y la Democracia. Etapas que determinaron, de alguna manera, el comportamiento social y político de la ciudadanía; fenómeno político, social y cultural que se llevó a la literatura con novelas que discurren de

la ficción a la realidad con relatos en los que la voz narrativa y las situaciones descritas dan cuenta de la práctica política, el amor, la corrupción, etc., con algunos personajes que sugieren nuevas alternativas y otros que se aferran al *statu quo*.

Y es esa realidad política la que ha dado a los escritores del siglo XX la oportunidad de unir la imaginación y lenguaje y, así, por medio de la palabra, brindarle a la sociedad latinoamericana un mural del lado oscuro del proceso político latinoamericano. Ejemplos de esto son la novela de la Revolución Mexicana, la novela indigenista, la novela de dictador, la novela testimonial y la novela política, clasificaciones que se resumen en una misma intención: transformar la realidad a través de la denuncia.

En México, eventos como la Revolución Mexicana (1910-1920) y la Guerra Cristera (1926-1929) fueron los temas principales de novelas como *Los de abajo* (1915) de Mariano Azuela, *La sombra del caudillo* (1929) de Martín Luis Guzmán y *Vámonos con Pancho Villa* (1931) de Rafael Muñoz, obras con las que se inaugura el género denominado como novela de la Revolución, género que fue continuado con *La muerte de Artemio Cruz* (1962), *La región más transparente* (1958), ambas de Carlos Fuentes, *Hasta no verte, Jesús mío* (1969) de Elena Poniatowska, *Arráncame la vida* (1985) de Ángeles Mastretta, *Como agua para chocolate* (1990) de Laura Esquivel, y otras.

En Latinoamérica, la denuncia a la tiranía tiene una larga tradición que a mediados del siglo XX asume una forma particular con las llamadas novelas de dictadores, género fundado con *Tirano Banderas* (1926) de Valle Inclán y continuado con *El señor presidente* (1946) de Miguel Ángel Asturias, *Yo, el supremo* (1974) de Augusto Roa Bastos, *El recurso del método* (1974) de Alejo Carpentier, *El otoño del patriarca* (1975) de Gabriel García Márquez y *La fiesta del chivo* (2000) de Mario Vargas Llosa. Todas estas novelas están centradas en las figuras de quienes ejercieron el poder de manera despótica durante

décadas, evidenciando así la corrupción y el abuso de poder del sistema político de los países latinoamericanos.

Y aunque en los últimos años en América Latina vivimos en regímenes democráticos, las novelas de dictador siguen siendo actuales porque la corrupción, uno de los subtemas de este género, es un problema vigente en los sistemas políticos de los países latinoamericanos y, en especial, de México. De ahí que escritores pertenecientes a la tradición del Posboom, como Héctor Aguilar Camín, retomen elementos de la novela de dictador para hablar de nuevos caciques del sistema político.

Las novelas mencionadas son un referente importante en las letras mexicanas, sobre todo, por su condición de novela social, donde el testimonio es una herramienta de denuncia, tal como ocurre en *Morir en el golfo* (1986). En esta obra la influencia de la novela de dictador se hace presente con el personaje de Lázaro Pizarro “Lacho”, un líder sindical que actúa como patriarca, dueño y señor de una gran parte del territorio de Veracruz, un cacique al que se le venera y se le teme, pues usa su poder económico y político para mantener a raya a sus oponentes y, como un mecenas, ayudar a las familias de los agremiados a su sindicato petrolero.

La corrupción, los crímenes y la denuncia son los temas que motivan la trama de *Morir en el golfo*. En esta novela, Lázaro Pizarro es una figura equiparable al dictador latinoamericano. No tiene todo el poder que da ocupar una silla presidencial, pero tiene el poder y el dinero que ha acumulado en años de ser líder sindical de PEMEX. Es una figura caciquil que revela la mafia que rige el sindicato petrolero mexicano no sólo por el personaje de Pizarro, sino también por hacer en más de una ocasión alusión explícita a Joaquín Hernández Galicia, *La Quina*, quien desde 1961 a 1989 se desempeñó como líder

del Sindicato de Petróleos de PEMEX en la región de Tamaulipas, periodo en el que se ganó el mote de cacique sindical al servicio del PRI.

En la novela, Joaquín Hernández Galicia, *La Quina*, se nombra para dar cuenta del poder indiscutible que poseía, mismo que le permitía influir en el municipio de Ciudad Madero, Tamaulipas, gracias a su relación con los gobiernos locales y federales. Así que *Morir en el golfo* puede considerarse como una novela política que continúa con la tradición instaurada por *La sombra del caudillo* (1929), novela en la que se narra la historia del general Ignacio Aguirre, y se ponen en evidencia la lucha y las intrigas que se urden en las altas esferas políticas para obtener un puesto de poder. La corrupción de los sindicatos de PEMEX se presenta de manera explícita a través de la voz y la mirada de un exitoso periodista envuelto en el remolino de la política por su amistad con Francisco Rojano Gutiérrez y por el amor que siente por Anabela Guillaumin, esposa de Rojano. Este último, después de mostrarle una carpeta con un lema grabado que decía: “El que sabe sumar sabe dividir, todo en el mismo estilo de trazos bastos y grescas aztecoides” (18) y, junto con esto, fotografías de niños y familias masacradas, le hace pensar a su amigo periodista que Lázaro Pizarro es el autor intelectual de las muertes y que Anabela puede ser la siguiente víctima, por ser ésta una de las herederas de los terrenos que habían provocado la matanza:

— ¿Qué quieres que haga?

—Que estés al tanto —dijo ansiosamente Rojano. —Que me ayudes en la investigación de ese asunto. *Que lo sueltes en la prensa nacional cuando sea conveniente y podamos ganar*. Por lo pronto, que lo tengas en la mano. No estamos hablando de cualquier pendejo. Estamos hablando de una fuerza que hay que parar ahora, porque después será demasiado tarde.

— ¿Cómo se llama tu amigo? —pregunté.

—No es mi amigo, es mi enemigo.

—Tu enemigo y aliado, el benefactor, ¿cómo se llama?

—Lázaro Pizarro.

— ¿De dónde sale?

—Del sindicato de petroleros de la zona norte del estado.

— ¿Poza Rica?

—Poza Rica. (28, *Las cursivas son nuestras*)

Prensa, política y corrupción se entretrejen para brindar una trama donde poco a poco se introduce al espinoso mundo de la mafia petrolera de México, un mundo donde sus caciques poseen un poder absoluto que usan para contribuir al progreso de sus pueblos, con la misma facilidad que lo usan para eliminar a sus adversarios. Observamos una realidad diegética que espaciotemporalmente da cuenta de la vida política, social y cultural del México de 1968 a 1980 exponiendo la relación intrínseca entre poder y letra, pues el narrador representa a los intelectuales que están al servicio del poder para legitimarlo. En la obra esta relación se encuentra tematizada con la figura del periodista que usa su posición en un diario ciudadano para conseguirle a su amigo la presidencia municipal de Chicontepec, una región del golfo de México. De esta manera se da cuenta de los vicios de una política mafiosa en la que los políticos hacen hasta lo indecible para obtener riqueza, poder y el dominio absoluto de su territorio, como Lázaro Pizarro, un hombre de “frente estrecha y las sienas blancas, los ojos juntos y como concentrados tras el pequeño tajo de los párpados, separado a su vez por el efecto de los lentes bifocales” (53). Su retrato físico no es tan relevante como su trayectoria política para convertirse en:

el líder petrolero de la zona de Potrero de Llano, la generación de los dirigentes intermedios del sindicato. Ha sido presidente municipal en la

región, muy populista, seguidor de lo que llaman “maoísmo petrolero”. Y toda la otra escuela que puede imaginarse.

—Es un hombre querido en su gremio —siguió. —Con mucha clientela y atractivo. Iniciador ahí en la región de los *huertos sindicales*. Quiere decir que siembra legumbres y frutas que luego vende más barato que en el mercado normal. Se dice descendiente de aquel gobernador izquierdista de los años veinte, Adalberto Tejeda. Es todo un personaje Pizarro, paisano. Debiera conocerlo. (48)

Lázaro Pizarro es un líder petrolero que encarna la figura del cacique posrevolucionario cuya trayectoria política empieza desde abajo, para encumbrarse en una posición política privilegiada que le permite desenvolverse como amo y benefactor de la familia petrolera veracruzana. Un hombre duro y visionario con las relaciones necesarias para encumbrar o derrumbar la carrera política de hombres hambrientos de poder o, si es necesario, detener inquietudes para evitar problemas en su red sindical:

A eso de las doce y media entró un dirigente magisterial pidiendo el apoyo de Pizarro para lanzarse como candidato a la presidencia municipal de Altamira, en Tamaulipas, unos 200 kilómetros al norte de Poza Rica.

—Eso está muy lejos —dijo Lacho. —No son mis terrenos.

Lo eran en efecto, del líder máximo, Joaquín Hernández Galicia, *La Quina*.

—Tengo mucha gente en el municipio —insistió el dirigente magisterial, un tal Raúl Miranda.

—Te digo que está muy lejos y no son mis terrenos. Tú conoces el dicho:

“En el cielo Dios, pero en Tamaulipas La Quina”. Y está además convenido que la de Altamira es una posición de sector y pertenece al sector obrero del

PRI. A ti te apoya la CNOP. Así que, aunque fueran mis terrenos, no podría darte mi apoyo sin ser desleal al sector obrero, que es mi sector.

—Está todo preparado, Lacho —siguió Miranda. —La gente me sigue, no puedo perder. Y tú vales más que *La Quina*, todo el mundo lo dice en Tamaulipas y aquí. (72-37)

El periodista es testigo del poder que tiene Lacho y de la “veneración” que siente el pueblo por él. Pero Lázaro Pizarro va más allá de ser un personaje de ficción, es un pretexto para hablar del imperio caciquil del líder petrolero Joaquín Hernández Galicia, *La Quina*, a quien se nombra en el universo diegético: nombre propio con una fuerte carga semántica que remite al lector a este personaje que ya tiene un lugar en la historia política de México como un hombre astuto e inteligente que desde su campo de poder entabló relaciones con los encargados de dirigir el país y con los subordinados a su campo de poder, con el objetivo de envolver a sus coterráneos y, por ende, a los mexicanos, en sus propósitos expansionistas y productivos con el afán de iniciar una nueva era petrolera en México tal como se muestra en la siguiente cita:

Antes de que pidiéramos el segundo, había pasado por el lobby medio mundo de la vida política y periodística de México. Ya tarde, hacia el cuarto jaibol, aparecieron el entonces director de Pemex y cuatro personajes de filiación petrolera, Pizarro y *La Quina* entre ellos: — ¿Los viste, los viste? —dijo ansiosamente Rojano. —Iban todos, ¿no es cierto? Sólo faltaba Cárdenas, carajo. ¿Conoces a Díaz Serrano? (111-112)

Se trata de una reunión de líderes sindicales de PEMEX orquestada para acordar el rumbo del petróleo y, como consecuencia, el de México, evento que Rojano aprovecha para que su amigo use su posición en el campo periodístico y sus relaciones con los hombres de

poder para entrar al círculo cerrado de la elite política mexicana y figurar entre los hacedores de la vida política, económica, social y cultural de México.

Así que en esta novela Aguilar Camín, a través de un narrador homodiegético que narra en su condición de personaje testigo, evidencia que la prensa es un campo de poder empleado para golpear o para legitimar las acciones de los hombres encumbrados en la elite política, una realidad del quehacer periodístico mexicano, pues en más de una ocasión protagonistas de la prensa nacional e intelectuales han sido evidenciados como servidores del poder y por ser parte de la nómina oficial. Así que en el imaginario del lector, una escena como la siguiente, resulta totalmente verosímil como un fenómeno cultural propio de la realidad social, cultural, económica y política de México:

— ¿Y tú eres periodista corrupto o simplemente tienes precio?

—Yo soy periodista veracruzano.

— ¿Pero le atorras o le sacas a la lana?

— Me rijo estrictamente por la ley Arteaga.

— ¿Y cuál es la ley Arteaga?

— “Lana que no te corrompa, agárrala.”

— ¿Y cómo sabes si no te corrompe?

— No sabes.

— ¿Entonces la agarras o no?

— Sólo si no te corrompe.

— ¿Y ese genio Arteaga, quién es?

—Es un reportero de *Excélsior*. Es el autor del aforismo universal que dice:

“No hay crudo que no sea humilde, ni pendejo sin portafolio”, ¿Y tú? (35)

Presentar una realidad escabrosa como las relaciones de compadrazgo, servilismo y mecenazgo entre prensa y políticos es una constante en *Morir en el Golfo* y el hecho de que el narrador, que a su vez es el personaje que representa al intelectual al servicio del poder, dé cuenta de esta situación a través de un discurso directo, le da un toque de oralidad al relato y nos remite a una de las características del Posboom, el coloquialismo, la picardía y sencillez del lenguaje. Este tratamiento le brindan una mayor carga semántica al discurso, porque proviene de personajes inmersos en el mundo de la política y el periodismo, una posición que les permite hablar como conocedores del tema y así remiten al narratorio inmediato y al lector a una realidad ficticia con varios referentes extratextuales localizables en la realidad del lector según sus horizontes de expectativas, es decir, el conocimiento que éste posea sobre el desarrollo histórico de México, país donde poder y pluma se sirven uno del otro, tal como se muestra en el siguiente fragmento:

— Me piden, señor —dijo dirigiéndose a mí —que si es tan amable de venir al reservado con el señor René Arteaga, que le invita a usted un coñac.

Así empezó una relación distante pero cordial, punteada con comidas y telefonazos, que se multiplicaron considerablemente cuando en 1974 inicié mi columna “Vida Pública”. A partir de ese momento tuve en el paisano de Bucareli un informante insuperable, siempre incompleto y sesgado, *siempre al servicio de los intereses*, no siempre claros, de la política oficial o la razón de Estado de esa semana, *en una asidua relación profesional dentro de la extraña zona de utilización mutua que conocen bien los periodistas y los políticos mexicanos.*

(—Los periódicos son el sismógrafo del estado —decía mi paisano.

—Y los columnistas, los sismólogos.)

Supé por él, *ahora puedo decirlo*, pormenores de asuntos que en su momento fueron exclusivas periodísticas y logros políticos de “Vida Pública”... (46-47, Las cursivas son nuestras)

Desde una narración ulterior, el narrador da cuenta de la relación que mantuvo con hombres cercanos a la presidencia del país y, con un lenguaje llano y directo, habla de la complicidad y utilización mutua que se da entre políticos y periodistas motivados por intereses económicos y de posicionamiento en el campo de poder. Y es que, como bien se señala a través de una enunciación enunciada: “(—Los periódicos son el sismógrafo del estado —decía mi paisano. —Y los columnistas, los sismólogos.)” (46-47). Los periódicos son el instrumento para medir la intensidad política y las acciones de la elite de poder, mientras que los columnistas son los especialistas que dan cuenta de los mecanismos y los choques entre grupos de poder para legitimarlos o para evidenciar sus acciones equivocadas. Pero para poder medir y dar cuenta de los intereses que manejan los políticos mexicanos a puerta cerrada, hace falta un informante que brinde información detallada para usarla de acuerdo a los propósitos que se quieren alcanzar:

Durante toda la campaña de José López Portillo, entre septiembre de 1975 y mayo de 1976, recibí de mi paisano de Bucareli una ininterrumpida información a ras de suelo sobre grupos, intereses, transas y maniobras de la política local, estado por estado, casi ciudad por ciudad de las que tocó la campaña, a través de observadores, subordinados, amigos y agentes que él iba poniendo en mi camino, con un rigor sólo superado por su discreción peliclesca. (47)

Las fechas y el nombre del candidato del PRI a la presidencia de México en 1975, José López Portillo, presidente de México durante el periodo de 1976-1982, refuerzan el carácter de novela política de denuncia de *Morir en el golfo*.

Sin lugar a dudas, el caciquismo es un tema que en la actualidad sigue despertando el interés de los estudiosos del sistema político mexicano y de la presentación de la figura del cacique en la literatura. Fernando Arce Gaxiola en “El caciquismo obrero: Joaquín Hernández Galicia en Ciudad Madero” (2006) señala que, aunque el caciquismo no es un fenómeno que surge en el régimen posrevolucionario, se vigoriza en el proceso de institucionalización de la vida política en el país con la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR) y sus continuadores, el Partido de la Revolución Mexicana (PRM) y el Partido Revolucionario Institucional (PRI), partido político que nace en 1946 como un medio para conservar y ampliar el poder que ya habían obtenido sus antecesores. Y al servicio de este partido, se encontraba el cacique (93).

Traemos a colación esta situación porque el estudio citado está enfocado en la figura de quien fuera considerado el máximo cacique al servicio del PRI, Joaquín Hernández Galicia, *La Quina*, figura importante en la historia de *Morir en el golfo*; no sólo por la mención directa que se hace de este líder petrolero, sino también porque estamos seguros de que Lázaro Pizarro, personaje central de esta novela, es un recurso novelesco para no restarle el carácter ficcional a la historia y así hablar de todos los negocios que como representante del sindicato petrolero de Ciudad Madero, Tamaulipas, hizo *La Quina* para consolidar su poderío. Esta novela denuncia estos negocios a través de la figura del periodista, quien usa su columna para atacar al hombre que puede decidir el futuro de su amigo Rojano en el mundo de la política:

La columna que escribí el 29 de enero sobre el caso largamente rumiado de Lázaro Pizarro fue una extensión de esa ansiedad, una hija de la melancolía y la añoranza, más que de la tensión periodística escribí:

“En los pliegues menos visibles del imperio del líder petrolero Joaquín Hernández Galicia, *La Quina*, han empezado a empollar discípulos que, según todas las apariencias, rebasarán al maestro en ambición, en audacia y en iniciativa propia. Y también, según primeros informes llegados con lujo de detalles terribles a “Vida Pública”, también en crueldad y muertos.

Terminaba mi columna diciendo:

“El nuevo benefactor del mundo petrolero mexicano, autor de estas expropiaciones radicales, es como *La Quina*, un *capo* venerado y decidido; un practicante entusiasta de lo que ahora se conoce como *maoísmo petrolero* y un discípulo que rebasará con creces —o ha rebasado ya, al menos en número de tiros— al maestro.

“Grábese usted el nombre de este discípulo y sucesor, porque acaso lo escuchará con insistencia en los años que vienen. Su nombre: Lázaro Herón Pizarro, el terrible *Lacho*, nuevo benefactor de la familia petrolera veracruzana.” (121-122)

Los nombres y adjetivos que el narrador otorga a Joaquín Hernández Galicia y a Lázaro Pizarro refuerzan el discurso de denuncia; sobre todo porque, si bien Lázaro Pizarro es un personaje de ficción cuya significación es meramente intratextual, remitir a un personaje con un nombre propio que tiene un referente extratextual y un peso importante en la historia de la vida política de México, se puede catalogar como un afán del autor por denunciar este lado oscuro de los dirigentes de PEMEX; en especial, cuando el narrador

ahonda en la influencia política que ejerce Lázaro Pizarro, influencia y poder que se reflejan en la invaluable cantidad de recursos manejados por este cacique respetado y temido en sus dominios: “—¿Cuál es el líder más chingón del sindicato petrolero? —gritó la güera sin perder el ritmo. —Lázaro Pizarro —corearon desafinadas las otras” (76).

Estamos ante una realidad diegética equiparable con el poder que historiadores, periodistas, investigadores y sociedad le atribuyeron durante décadas a Joaquín Hernández Galicia, *La Quina*.

La crítica que se hace de manera directa al cacicazgo que representó durante varias décadas Joaquín Hernández Galicia, *La Quina*, a través del uso frecuente del nombre propio, refuerza el carácter denunciatorio de *Morir en el golfo*. Recordemos que, en todo relato, para crear la ilusión referencial, el uso sistemático de nombres propios con referentes extratextuales es un recurso lingüístico básico para crear una garantía de realidad. Luz Autora Pimentel en *El relato en perspectiva* (1998), en un apartado dedicado a la dimensión actuarial del relato, señala:

Punto de partida para la individualización y la permanencia de un personaje a lo largo del relato es el *nombre*. El nombre es el centro de imantación semántica de todos sus atributos, el referente de todos sus actos, y el principio de identidad que permite reconocerlo a través de todas sus transformaciones. Las formas de denominación de los personajes cubren un espectro semántico muy amplio: desde la “plenitud” referencial que puede tener un nombre histórico (Napoleón), hasta el alto grado de atracción de un papel temático

— “el rey —o de una idea, como los nombres de ciertos personajes alegóricos — “la pereza”, “la Lujuria”, etc. —nombres estos últimos que no

sólo tienen un alto grado de abstracción sino que son esencialmente *no figurativos*, a diferencia de un rol temático que ya acusa un primer investimento figurativo. (63)

El nombre es “el centro de imantación semántica” que junto con las acciones y discursos son básicos para construir el retrato físico, moral y psicológico del personaje. Desde el momento en que nombres con una fuerte carga referencial se nombran y forman parte del universo diegético, estamos ante un relato cuyos personajes están caracterizados a partir de códigos fijados por convenciones literarias y sociales. En esta novela, el lector que conoce la historia política de México, espacio en el que se ubica la realidad diegética, puede coincidir con el retrato físico, moral y psicológico que se proyecta de Joaquín Hernández Galicia, *La Quina*, y de personajes que ocuparon la silla presidencial como: Lázaro Cárdenas, Adolfo Ruiz Cortines, Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría Álvarez, José López Portillo y Miguel de la Madrid. Podemos decir que Héctor Aguilar Camín une imaginación y realidad para dar cuenta del lado oscuro de la política mexicana.

Héctor Aguilar Camín ofrece una radiografía del poder absoluto que en su momento tuvo Hernández Galicia, *La Quina*, al hacer explícita la red de relaciones que el líder mantenía con los hombres de poder político y económico del país y, mejor aún, al enunciar una serie de acciones que realizó para crear un emporio a expensas de PEMEX a partir de la aplicación de recursos económicos para crear infinidad de empresas que le permitieron incrementar su fortuna y mantenerse como patriarca del sindicato. Sobre esta situación, Manuel Buendía, en una recopilación de artículos periodísticos que titula *Los petroleros* (1985), señala:

Según cálculos de observadores y especialistas que han examinado los ingresos del sindicato petrolero, sus ingresos ascendían en 1983 a 120 mil

millones de pesos, cifra que para algunos era conservadora, pero que da cuenta de la inmensa fortuna manejada por una cúpula de no más de 50 miembros, cuyo jefe patriarcal era Joaquín Hernández Galicia. (280-281)

La cifra da cuenta del poder económico y la influencia que este líder sindical tenía gracias a un discurso nacionalista, antiimperialista, anticapitalista y humanista, en el cual se autodenomina seguidor de la política de Lázaro Cárdenas, la misma estrategia empleada por el personaje de *Morir en el golfo* para poder crear su propia fortaleza:

Ocupé ese tiempo muerto revisando las cajas del archivo de Anabela, en particular una, con información muy detallada sobre las obras sociales del sindicato en la región de Poza Rica durante los últimos diez años, los años del cacicazgo de Pizarro. No faltaba nada: clínicas y guarderías, escuelas, tiendas de descuento, programas de becas, agencias de crédito sin intereses. Y los fabulosos huertos sindicales.

Aparte de La Mesopotamia, el sindicato había desarrollado en el ámbito de Pizarro por lo menos dos complejos agropecuarios más: Egipto, en la zona de los Tuxtles, que beneficiaba tabaco y café, y Tenochtitlan, en el flanco de la carretera a Veracruz, adelante de Rinconada. Eran también granjas de giro múltiple, verdaderas puntas de lanza tecnológicas y productivas del productivo campo veracruzano. Arrancaba ahí un extraño e increíble circuito económico, ajeno al mercado, regido por sus propias reglas de costos, precios y abastos. En ese circuito autosuficiente, los precios no subían cuando en el país se disparaban, los créditos no costaban cuando empezaban a hacerse prohibitivos en los bancos. Las reglas de la economía exterior habían sido simplemente abolidas por una extraña autarquía

comercial y productiva. Me pareció esa cosa autosubsistente la encarnación exacta de la voluntad de Pizarro, la voluntad de bastarse a sí mismo y construir sus propias reglas. Me pareció claro también entonces que, de alguna manera, esa voluntad no era la suya propia o no sólo la suya, sino también la del conglomerado sobre el que imperaba o de donde procedía.

(150)

Estos datos remiten al lector al proyecto “Plan Lázaro Cárdenas” elaborado a principios de los años 60 por Joaquín Hernández Galicia, *La Quina*, con el objetivo de crear un circuito económico que escapara a los intermediarios para limitar la inflación que imperaba en las zonas petroleras. De acuerdo con Fernando Arce Gaxiola, este proyecto lo puso en marcha el presidente José López Portillo en 1978, proyecto que adquirió el nombre de Revolución Obrera y, años más tarde, se juntó con el Sistema Alimentario Mexicano (SAM), programa que pretendía la autosuficiencia alimentaria (96). Como se aprecia en la cita anterior, los rubros en los que *La Quina* invirtió para afianzar la economía de su zona y poderío son muy variados. Arce Gaxiola sostiene:

Como productor de alimentos agrícolas y ganaderos, el sindicato tenía dos modalidades de participación: la primera como propietario directo de granjas avícolas, porcícolas, ganaderas y pesqueras; en la segunda aparecía como productor asociado con campesinos ejidatarios a manera de aparcería, en donde el sindicato proporcionaba los avíos de producción y el asesoramiento técnico, quedándose con el 40% de los beneficios de la producción, misma que se distribuía en las tiendas del circuito económico de su propiedad. (97)

Estos datos revelan el poder y el manejo de los recursos de las empresas que creó e impulsó Hernández Galicia para incrementar la productividad y el crecimiento económico

de la zona geográfica que dominaba en su condición de cacique de PEMEX; no puede pasar inadvertido que son, con mayor o menor detalle, las que el narrador enumera y describe después de su visita a los dominios de Lázaro Pizarro en su afán por conocer al hombre del que dependía el ascenso político de su amigo Rojano, visita que le permite percatarse de la superioridad que Pizarro sabía poseía gracias a su poder político y económico y, sobre todo, por su visión renovadora, que lo lleva a verse y sentirse como un conquistador moderno capaz de llevar progreso donde antes sólo había atraso y pobreza.

Ahora bien, en *Morir en el golfo*, son varios los elementos que ante los ojos del lector presentan una fuerte carga de denuncia a partir de las acciones de los personajes que pueblan y amueblan el universo diegético. El narrador, aparte de remitir al lector al emporio y poder de *La Quina* y de Lázaro Pizarro, también expone, a través de las intervenciones del personaje de Anabela, los excesos económicos de políticos de menor rango que usan sus puestos para enriquecerse manejando las partidas presidenciales para beneficio personal y para cultivar relaciones:

La mujer del secretario de gobierno se había mandado traer de Alemania un coche Mercedes Benz con asientos de terciopelo morado obispo, la secretaria de la gobernadora coleccionaba centenarios para mandarles grabar su nombre, la cuñada del gobernador había alcanzado a tener doscientos cuatro insectos yucatecos vivos, llamados *maqueches*, con incrustaciones de esmeraldas sobre el caparacho; en una fiesta mexicana para agasajar a la mujer del Presidente de la República, el líder de la diputación estatal, no queriendo faltar por ningún motivo en el espectáculo, accedió a fungir como árbol de Tule en el cuadro de bailables oaxaqueños. (36)

Así como en este ejemplo, en la novela hay varias situaciones que construyen un mural colorido y claro de las corruptelas de los políticos para conseguir el apoyo de los más altos mandos del sistema gubernamental, tratamiento que equipara a *Morir en el golfo* con la narrativa testimonial, pues de acuerdo con Silvia Nancy-Zekmi, los testimonios “se superponen a la historia oficial para ofrecer una visión contestataria”, llenar sus vacíos y dar a conocer otro punto de vista; “su función es contradecir o corregir ciertos aspectos de la historia oficial o revelar otros aspectos no incluidos”.¹ El propósito del género testimonial es revelar aspectos que contradicen la historia oficial a través de eventos, detalles y personajes que dan a conocer una realidad inédita al evidenciar aspectos que no son incluidos en el discurso histórico oficialista; de ahí el carácter de denuncia y contestatario de este género y de novelas como ésta.

Hemos venido sosteniendo que la denuncia es un factor que distingue las primeras producciones narrativas de Héctor Aguilar Camín. Los postulados de Bourdieu, como ya apuntamos, son básicos para entender que la libertad para adoptar un tipo de discurso y, por ende, una postura sobre la realidad política, social, económica y cultural en la que se está inmerso, depende de la posición en el campo de poder del productor de arte.

El poder de un escritor o productor de arte depende de la esfera específica de influencias que ejerce el campo literario, de las relaciones que a lo largo de su trayectoria logra entablar con los representantes del campo político y económico y, claro, de los intereses personales o de grupo a los que responda el escritor. Esta es una realidad que en *Morir en el golfo*, como hemos dicho anteriormente, se tematiza a través del personaje del

¹ Esta cita fue tomada de un artículo de Nancy-Zekmi, Silvia. “¿Testimonio o ficción? Actitudes académicas”. Localizado en la Página en línea de: [Ciberletras: Revista de Crítica Literaria y de Cultura](http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v05/nagy.html), ISSN 1523-1720, N° 5, 2002. Domingo 5 de diciembre de 2010 en <<http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v05/nagy.html>>.

periodista, que por los lazos de amistad con Rojano y, sobre todo, por la relación amorosa que tiene con la mujer de su amigo, usa su posición en un diario capitalino y las relaciones que ha entablado con hombres de poder para ayudar a Rojano en su ascenso al poder, y después de la muerte de éste, para denunciar a los involucrados en su asesinato, y garantizar así la vida de la familia de su amigo en un acto que el personaje denomina como el único acto de libertad:

Al día siguiente de la llegada de Anabela a la ciudad de México, el 17 de junio de 1978, escribí la historia de Chicontepepec y el linchamiento de Rojano, con toda la información que había podido recoger, incluyendo mis entrevistas confidenciales con el paisano de Gobernación. Fueron cinco columnas largas, casi treinta cuartillas, en total, que se publicaron en días sucesivos del lunes 20 al viernes 25 de junio, en el único acto de irrestricta libertad de expresión que hubiera ejercido hasta entonces: ni autocensura ni consideración a intereses e informantes; todas las cartas quedaron volteadas sobre la mesa. (143)

Sin lugar a dudas, las últimas líneas del fragmento citado dan un ejemplo claro de la coerción que ejerce el campo de poder en sus integrantes: una coerción impuesta por las fuerzas del campo, los intereses del grupo y, en el mejor de los casos, por intereses que sólo responden al intelectual, escritor, periodista, académico o productor de arte en cuestión. Realidad que en esta novela se hace evidente cuando el poder de la pluma, por una sola vez durante una larga trayectoria, deja de usarse en función de los intereses y favores de quienes lo han apuntalado en su posición en el campo periodístico, en el ejercicio constante de dar cuenta del acontecer nacional y, en especial, del ejercicio político de los hombres encumbrados en la administración política del país, poniendo en evidencia o denunciando

los errores de unos, reconociendo u omitiendo los errores de otros, sacrificando o haciendo uso del capital simbólico con el que se cuenta, con tal de obtener un poco de la autonomía para decir, crear, juzgar y ofrecer una realidad oculta y, en el menor de los casos, con el fin de innovar y defender técnicas no canónicas para incursionar en el mercado del arte.

No podemos perder de vista que en el campo literario es donde se dan las decisiones para abrir o cerrar espacios en foros de difusión, como publicaciones periódicas y casas editoriales, otorgar subsidios y amparar acciones culturales con apoyo institucional, emplear o despedir a ciertos individuos y pronunciarse para atacar o respaldar a escritores. Todos estos son actos de poder atribuibles a grupos determinados, de ahí que los actos de opinar, juzgar, tomar posición, criticar, seleccionar, apoyar, elogiar, descalificar u omitir son, además, políticos al sustentarse en una ética grupal y emitirse desde un espacio apto para potenciar el alcance colectivo de sus efectos en las instituciones culturales, las funciones de la literatura y en la trayectoria de los que aún no tienen poder en el campo cultural y actúan como subalternos.

Tomando en cuenta estos factores, podemos afirmar que el discurso de denuncia que prevalece en *Morir en el golfo* es resultado de la posición de Héctor Aguilar Camín en el campo literario y, por ende, responde a las relaciones que ha entablado con el campo de poder cultural y político de México durante el afianzamiento de su trayectoria como periodista, historiador, analista y escritor de ficciones. Gracias a sus relaciones con los campos de poder, este escritor mexicano pudo reunir y dirigir un grupo de intelectuales mexicanos con ideologías e intereses comunes para fundar sus propios espacios de difusión a partir de la creación de la *Revista Nexos* (1978) y la Editorial Cal y Arena (1986) conformando lo que se ha dado en llamar el *Grupo Nexos*, polo opuesto al *Grupo Vuelta* que presidía Octavio Paz, y que para fines mercantiles se ha constituido hasta el día de hoy

como la empresa Nexos, Sociedad, Ciencia y Literatura, SA de CV, integrada por la revista y la fundación del mismo nombre, una división de estudios educativos y la editorial Cal y Arena.

Partiendo de que apoyar, criticar o callar son actos políticos de los grupos que han formado sus propios espacios de difusión en el campo cultural, consideramos que la *Revista Nexos* y la Editorial Cal y Arena se crearon con la intención de usarlas como medios para afianzar la trayectoria intelectual de sus miembros, a partir de la ruptura con otros grupos y el acercamiento a los hombres de poder político criticando, como lo hizo con *Morir en el Golfo* y *La guerra de Galio*, a la elite de poder y, luego, omitiendo información para atacar o legitimar a la elite de poder según los intereses del grupo. Este comportamiento, como hemos venido señalando, no es nuevo en la historia literaria hispanoamericana y que, en el caso de Héctor Aguilar Camín, se hizo de dominio público durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, presidente de México de 1988 a 1994. Según publicaciones de varios diarios y revistas mexicanos, como *El Universal* y *Proceso*, el escritor se convirtió en su asesor más cercano y en el líder de los intelectuales que usaron el dominio de la letra para legitimar su gobierno. Esta relación se dio mientras se desempeñaba como director de la *Revista Nexos* tras relevar en la dirección a Enrique Florescano en 1983 y permanecer en ella como director hasta 1995 (luego dejar el cargo a otros integrantes del grupo y retomarlo de nuevo a inicios de 2009). Este es un punto en el que ahondaremos más adelante.

El desempeño de Aguilar Camín como director y como parte fundamental del consejo de la *Revista Nexos*, desde su creación hasta la fecha, es el de un intelectual bien posicionado que supo beneficiarse gracias a sus relaciones con los hombres de poder político, económico y cultural del país. La creación de la Editorial Cal y Arena, un espacio

fundado hace veinte años por los miembros de Grupo Nexos Sociedad, Ciencia y Literatura, que desde su creación está conformado por intelectuales, artistas, escritores, políticos, gobernantes y empresarios, es un claro ejemplo de la red de relaciones que se dan entre el campo de poder y el campo de las letras.

Lo anterior nos lleva a señalar que escribir y publicar desde su propia editorial le brindó a Héctor Aguilar Camín la libertad para adoptar una postura y escribir *Morir en el golfo* y *La guerra de Galio*, novelas de corte político cuyos personajes son un retrato moral, físico y psicológico de los políticos de un México sumido en debacles económicas y sociales que desencadenan las peores devaluaciones del peso, la matanza de cientos de estudiantes en pleno día y el surgimiento de la guerrilla; esto a partir de una estructura narrativa que deja ver la influencia de los escritores de la nueva narrativa y todos los elementos de la narrativa del Posboom, como ya se estableció en el capítulo anterior. Estas dos novelas evidencian una toma de postura avalada por su posición en el campo literario y el capital que hasta ese momento había obtenido, posición que le permitió jugar y arriesgar en pro de la obtención de mayor capital simbólico en el campo cultural mexicano.

4. 2. *La guerra de Galio*: obtención de capital simbólico

Es innegable que hasta hoy *La guerra de Galio* ha sido la novela en la que más arriesgó Héctor Aguilar Camín por la estructura narrativa y por la denuncia explícita que hace sobre la corrupción del sistema mexicano, pero también es la novela con la que ganó mayor reconocimiento de la crítica especializada. Hasta ahora, *La guerra de Galio* puede considerarse como la novela con mayor valor literario de este escritor. Además de ser un referente de la narrativa de Aguilar Camín, es la obra a la que su autor vuelve una y otra

vez para rescatar a Carlos García Vigil, Octavio Sala, Galio Bermúdez y a Justo Adriano Alemán, personajes que tienen una función protagónica en *La guerra de Galio*, gracias al recurso de la intertextualidad narrativa.

Así, *La guerra de Galio* se convierte en la fuente que da origen a otras historias que, al no tener el nivel de denuncia de la obra de la cual se desprenden, nos lleva a reafirmar que Héctor Aguilar Camín escribió sus dos primeras novelas con una alta dosis de denuncia, postura de izquierda que abandonó al incursionar a la elite de poder y volverse un aliado y legitimador del gobierno de Carlos Salinas de Gortari. Este cambio se da quizá como una estrategia del escritor para obtener una posición privilegiada dentro del campo cultural, político y económico de México. Pero antes de esto, Héctor Aguilar Camín supo aprovechar su conocimiento, inteligencia y habilidad escrituraria para crear una novela en la que Octavio Sala, uno de los personajes claves en el desarrollo de la trama, defiende una y otra vez que el México del que habla la prensa es una invención verbal de los políticos, los intelectuales y los periodistas que dicen lo que les conviene y, por ello, la verdad queda oculta como secreto de oficina después de llegar a una negociación, práctica que, al parecer, se agudizó después de la matanza de Tlatelolco, pues nadie se quería hacer responsable del acto, ni reconocer la cifra real de estudiantes muertos y desaparecidos tras la masacre:

Bueno, el país llamado México del que nos habla la prensa nacional, del que ha hablado hasta ahora *La república*, es como la viuda Camargo: una invención verbal. Una invención verbal de los políticos, de los empresarios, de los intelectuales... y de los periodistas que repiten en páginas y páginas lo que dicen los políticos y los empresarios y los intelectuales. Quiero fundar un periódico que no se restrinja a hablar y a repetir lo que todo el pueblo

dice, sin saber, de la viuda Camargo. Quiero que entremos a la casa de la viuda Camargo antes de que se muera y ver y describir para los demás la verdadera desnudez en que transcurrimos. No quiero que nos digan lo que pasa en las aduanas, quiero ir a ver las aduanas. No quiero que nos digan qué pasa en las empresas, quiero ir a ver lo que pasa en las empresas. Y quiero traer al pueblo de Durango a ver lo que pasa en cada sitio, para que se vea en el espejo que lo refleja y no en el reflejo que se inventa para no verse como es. (290)

Esta ambición motiva a Octavio Sala a dar a *La República* un giro editorial radical que lo llevó a concretar su propósito, entrar a los sótanos de la realidad política mexicana para constatar e informar a sus lectores sobre la corrupción de lo que este personaje llama República Mafiosa:

Los lectores empezaron a encontrar en *La república*, con fechas, lugares, nombres y testigos, lo que sospechaban: que bajo el paso lento y normal de su vida pública alentaba otro país, “el país real, anormal, injusto y oligárquico, armando de la componenda y en la corrupción, en el privilegio y el abuso, plagado de historias oscuras y de impunidades consagratorias” (Vigil). Supieron por ejemplo (“escándalos que duraron meses”) de la cuenta secreta de gastos del Presidente de la República, de la historia incestuosa de las propiedades y los prestanombres de la Iglesia católica y su vasto régimen patrimonial ramificado en bancos, cadenas comerciales y redes inmobiliarias, bares, teatros y restaurantes. Supieron de los orígenes criminales y las cuentas pendientes de los principales jefes policiacos del país. Tuvieron acceso a los sótanos políticos de los grandes sindicatos nacionales, fincados

en la extorsión y el enriquecimiento ilegítimos. Conocieron del tráfico de influencias y de las fortunas creadas en los contratos de obra pública del gobierno. (290-291)

Al informar, mostrar datos, cifras, nombres, fotos y todo lo que sirviera como sustento irrefutable de los hechos que llenaban las páginas de *La República*, los lectores pudieron comprobar las verdades que intuían sobre el mundo de manipulaciones y corrupción de “un sistema tan refinado de insinuaciones y medios tonos como era, y sigue siendo, el régimen verbal de la vida pública mexicana” (291-292). Así, Octavio Sala y Carlos García Vigil obtuvieron la credibilidad necesaria para hacer de *La República* un instrumento que “convirtió las sinuosidades habituales del discurso público en una nueva guía de revelaciones y denuncias” (292). Pero hurgar en las entrañas del poder y denunciar lo que el discurso oficial se empeña en ocultar llevó al equipo de colaboradores de Sala a sufrir las embestidas de la maquinaria presidencial.

Y es que, en *La guerra de Galio*, Héctor Aguilar Camín echa mano de los eventos políticos de los que hasta ese momento había sido testigo para crear una historia cuya trama evidencia la violencia, las luchas por el poder entre el gobierno, los sindicatos y la prensa, temas que el escritor supo explotar para dar un testimonio de una generación de la que él había sido parte activa y, gracias a la autonomía que le daba publicar en su propia editorial, supo aprovechar para adoptar una postura de izquierda y ofrecer a través de *La decadencia del dragón*, *Morir en el Golfo* y *La guerra de Galio* una crítica explícita a un periodo de la vida mexicana marcado por cuatro sexenios.

Patricia Cabrera López, retomando los postulados de Bourdieu en *Una inquietud de amanecer: literatura y política en México, 1962-1987* (2006) apunta:

El campo literario se consolida en un proceso interdependiente con la autonomía. Cuánto dure ése depende de la historia nacional. Una vez lograda, la consolidación favorece que los agentes del campo se den sus propias reglas de producción artística sin subordinarlas a los campos económico o político. Tales reglas no están escritas, pero se advierten en el intervalo que separa las proscripciones y las libertades para los escritores. Lo elegido y lo descartado entre ambos extremos no depende sólo de la disposición de cada individuo, o sea su talento propio y su cultura, sino también de la posición donde se ubique dentro del campo. (43)

Esta postura teórica nos lleva a sostener que la trayectoria como periodista e historiador le dieron a Héctor Aguilar Camín una posición privilegiada en el campo cultural mexicano y, ya consolidado como intelectual, tuvo la facilidad para transitar a la literatura y posicionarse en el campo literario de México; ante el gremio letrado del país lo avalaban sus colaboraciones constantes con diarios y revistas de circulación nacional y sus publicaciones como historiador. Aguilar Camín supo administrar sus recursos y su red de relaciones para fundar una editorial que le brindaría la oportunidad de fortalecer su supremacía entre los miembros de su círculo de intelectuales y ante los representantes de los poderes políticos y económicos de México, poderes con un alto grado de injerencia en el mundo del arte.

Podemos decir que la creación de Cal y Arena fue una estrategia para escribir desde un espacio autónomo a las presiones comerciales del mercado del arte y obtener así la independencia necesaria que cualquier escritor necesita en su quehacer artístico. Con ello Aguilar Camín arriesgó su capital económico y su nombre para obtener la autonomía que le permitió escribir *Morir en el golfo* y *La guerra de Galio*, novelas que bien pueden ser

consideradas documentos de consulta sobre las acciones erróneas de los gobiernos de Díaz Ordaz (1964-1970), presidente al que se le adjudica la responsabilidad de la masacre de Tlatelolco; Luis Echeverría (1970-1976), presidente que hundió al país en una crisis política y económica agravada por la guerrilla y por los rumores de un golpe de estado; López Portillo (1976-1982), una presidencia dominada por las falsas expectativas que creó el descubrimiento del petróleo en México, la brutal caída de los precios y una corrupción sin precedentes; y la presidencia de Miguel de la Madrid (1982-1986), sexenio en el que una campaña de lucha contra la corrupción y el intento de crear un aparato político más libre fracasan.

La realidad histórica y la realidad ficticia organizada por Aguilar Camín en *La guerra de Galio* hacen de esta novela, según Juan Antonio Masoliver Ródenas, “una interpretación de la historia contemporánea mexicana que ya no arranca, como era tradicional, en la Revolución sino de las consecuencias del movimiento estudiantil del 68”.² A través del discurso del narrador y de sus personajes, denuncia la corrupción del sistema político mexicano y, al mismo tiempo, evidencia la relación entre poder y letra, fenómeno cultural que en *La guerra de Galio* se hace presente a través de Galio Bermúdez, un intelectual a quien:

Se le había juzgado en los cincuentas la mayor inteligencia de México y eran fama pública su malignidad incesante y su proclividad a incurrir en la defensa de causas indefendibles —como la matanza de Tlatelolco— en nombre de criterios deleznable —como la hombría de bien o el principio de

² La cita es tomada de: “Narrativa mexicana actual. Desintegración del poder y la Conquista de la libertad” de Juan Antonio Masoliver Ródenas. Artículo publicado en la revista *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 24. Servicio de Publicaciones, UCM. Madrid. 1995. Y, que fue localizado el 5 de diciembre de 2010 en la página de Internet: <<http://revistas.ucm.es/fl/02104547/articulos/ALHI9595110035A.PDF>>.

autoridad. También eran conocidos su alcoholismo insolente, autodestructor, y el desánimo de sus amigos. Autor de un fallido volumen sobre las constantes de la mexicanidad, Galio Bermúdez ahora sólo publicaba artículos en un diario conservador de la Ciudad de México, donde ponía su vasta erudición al servicio de las más visibles adulaciones políticas. (43)

La importancia del personaje de Galio Bermúdez se debe a que es una pieza clave en una historia en la que cada evento, cada acción y cada discurso están pensados para evidenciar la lucha encarnizada entre el poder y un grupo de periodistas que defienden su derecho a informar sin maquillar la realidad. Y es que, en esta novela, Galio Bermúdez es una especie de símbolo en el que se suma a todos los intelectuales mexicanos que, a pesar de haber iniciado su trayectoria en el mundo de las letras criticando y denunciando los errores de los hombres encumbrados en la elite de poder, después de ganar reconocimiento y credibilidad entre los miembros del campo cultural, tarde o temprano ponen su talento al servicio del poder.

Con Galio Bermúdez y otros personajes secundarios de *La guerra de Galio*, Héctor Aguilar Camín nos permite corroborar que las altas esferas necesitan del respaldo de los intelectuales para legitimar sus acciones; sobre todo, necesitan del apoyo de intelectuales que con sus publicaciones se han ganado la admiración, respeto y confianza de un gran sector de hombres y mujeres que no necesariamente se mueven en el ámbito de las letras ni del poder político y económico.

En un país donde se invierte poco en el desarrollo cultural, es fácil que los intelectuales sean seducidos y, hasta corrompidos, por un sistema dispuesto a pagar o premiar sus servicios de asesoría, tal y como se muestra con el personaje de Galio Bermúdez, un intelectual al servicio del presidente en turno que ante los ojos de Carlos

García Vigil, Octavio Sala, Santoyo, Paloma Sampeiro y el resto de sus colaboradores cercanos representaba con mortal evidencia a “uno de tantos talentos triturados por la componenda, la corrupción y la falta de estímulo intelectual visto por Salvador Novo en los años cuarenta: juventud deslumbrante, madurez negociada, vejez aborrecible” (43). Esta cita indirecta a Salvador Novo y lo postulado por Ángel Rama en *La ciudad letrada*, nos permite establecer que para desagrado de quienes han permanecido fieles a su postura contestataria, durante el proceso cultural latinoamericano, la mayoría de los intelectuales se han dejado despojar de su personalidad y su libertad creadora al ponerse al servicio de los hombres de poder político, a pesar de que durante su juventud se dedicaron a publicar obras cuyo juicio crítico desafiaba a los representantes de la alta esfera política al denunciar sus arbitrariedades. Este fenómeno cultural, tematizado en *La guerra de Galio* se evidencia cuando el intelectual, como le ocurre a Galio Bermúdez, de pronto piensa que no se gana nada con esforzarse por denunciar los abusos de un sistema que, aunque cambie de representantes, en esencia sigue siendo igual:

Me cago en los historiadores y en los intelectuales de izquierda —dijo Galio, sin escuchar a Vigil. —Son la más perfecta ama de casa que uno pueda imaginar. Quieren la revolución pero no la mierda y la sangre de la guerra civil. Creen que un muerto revolucionario apesta menos que uno reaccionario. Y que una muerte es heroica y la otra simplemente necesaria, lógica. Quieren el socialismo, pero no sus opresiones. Yo he ido a los sótanos a buscar y ver directamente lo que esos intelectuales no han visto ni querrán ver. ¿Recuerda la respuesta de Sartre a Camus sobre *El hombre rebelde*? Lo describe como una señorita que duda en la orilla de la alberca si debe retirarse o no y mete la puntita del pie para probar la piscina. No

entiende, dice Sartre, que la piscina no se elige, que todos estamos ya metidos en ella y que no está llena de agua, sino de mierda. Es una metáfora perfecta de la historia, querido, y del modo como estamos en ella. (81)

Aunque escatológicas, las analogías que hace Galio Bermúdez son el reflejo de una realidad que ha marcado el desarrollo o atraso cultural de los países latinoamericanos. Ante una realidad tan caótica y una sociedad indiferente, es mejor dar vuelta a la página y empezar a reescribir sobre lo ya escrito, dar un giro al discurso y ventilar las ideas para acceder a espacios cerrados a quienes se empeñan en usar su habilidad escrituraria como un instrumento de denuncia. El cambio de toma de posición les permite a los intelectuales escalar en la elite política, económica y cultural de su país al encontrar un mecenas en el mundo de los poderosos:

Vigil fue por café a la cocina y hasta allá lo siguió Galio diciendo:

—Piense en el más puro de los clásicos. El menos sujeto a sospecha. Piense en Virgilio y su *Eneida* y en su arcadia agrícola. Sus escritos clásicos, como los miramos hoy, con una veneración que no induce a leerlos, no son al cabo sino meras transposiciones del mundo cerval de la política. Son fugas, construcciones alegóricas, hipostasiadas, de la guerra civil. Al final, Virgilio se lo debe todo a Mecenas, su protector, su pagador, su dueño. ¿Le dice algo el nombre: Mecenas? Patrón romano de las artes, destinatario de las *Geórgicas*. El arte, como el periodismo, suelen estar contruidos del clientelismo más barato, promesa. La historia secreta de los artistas y los intelectuales es la de sus patrocinadores. No hay de qué avergonzarse en eso. Ah, pero cómo nos han contado, callando, la historia de su independencia.

Virgilio era el poeta de la corte como ustedes son, a su manera, periodistas del Presidente. (212)

Resulta una disertación apabullante para los sentidos y raciocino de Carlos García Vigil, un intelectual que dejó a un lado la investigación sobre el pasado de México al ser seducido por el ímpetu de Octavio Sala, la inmediatez y el poder del discurso periodístico. Galio Bermúdez, de manera firme y apasionada, echa mano de los referentes más antiguos para defender ante Vigil que en el mundo y en México ni las revoluciones, ni los campesinos e indígenas muertos en su intento por derrocar a los gobiernos opresores han servido de nada. Pero lo más relevante de esta conversación es que Galio intenta convencer a Vigil de la inutilidad de imprimir en *La República* ideas y hechos que evidenciaban las redes de corrupción al interior del aparato gubernamental.

Aunque en la guerra entre poderosos y marginados las ideas son responsabilidad de los intelectuales y sean las ideas las que “gobernarán este mundo, el mundo mexicano de hoy y de dentro de cincuenta años” (210), los intelectuales —dice Galio Bermúdez— deben ser muy cuidadosos con las ideas que impriman porque, si bien éstas “son la verdadera fuerza transformadora del mundo” (211), lamentablemente, el pensamiento de hombres brillantes recae en mentes inferiores que “no llevan a la práctica las ideas originales que han podido procesar en la caverna de sus cabezas” (211). Y cuando esto ocurre los problemas se originan, los conflictos de intereses crecen, la realidad se desvirtúa y los choques de poder se dan entre los que accionan, y repercuten de manera negativa en los sectores vulnerables y los que han conquistado un espacio gracias a su dominio de la pluma.

Así que a Galio Bermúdez no le faltan argumentos para intentar convencer a Vigil y al lector de que no importan las críticas que recibe por ser un intelectual al servicio de los

poderosos porque, en la lucha entre los representantes del poder y los intelectuales, hasta el más puro de los clásicos ha escrito respondiendo a los intereses de la elite de poder, ha recibido apoyo y beneficios de quienes tienen poder político y económico. Pues desde siempre, los gobernantes han necesitado de un escritor que les ayude a llevar a cabo un proceso de ideologización para legitimarse e institucionalizar sus estructuras de poder.

Realidad irrefutable, pero no por ello criticable cuando los intelectuales, a sabiendas de su condición de servidores de un poder, son conscientes de que ellos también son dueños de un poder que según Rama: “incluso puede embriagarlos hasta hacerles perder de vista que su eficiencia, su realización, sólo se alcanza si lo respalda, da fuerza e impone, el centro del poder real de la sociedad” (30-31), tal como Héctor Aguilar Camín deja constancia en *La Guerra de Galio* con el personaje de Galio Bermúdez.

Así pues, resulta innegable que en la realidad expuesta en *La guerra de Galio*, Aguilar Camín ofrece un retrato de la realidad mafiosa de un México donde las negociaciones se dan en los sótanos, cuando los representantes de la elite de poder ven amenazados sus intereses; también evidencia que al servicio de esa “República Mafiosa” hay un grupo de intelectuales que usan la pluma para legitimar puestos y acciones en la elite de poder; intelectuales que forman parte de la nomina oficial y reciben estímulos traducidos en becas, premios, puestos de asesores y de promotores culturales en las instancias de cultura del gobierno.

Sin embargo, todo parece indicar que a pesar de lo que arriesgó y el capital simbólico obtenido con sus primeras producciones de ficción, Héctor Aguilar Camín, al igual que sus personajes que se desenvuelven en el ámbito intelectual, es coaccionado por los intereses del campo político al convertirse en colaborador cercano de Carlos Salinas de Gortari. Luego de publicar *La guerra de Galio*, justo durante el inicio del sexenio de

Salinas de Gortari, las obras narrativas publicadas posteriormente por Aguilar Camín fueron perdiendo la fuerza discursiva y los niveles de denuncia impresos en *La decadencia del dragón*, *Morir en el Golfo* y en *La guerra de Galio*.

5. Héctor Aguilar Camín después de *La guerra de Galio*

“Los intelectuales en el poder dejan de ser intelectuales: aunque sigan siendo cultos, inteligentes e incluso rectos, al aceptar los privilegios y las responsabilidades del mando sustituyen a la crítica por la ideología.”

Octavio Paz

Por su capacidad de incidir en la visión del mundo del receptor, el poder de la palabra es innegable; esta característica irrefutable lleva a la relación íntima y, en ocasiones, servil entre Poder y Letra, relación que se hace tangible si tomamos en cuenta que a través de la palabra transformada en discurso accedemos a la historia de los pueblos; una historia que se teje de acuerdo a los intereses de la elite de poder en turno.

Por ello, no resulta absurdo que se hable de una historia oficial que a través de la palabra escrita se empeña en vestir de héroes a déspotas ilustrados y, de rebeldes y subversivos, a campesinos e indígenas que han luchado contra el sistema para tener una vida mejor; una historia oficial que ha sido legitimada por un buen número de intelectuales al servicio de la elite de poder y, para gloria de los vilipendiados y caídos, refutada y criticada por intelectuales que al incursionar en el campo de las letras, por lo menos al inicio de su trayectoria, no permitieron que las reglas del campo anularan su libertad creadora. Los intelectuales y, en especial, los escritores poseen una gran capacidad de influencia gracias a su dominio del lenguaje, de la palabra y de la letra. Por ello, de acuerdo con Xavier Rodríguez Ledezma:

debemos tener presente que los escritores, al dominar ese ente llamado lenguaje, se convierten en individuos privilegiados, por ser precisamente de esta manera que el mundo está conformado. Las palabras, la precisión en su uso, la creación de nuevas formas generan el universo mismo. Los escritores

poseen el don de, entretejiendo las palabras, crear universos y sus explicaciones. Ellos inventan, crean al mundo. Ellos conforman su universo de palabras, de letras, de signos: el lenguaje. Ése es su territorio soberano.¹

Este dominio del lenguaje y de la letra les otorga a los intelectuales y a los escritores el poder de incidir en la visión de mundo de sus lectores y, de manera más directa, en las masas que acceden a sus pensamientos a través de los medios de comunicación, como la televisión. Es innegable que las acciones, situaciones e ideologías que se proyectan en la obra narrativa de un escritor, a través del narrador y de los personajes que forman parte del universo diegético, tradicionalmente han sido un instrumento para mostrar una postura contestataria hacia el sistema político o, en su defecto, como un instrumento para legitimar a la elite de poder.

La posición que ocupa el escritor en el espacio social en el que incursiona lo somete a un juego de poder basado en la lucha por ganar un lugar, permanecer y contar con el reconocimiento del grupo social al que se ha ingresado. Para Bourdieu, cualquier individuo que entre en alguno de los campos de producción cultural, bien sea la ciencia, el arte o la literatura, es inmediatamente coaccionado por las reglas de la institución. Las fuerzas del campo anulan la voluntad y la intención creativa del creador de arte; así que lo que se escribe, pinta, esculpe o fotografía empieza a depender de las orientaciones del mercado y de los intereses de clase de editores, galeristas o críticos. Por ello el creador, al entrar en el

¹Esta cita fue tomada de: Xavier Ledezma Rodríguez. “Escritores y poder en México: una dualidad republicana”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, mayo-diciembre, año/vol. XLIV, número 182-183. Universidad Nacional Autónoma de México. Distrito Federal, México. Pp. 211-225. Localizado en su versión en línea en la Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal. Artículo localizado el 15 de junio en la página web: <<http://redalyc.uaemex.mx/pdf/421/42118310.pdf>>.

juego, olvida su amor por el conocimiento o por el arte y sólo se preocupa por conseguir capital económico, simbólico o cultural.

Esta tesis de Bourdieu viene a quitar la venda de los ojos a las viejas y nuevas generaciones de lectores que siguen creyendo en el ideal del arte por el arte; en el arquetipo del escritor dispuesto a enfrentar las adversidades en pro de la libertad creadora. Y es que, con lo expuesto por el sociólogo francés, parece que ningún artista o escritor orientara su actividad siguiendo el llamado de su vocación, su intención creativa, sus intereses y su curiosidad. Todo esto se esfuma cuando se imponen las fuerzas de la institución y de la economía. Y, cuando esto sucede, lo menos importante es la creación y la calidad literaria de las obras pues, de acuerdo con los postulados de Bourdieu, lo único importante es producir obras que respondan a las necesidades del mercado y a los intereses de los representantes del campo de poder que termina por imponerse hasta el punto de anular la identidad y el pensamiento del sujeto y del productor de arte.

El poder teje su red de relaciones en todos los ámbitos y, tarde o temprano, la voluntad del poder termina por imponerse en el campo de la cultura, de la política, la economía y el saber. Es necesario, pues, estar atentos al discurso de los intelectuales que intervienen en la vida pública, ya que es muy posible que sus disertaciones respondan a los intereses del poder que sirven y a la urgencia de someter a los individuos que permanecen ajenos a su dominio.

Ante esta situación, es natural que cada día sean menos las novelas, los cuentos, poemas, obras de teatro y ensayos en los que sus autores imprimen su juicio crítico con el afán de incidir en las conciencias de sus lectores para instarlos a luchar por mejorar su mundo, un mundo dominado por un clima de falsa o nula democracia, de injusticia, explotación y desigualdad social, todo como efecto de las manipulaciones de poderes

corrompidos que dan origen a una violencia convertida en poder, realidad que ha marcado el desarrollo cultural, político y económico de los pueblos de América Latina.

Ante estas premisas, no debe extrañar que en un momento de su vida, los escritores dejen de creer en todo aquello que defendieron en su juventud; difícilmente las generaciones actuales de intelectuales están encaminadas a ofrecer una visión crítica sobre el mundo que los rodea con el objetivo de proponer reformas que mejoren las condiciones de vida de las personas.

A partir de los postulados de Pierre Bourdieu y Ángel Rama, podemos entender que Héctor Aguilar Camín, después de imprimir un alto contenido de denuncia en sus primeras obras de ficción publicadas en una editorial propia, aprovechó el reconocimiento que obtuvo con ellas para dar el salto a Alfaguara, una de las editoriales más importantes a nivel internacional y, para beneficio propio y de su círculo de intelectuales, se puso al servicio de Carlos Salinas de Gortari, representante de una nueva generación de herederos del poder formada en el extranjero que irrumpió en la política mexicana para contagiar a las masas de la esperanza de un futuro prometedor. De ahí que la relación entre Carlos Salinas de Gortari y Héctor Aguilar Camín puede considerarse como el factor principal que incidió en un cambio de discurso del autor. Al revisar las fechas en las que el escritor publica sus obras literarias, nos percatamos de que éste publicó *La guerra de Galio* justo en 1988, año en que Salinas de Gortari es nombrado Presidente de México, dato básico para defender que Héctor Aguilar Camín, fiel a la tradición de intelectuales al servicio del poder, dio un giro a su discurso, cuando ayudado por los miembros del Grupo Nexos impulsó la candidatura de Carlos Salinas de Gortari para después desempeñarse como asesor directo de éste, tarea de asesoría para la que fue requerido, después de publicar la novela que le permitió afianzar el

capital simbólico del que habla Pierre Bourdieu y su lugar en la ciudad letrada como postula Ángel Rama.

¿Cómo puede un escritor ser parte del anillo protector de la elite de poder? En el caso de Aguilar Camín, podemos pensar que mucho ayudó que cuando Salinas de Gortari inició su sexenio, el escritor gozaba de cierto prestigio gracias a su faceta de historiador y periodista, actividades que le permitieron incursionar en el campo de poder intelectual mexicano con una producción nada despreciable en el ámbito de la Historia, faceta que le ha permitido publicar: *En torno de la cultura nacional* (1976), *La frontera nómada, Sonora y la Revolución Mexicana* (1977), *Historia: ¿Para qué?* (1980), *Caudillo and Peasant in the Mexican Revolution* (1980), *Después del milagro. Un ensayo sobre la transición mexicana* (1988), con Lorenzo Meyer escribió *Historia gráfica de México* (1988), *A la sombra de la Revolución Mexicana* (1989) y *México: la ceniza y la semilla* (2000). Aguilar Camín también ha traducido las obras: *La Revolución Mexicana: los años constitucionalistas*, de Charles Cumberland, publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1975 y *Malcolm Lowry. Una biografía, de Douglas Day* (con Manuel Fernández Perera y Juan Antonio Santiesteban) publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1983, obras que, como los títulos lo indican, giran en torno al antes y después de la Revolución Mexicana.

Como escritor de ficciones la novela más conocida de Aguilar Camín es *La guerra de Galio*, obra publicada por primera vez en la Editorial Cal y Arena en 1988, pues la trascendencia de esta novela está por encima de las obras con las que inició su producción literaria y de aquellas con las que se ha ido posicionando en el campo literario mexicano. Muestra de esto es que *La guerra de Galio* fue reeditada por Alfaguara en 1994, casa editorial de presencia internacional que después cobijó la publicación de *El error de la*

luna, El resplandor de la madera, Las mujeres de Adriano y La tragedia de Colosio.

Posteriormente da el salto a Planeta, otra editorial que goza de prestigio en Latinoamérica, en la que Aguilar Camín ha publicado sus dos últimas novelas. Dos editoriales, sin lugar a dudas, con un giro más comercial y, por ende, más enfocadas en obtener capital económico y extender su red de relaciones en el campo literario y cultural, editoriales, por tanto, en las que el ideal del arte por el arte y la obtención de capital simbólico es superado por los intereses de mercado.

Esta vasta producción da cuenta de una vida dedicada al cultivo de todos los géneros discursivos, diversidad que por sí sola avala la posición de Héctor Aguilar Camín en el campo cultural mexicano. Al mismo tiempo nos permite aseverar que en la narrativa de este escritor encontramos tematizado un cambio de discurso, pues la denuncia explícita a los abusos y errores de la elite de poder se desvanecen de manera gradual en las obras posteriores a *La guerra de Galio*, novelas en las que el discurso de denuncia sucumbe y se desdibuja ante la irrupción de historias que giran en torno a conflictos de carácter familiar y amoroso.

A partir de los relatos que forman parte de *Historias conversadas*, los lectores pueden constatar que el discurso de denuncia, que Aguilar Camín privilegió en las novelas con las que incursionó en el campo de las letras mexicanas, prácticamente desaparece. A diferencia de sus dos primeras novelas, en los ocho relatos que forman parte de esta obra, el lector sólo se encuentra con menciones esporádicas, débiles y sin profundidad a los errores, abusos, corrupción, compadrazgos, enriquecimientos ilícitos, cacicazgos, etc., que han marcado la historia política de México.

Un ejemplo de este cambio de discurso lo encontramos en “Pasado pendiente”, relato que forma parte de *Historias conversadas*, donde los protagonistas de la historia,

Lezama y el narrador-personaje (*alter ego* de Héctor Aguilar Camín), abordan el tema del narcotráfico, no como un acto de denuncia, sino como un ejercicio de reflexión sobre los recursos narrativos, discursivos, tratamiento y matices que no debe pasar por alto quien, como Lezama, aspira a escribir una obra literaria a partir de una anécdota que involucra a su padre con el surgimiento del narcotráfico en Sinaloa. Así, en “Pasado pendiente” encontramos una especie de sentencia que bien puede ser considerada como uno de los factores que pudo incidir en el cambio de discurso de Héctor Aguilar Camín, pues hay un momento en el que Lezama, reconciliado con la figura paterna, tras descubrir una faceta que ignoraba de su progenitor, dice:

—El principio de mi padre, cabrón —dijo Lezama, con el fervor paterno que empezaba a serle característico. —*El Fincho* me habló del “Lezamita” de los primeros años, el Lezamita que para mí nunca fue Lezamita, cabrón. Me habló de Lezama el chavo, el adolescente, el alarde que todos hemos sido, como yo en el 68 que gritaba desde un micrófono que había que cambiar al país: el Lezamita que yo fui veinte años después de que mi padre fue “Lezamita”. No me entiendes, pero me habló de él. No de mi papá, sino del muchacho que fue él, “Lezamita”, antes de que cambiara de vida. Me habló de cuando mi papá era como yo fui en el 68. No me entiendes. Lo que quiero decir es que *El Fincho* me habló de mí mismo, de mi reencarnación hacia atrás. (31)

En este relato, a diferencia de *Morir en el Golfo* y *La guerra de Galio*, las alusiones al surgimiento del narcotráfico no tienen una carga semántica de denuncia. Por ello consideramos que a partir de esta obra, el cambio de discurso en la narrativa de Héctor Aguilar Camín se empieza a dar, cambio de discurso que se puede explicar a partir de la

influencia de factores extratextuales que de manera explícita se tematizan a nivel intratextual en las acciones, situaciones y discurso del narrador y los personajes de la obra literaria de este escritor.

Tal como ocurre en “Pasado pendiente”, donde la información narrativa proviene de una perspectiva figural, es decir, desde el punto de vista de Lezama, personaje que a través de un discurso directo regido dice: “—El principio de mi padre, cabrón —*dijo Lezama*, con el fervor paterno que empezaba a serle característico” (3, las cursivas son nuestras). La información narrativa que proviene de la voz del narrador evidencian el sentimiento de orgullo que experimenta Lezama tras descubrirse como la continuación de un hombre que en su juventud, como él y muchos otros, tuvieron el carácter y arrojo para enfrentarse a situaciones que ponían en riesgo su integridad física. Y es que, *El Fincho*, compañero de aventuras de su padre, le habló a Lezama de un hombre joven, fuerte y temerario capaz de transgredir las reglas impuestas por los campos de poder.

Sin embargo, la defensa de la libertad, la autonomía y la herejía representan ideales que se olvidan con la edad y de acuerdo con los intereses. Tal como ocurre con Lezama y los personajes de las novelas de Aguilar Camín que se desenvuelven en el campo del periodismo, la historia y la literatura, personajes que representan a los intelectuales que, aunque iniciaron su trayectoria como contestatarios del campo de poder político, en la medida que se posicionan en el campo de poder cultural y adquirieren el reconocimiento de sus integrantes, terminan por ponerse al servicio de la elite de poder para legitimar a sus miembros. Una realidad que, según Ángel Rama, forma parte del desarrollo cultural de México desde la Conquista. Realidad extratextual que a manera de tópico recurrente es representada en los universos diegéticos de la narrativa de Héctor Aguilar Camín, aunque no con la misma intención y profundidad, pues a diferencia de *La guerra de Galio* donde

hay una marcada crítica a esos intelectuales que, como el personaje de Galio Bermúdez pone su inteligencia, dominio de la letra e integridad al servicio de la elite de poder, en las novelas subsecuentes esta toma de postura se enuncia de manera ligera. Quizá se deba a que en este punto de su vida intelectual, Aguilar Camín modificó su percepción de la vida y su noción de compromiso porque como dijo en una entrevista para la revista *Principio y Fin*:

Medianamente. He aprendido que sólo puedo ser mejor para los demás si estoy en paz y soy mejor conmigo mismo. He perdido la fe en las vías absolutas de mejora de los demás. Soy un gradualista. No creo en los atajos ni en las salvaciones fáciles o rápidas. Creo en lo pequeño. Entre denunciar el desempleo y crear un empleo, valoro más crear un empleo. Creo desde luego que hay que buscar tener un mejor gobierno y una sociedad más equitativa, pero no creo que esas cosas puedan conseguirse de la noche a la mañana, por la voluntad de un grupo de iluminados, un partido, o una orden religiosa empeñada en mejorar las condiciones de vida del pueblo ... Creo que uno puede acompañar y ayudar a la mejora de los demás, pero no puedo redimir ni resolverle la vida a nadie...²

Crear que es necesario un cambio de fondo que impacte de manera positiva en la sociedad, pero ya no ser parte del grupo de “**iluminados**” (intelectuales) que usan la palabra para denunciar los abusos de poder y la corrupción de los miembros del Sistema, define el pensamiento de Aguilar Camín, que, en gran medida, nos permite conocer la

² Esta es parte de la respuesta a la pregunta ¿Cómo asumes el compromiso de buscar ser mejor para los demás?, cuestionamiento hecho a Héctor Aguilar Camín por Gabriela Romero Gómez en el marco de una entrevista para la revista de investigación social *Principio y Fin* titulada: ¿Quién es Héctor Aguilar Camín? realizada el 6 de julio de 1998; localizada el 15 de junio de 2010 en su versión en línea en la pagina web: <<http://www.ptv.com.mx/principioyfin/revista/entrevista/ent00.htm>>.

postura ideológica que explica el cambio de discurso en su narrativa. Al mismo tiempo, nos brinda la oportunidad de sostener que, aunque el autor no lo acepte, este cambio de discurso tiene que ver con las relaciones que el escritor sostiene desde hace tiempo con políticos que han ocupado puestos de alta jerarquía en el campo de poder político de México.

Y es que, la relación de amor-odio entre escritores y políticos, si bien no es nueva, en el artículo “Escritores y poder: la política frente al espejo de tinta”, Xavier Rodríguez Ledesma afirma que en el caso de México:

La historia contemporánea de nuestro país provee una muestra muy amplia de ejemplos: desde la cooptación de un buen número de ilustres escritores e intelectuales por el gobierno de Luis Echeverría, hasta la integración al mandato de Vicente Fox a labores diplomáticas de muchos escritores otrora críticos del poder pasando, por supuesto, por la estrechez de vínculos colaborativos entre importantes grupos de poder de la República de las Letras y el cuestionado gobierno de Carlos Salinas de Gortari.³

Es indudable que Héctor Aguilar Camín, como escritor del Posboom, aun cuando inició su trayectoria intelectual con la autonomía necesaria para criticar a los miembros de la élite de poder, en su faceta como escritor de ficciones arriesgó su posicionamiento en el campo de las letras al publicar dos novelas atrevidas dirigidas a un público selecto por la complejidad semántica y estructural, debido a la utilización de técnicas narrativas propias

³Para leer más sobre la relación entre poder y letra, véase Xavier Rodríguez Ledesma, “Escritores y poder. La política frente al espejo de tinta”. *Estudios sobre las culturas contemporáneas*. 2008, vol. XIV no. 28. Artículo localizado el 15 de junio de 2010. Disponible en su versión en línea:

<<http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=31602806>. ISSN 1405-2210> .

de los escritores representativos de la llamada Nueva Narrativa Latinoamericana y del *Boom* y, sobre todo, por el predominio de un discurso de denuncia.

Sin embargo, como ya hemos afirmado, al leer con detenimiento la obra narrativa de este escritor, observamos que dejó de escribir novelas de corte político luego que Carlos Salinas de Gortari fue nombrado presidente de México. Esta postura está enmarcada por un contexto donde los intelectuales adquieren un papel preponderante, pues de acuerdo con lo expuesto por Jorge Volpi en *La guerra y las palabras: una historia intelectual de 1994* (2004):

Tras el terremoto que devastó a la ciudad de México en 1985, los intelectuales mexicanos recuperaron un público que antes apenas los habían tomado en cuenta. Más adelante, la conformación del frente cardenista en 1988 y las controvertidas elecciones posteriores obligaron al gobierno a tolerar una incipiente libertad de prensa que permitió, por primera vez en años, un auténtico ejercicio de crítica política. Las condiciones estaban dadas para que, oponiéndose a las resistencias del anquilosado sistema priista, los intelectuales adquieren un lugar preponderante en la vida pública. (188)

Aguilar Camín tiene un papel protagónico en este contexto al dejar a un lado su postura crítica y poner su dominio de la letra al servicio de Salinas para legitimar su gobierno y contrarrestar así el efecto del discurso de quienes denunciaban que Salinas era un presidente ilegítimo. No debemos perder de vista lo que señala Jorge Castañeda en *La utopía desarmada* (1993):

Los intelectuales siempre han cumplido una función crucial —y quizá desproporcionada- en las sociedades y la política latinoamericana. Desde la independencia y a lo largo del siglo XIX, en parte a consecuencia de la

debilidad de las instituciones representativas, intelectuales clave ocuparon un espacio decisivo en muchas sociedades latinoamericanas. (209)

Con esta afirmación de Castañeda, podemos decir que Héctor Aguilar Camín es un ejemplo de este fenómeno cultural, pues jugó un papel crucial durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, un papel que vendría a apuntalar su incursión en el campo de poder político y cultural de México. Este posicionamiento se venía dando desde mediados de los años setenta, época en la que la vida cultural de México estaba marcada por dos grupos antagónicos: “por una parte, los poetas y críticos reunidos en torno a Octavio Paz y la revista *Plural* (1971-1976) y *Vuelta* (1977-1978); y, por la otra, los críticos, académicos, políticos y escritores cercanos a la revista *Nexos* (1978)” (Volpi, 189). Al segundo grupo pertenecía, como sabemos, Héctor Aguilar Camín, quien a decir de Jorge Volpi:

Por una de esas casualidades inevitables entre las elites mexicanas, Héctor Aguilar Camín se había convertido en un cercano amigo de Carlos Salinas. En julio de 1988, Aguilar Camín sostuvo que las elecciones habían sido válidas y que Salinas las había ganado limpiamente. Poco después, algunos destacados miembros del grupo, como el experto en temas indigenistas Arturo Warman o el escritor José María Pérez Gay, se integraron al equipo de Salinas, quien no dudó en apoyar al grupo, cuyos miembros de inmediato fueron acusados de convertirse en “intelectuales orgánicos”. La tan denunciada cercanía entre los intelectuales y el poder volvía a producirse: Nexos y Aguilar Camín fueron acusados de realizar numerosos proyectos para el gobierno federal por enormes sumas de dinero. (192)

Desde ese momento y hasta hoy, Aguilar Camín es considerado un “intelectual orgánico”, es decir, un intelectual que gozó y quizá siga gozando de pagos y privilegios

gracias a su amistad y a los servicios de asesoría, publicidad y acompañamiento a giras nacionales e internacionales para legitimar a la elite de poder dirigida, en su momento, por Carlos Salinas de Gortari, relación entre poder y letra que implicó una toma de postura que comprometió al escritor a legitimar imposiciones, acciones, negociaciones y proyectos de gobierno que había denunciado de manera explícita en *Morir en el golfo* y *La guerra de Galio*.

Estas labores realizadas en el sexenio de Salinas de Gortari evidentemente anularon la libertad creadora de Aguilar Camín al adoptar las reglas del juego del campo poder, pues cualquier individuo que entra en algún campo inmediatamente es coaccionado por las reglas de la institución, poder de coacción que de manera inmediata se hizo evidente en las novelas que este escritor publicó durante dicho sexenio. Al convertirse en asesor, su narrativa sufrió un cambio estilístico que, si bien puede pensarse coincide con la simplificación estructural que experimentaron los escritores del Posboom por la tendencia de este movimiento a “producir novelas accesibles al gran público” (Shaw 285), dada la trayectoria del escritor, es más fácil pensar y demostrar que el cambio de discurso de la narrativa de Aguilar Camín se dio porque así lo exigía su posición en el campo de poder como asesor y legitimador del gobierno de Salinas de Gortari. La relación de amistad y cooperación ha sido documentada desde el sexenio de Salinas hasta la fecha, aun cuando Héctor Aguilar Camín se deslindara públicamente del ex presidente, deslinde que acentuó la crítica de quienes se dieron a la tarea de sacar a la luz la lista de favores y cantidades que recibió el escritor como pago por sus servicios. El periodista Miguel Badillo denunció en la edición impresa del viernes 9 de febrero de 2001 del diario *El Universal*:

Los documentos en poder de este diario constituyen la historia contable de algunos trabajos realizados por el Centro de Investigación

Cultural y Científica (CICC) y la empresa Nexos-Sociedad, Ciencia y Literatura, SA de CV, para la Presidencia de la República durante el gobierno de Salinas, que permiten apreciar un trato privilegiado del mandatario hacia el doctor Aguilar Camín (HAC).

El primero de los recibos muestra que ambos personajes pactaron acuerdos desde los primeros meses del salinismo, los que al paso del tiempo denotarían los favores del mandatario, como pagar facturas por adelantado, aceptar cobros adicionales por retraso en el trabajo del grupo Nexos y proporcionar ayuda solidaria para resolver apuros del doctor HAC. La lógica de los documentos trasluce la actitud de Salinas frente al intelectual: cumple cuanto éste le pide en el menor tiempo posible.

El primer recibo es del 7 de abril de 1989, apenas cuatro meses y una semana después de que Salinas tomara posesión de la Presidencia, en medio de una conmoción política y cuando por todo el país se extendían las dudas sobre la legitimidad del mandatario.

Una serie de cheques por una suma total de 3 mil 424 millones, 450 mil 200 pesos de la era Salinas (poco más de 3 millones 424 mil pesos de hoy) con las facturas y recibos correspondientes, cartas y recados por escrito documentan un aspecto de los estrechos vínculos entre el ex presidente Carlos Salinas y el doctor Héctor Aguilar Camín, que llegó a ser considerado uno de los intelectuales más cercanos al controvertido mandatario.⁴

⁴ Para más información al respecto, véase Miguel Badillo. “Favoreció Salinas a Aguilar Camín”. *El Universal*. México: 2001. 12 de junio de 2010
<http://www2.eluniversal.com.mx/pls/impreso/noticia.html?id_nota=47393&tabla=nacion>

En ese momento, las cifras, fechas y alusión a fragmentos de cartas en las que Aguilar Camín se dirige con plena confianza a Carlos Salinas de Gortari vienen a dar veracidad a los rumores que circulaban desde 1988 entre los miembros de la ciudad letrada y los círculos de poder de un México en crisis.

Así, se deja constancia de la relación entre Salinas de Gortari y Aguilar Camín y, con ello, oficialmente el escritor se mimetiza con los intelectuales cuyo capital económico aumenta gracias a sus servicios al Príncipe. Aguilar Camín muy pronto condensa en sí mismo los vicios de una tradición de intelectuales al servicio del poder, una tradición que representa de manera crítica a través de los personajes de Galio Bermúdez, Abel Acuña, Rogelio Cassauranc, Pablo Mairena, Martín Luis Guzmán y, en general, de un gran grupo de periodistas que gracias a sus servicios a la elite de poder se enriquecieron al recibir pagos en efectivo y concesiones del gobierno. En *La guerra de Galio* se presenta y critica esta situación por medio del discurso directo de Carlos García Vigil y Octavio Salas, los únicos personajes dentro del ámbito intelectual que, a pesar de las presiones e intentos de coacción por parte de la elite de poder, se mantienen firmes en sus ideales, una firmeza que en ocasiones se teme perder, como le ocurre a Vigil:

Pablo Mairena, un prosista excepcional, autor de uno de los grandes poemas de siglo XX mexicano, *Antes del alba*, y de un par de libritos juveniles cuya lírica desengañada le había valido, en los cuarentas, el augurio de un alto destino poético. Treinta años después, en el albor de su medio siglo, Mairena había trabajado en la diplomacia y la burocracia, había escrito discursos para políticos amigos y “cambiado su talento por las facilidades de una vida cómoda” (Vigil), vivida al arrastre de diversas asesorías en dependencias del gobierno y de un elenco cada vez más ajustable de convicciones frente a la

cosa pública. Había encontrado asilo en La república ... (“Mairena era un espejo”, escribió Vigil, “el espejo que nos ronda a todos. Me negaba a reflejarme en su imagen, pero su imagen permanecía frente a mí como un maleficio, quizá porque se trataba, en realidad, de una profecía”). (186-187)

Esta cita es fundamental porque representa una realidad intradiegetica que al ser tematizada de manera explícita nos remite a una realidad extratextual inmediata, pues Aguilar Camín pronto se torna en el reflejo de tantos escritores que han cambiado su talento por una vida cómoda, un maleficio del que Carlos García Vigil logró escapar, y hacerlo le costó perder la vida en una situación extraña. Pero, a diferencia de su personaje, Héctor Aguilar Camín sí sucumbe. De ahí que, a pesar de lo que este arguya a su favor, el consenso general es que fue un intelectual orgánico del régimen de Salinas y de Ernesto Zedillo Ponce de León. La relación entre los hombres de poder y el escritor es un factor determinante en el cambio de discurso en su narrativa. Éste representa a un nuevo Martín Luis Guzmán, al representar a dos intelectuales cuyas obras, al inicio de sus trayectorias, se convirtieron en las más perspicaces críticas al Sistema hasta que fueron incapaces de sustraerse a sus encantos. Aun cuando Héctor Aguilar Camín se empeña en desmentir que fue altamente beneficiado durante el sexenio de Salinas y Zedillo, lo cierto es que sus respuestas a cuestionamientos al respecto no convencen de lo contrario. En una entrevista titulada “Héctor Aguilar Camín: El error de los intelectuales”, que forma parte *de Desacatos al desencanto: ideas para cambiar el milenio* (1997) de Faride Zeran, se puede leer:

¿Y qué pasa con Héctor Aguilar Camín? Usted representa a la figura del intelectual lúcido y crítico del México actual. Sin embargo, ha bajado hasta los sótanos en una relación con el poder, y que con la salida de Salinas

a quien usted apoyó le valió incluso la dirección de la revista Nexos. ¿Fue su costo por asomarse a la piscina de la que hablaba Sartre?

—No, de la revista Nexos me retiré por decisión mía y por decisión de la asamblea de accionistas de la organización. Yo sigo como director del grupo Nexos que incluye la revista, un programa de televisión, una fundación y una editorial. Y fue una decisión estrictamente de salud institucional para dar paso a una renovación generacional en la revista con una inclusión de 26 nuevos nombres en el consejo editorial, con la estricta idea de que hay que renovarse o languidecer. Y también por la idea de evitar esa tradición, que es muy frecuente en México, de instituciones de cultura que quedan atadas a personalidades que se identifican con ellas y que, al desaparecer esas personalidades desaparecen generalmente esas instituciones. (115-116)

Sin lugar a dudas, desde hace 30 años, grupo Nexos ha sido una de las fortalezas del grupo de poder en el que se desenvuelve Héctor Aguilar Camín, pues es un grupo donde, a decir de ellos mismos, es el espacio de reunión de personalidades públicas que convergen en una empresa de índole cultural. Es un grupo en el que Aguilar Camín se ha desempeñado, desde su creación como líder y director, cuyo comité editorial hoy en día está conformado por José Antonio Aguilar, Rosa Beltrán, Sabina Berman, María Amparo Casar, Jorge G. Castañeda, Álvaro Enrigue, Luis González de Alba, Soledad Loaeza, Denise Maerker, Ángeles Mastretta, Luis Rubio, Jesús Silva-Herzog Márquez, Enrique Serna, Xavier Velasco, José Woldenberg y Leo Zuckerman. El grupo Nexos hoy en día tiene como consejeros y colaboradores a Adrián Acosta Silva, Solange Alberro, Ignacio Almada Bay, Lourdes Arizpe, José Joaquín Blanco, Francisco Bolívar Zapata, Arturo

Borja, Roberto Bouzas, Antonio Camou, Rolando Cordera, Arnaldo Córdoba, Tomás Eloy Martínez, Fernando Escalante Gonzalbo, Héctor Manuel Falcón, Fátima Fernández Christlieb, Julio Frenk, Rubem Fonseca, Carlos Fuentes, Adolfo Gilly, Juan Goytisólo, Gilberto Guevara Niebla, Julio Labastida, Cinna Lomnitz, Daniel López Acuña, Casio Luiselli, Claudio Magris, Luis Maira, Adolfo Martínez Palomo, Mauricio Merino, Jean Meyer, Silvia Molina, Alejandra Moreno Toscano, María Novaro, Roberto Diego Ortega, José María Pérez Gay, Ruy Pérez Tamayo, Jacqueline Peschard, Nérida Piñón, Julián Ríos, Teresa Rojas Rabiela, Jorge Javier Romero, Rüdiger Safranski, Luis Salazar, Sergio Sarmiento, Guy Scarpeta, Rafael Segovia, Carlos Tello, Carlos Tello Díaz, Raúl Trejo Delarbre, Juan Villoro y José Warman. Una lista con nombres de peso en el campo intelectual mexicano que han afianzado la red de relaciones entre los campos cultural, político y económico de México. Y aunque Aguilar Camín se empeñe en tratar de salvar su credibilidad, lo cierto es que su cambio y toma de postura se hace evidente cuando es cuestionado por Faride Zeran:

¿Y qué ocurre con su relación con el poder, qué reflexión hace de ella?

—*Para mí ha sido una experiencia invaluable el observar de cerca algunos de los procesos políticos del país, me ha enseñado a matizar mis expectativas intelectuales, mis demandas morales y democráticas, porque me doy cuenta que hay una zona en la que los intelectuales críticos pedimos cosas totalmente fuera de la realidad y desconocemos muchísimos de los asuntos básicos, de la cosa básica de lo que estamos hablando.* (116, Las cursivas son nuestras)

Respuestas como esta nos ayudan a sostener que durante el sexenio de Carlos Salinas, Aguilar Camín experimentó un cambio de postura que muy pronto formó parte de

su discurso personal, pero también de los personajes de su narrativa publicada después de *La guerra de Galio*. Porque aun cuando el autor hace uso de la intertextualidad narrativa, recurso que en *Palimpsestos. La literatura en segundo grado* (1989) Gérard Genette define como “una relación de copresencia entre dos o más textos, es decir, eidéticamente y frecuentemente, como la presencia efectiva de otro” (10), el tratamiento y efecto de sentido que se produce en el lector de las novelas que publicó siendo parte del campo de poder, dista mucho de lo construido en *Morir en el Golfo* y *La guerra de Galio* para evidenciar la red de relaciones y favores entre los miembros de la ciudad letrada y la élite de poder. Un ejemplo de esto lo encontramos en *Las mujeres de Adriano* (2001), novela donde el personaje central es Justo Adriano Alemán, quien en *La guerra de Galio* aparece como maestro de Carlos García Vigil y como la persona que organiza los apuntes de su alumno para dar forma a una novela que Vigil dejó inconclusa. Pero la novela *Las mujeres de Adriano* a nivel estructural y semántico dista mucho de las dos primeras novelas de Héctor Aguilar Camín. Se trata de una novela corta en la que una nota periodística es el pretexto para que, a sus 72 años, Justo Adriano Alemán narre a uno de sus alumnos la historia de convivencia con sus cinco mujeres: Regina Grediaga, Carlota Besares, Ana Segovia, María Angélica Navarro y Cecilia Miramón, las únicas mujeres a las que amó a su tiempo y con las que convivió hasta el final de su vida. Se narra una historia en la que el tema amoroso y erótico son centrales en una trama en la que, si se habla de política, se hace de manera circunstancial:

Me interrogó a fondo durante la mitad de la comida sobre el “acontecer nacional”, como llamaba la prensa a las noticias políticas locales. Cuando terminé mi resumen, dijo:

—Entiendo que llamen a todo eso “acontecer nacional”, no sólo por razones de pomposidad, también por un dejo de precisión involuntaria. En todo lo que usted me cuenta, las cosas efectivamente “acontecen”. No tienen origen, dirección ni sentido alguno. No parecen responder a una voluntad pública que las gobierne. *Nuestros políticos son víctimas, más que actores, de su política. No hay que culparlos demasiado.* Nosotros mismos somos más víctimas que arquitectos de nuestra propia vida y nuestra propia muerte. (130, *Las cursivas son nuestras*)

Esta cita nos permite dar un mayor sustento a la tesis que defendemos, pues en el momento en que los personajes de *Las mujeres de Adriano* relativizan sus comentarios en torno al acontecer nacional y Justo Adriano Alemán dice: “Nuestros políticos son víctimas, más que actores, de su política. No hay que culparlos demasiado” (130), encontramos de manera explícita un cambio de discurso tematizado en la narrativa de Héctor Aguilar Camín. En *Morir en el Golfo* y *La guerra de Galio* es difícil encontrar una página en la que no encontremos una sentencia en la que se denuncia de manera explícita los errores, abusos, compadrazgos, redes de corrupción, enriquecimientos ilícitos y compra de voluntades que se dan en el interior de la cocina de la política mexicana.

En ambas novelas encontramos tratados completos donde a través de los narradores y personajes se critica, en gran medida, el matrimonio entre poder y letra, mientras que en sus novelas subsecuentes los errores y abusos de poder se relativizan y se justifican porque después de ser parte de la corte en torno al Príncipe, como su personaje, Aguilar Camín entendió que los políticos son víctimas de la política y por eso no debemos culparlos por sus “errores” y “deslices”. Este cambio de discurso, de acuerdo con los postulados de Pierre Bourdieu, denota una pérdida de autonomía y libertad creadora causada por una nueva toma

de postura exigida por *las reglas del campo* de poder al que incursionó el escritor cuando puso su dominio de la letra al servicio de Carlos Salinas de Gortari y, junto con los miembros del grupo Nexos, conformó el anillo protector de la elite de poder para legitimar su gobierno. Pues con Carlos Salinas como presidente, el Grupo Nexos se convirtió en el instrumento ideológico que defendió y legitimó el gobierno, en tanto se beneficiaban política y económicamente. Su nueva posición, como ya vimos, también se hace evidente en las respuestas que da el escritor a los cuestionamientos sobre los lazos que lo unieron con Salinas de Gortari y los beneficios que obtuvo por sus servicios.

La relación de Salinas de Gortari y el escritor fue tema tratado por las plumas de intelectuales con espacios en medios de comunicación y de académicos e investigadores que han escrito sobre la relación entre poder y letra, sobre todo después de que Miguel Badillo dio a conocer en la prensa nacional copias de cheques con grandes cantidades y textos donde Aguilar Camín le pide anticipos económicos al presidente por sus servicios. Víctor Roura, en *Codicia e intelectualidad* (2004), afirma:

El colmo lo exhibe el propio Héctor Aguilar Camín quien invitado por *El Universal*, escribe un pequeño texto para tratar de justificar dichas peticiones monetarias ... La respuesta otorgada por el historiador es, pese a su sobrada inteligencia, demasiado ingenua. Es visible su gana de minimizar los hechos. “Las fotocopias se refieren a investigaciones sobre la educación en México realizadas por Nexos para la Presidencia de la República en los tiempos en que yo era director de la revista” ... En seguida, el historiador refiere que las investigaciones pagadas por la Presidencia de la República fueron publicadas por el Fondo de Cultura Económica, por la revista *Educación* 2001 y por la mismísima revista suya, *Nexos*. ¿Y dice Aguilar Camín que no hay noticia

en ello? ¿Pues entonces está eso de que Carlos Salinas pagó carretadas de miles de peso (que sumándolos arrojan millones, aunque el doctor Aguilar Camín se resista a creerlo) para que la propia revista Nexos publicara las investigaciones realizadas con anticipos financieros de la Presidencia de la República? ¿Con dinero de Salinas de Gortari, que es decir del erario, alimentaba la revista su propio contenido periodístico? (128)

Los esfuerzos de Aguilar Camín por tratar de desmentir que fue altamente beneficiado por Salinas de Gortari son en vano, pues desde el inicio del sexenio salinista, el escritor fue una figura central en los eventos, acuerdos y proyectos de gobierno presentados por el presidente. Muestra de esto es que el 6 de junio de 1990, dos meses antes de la creación del IFE, Carlos Salinas promulgó un Decreto Presidencial que creaba la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH). De acuerdo con lo expuesto por John M. Ackerman en *Organismos autónomos y democracia: el caso de México* (2007), en la ceremonia:

también estuvieron presentes los nuevos miembros del Consejo de la CNDH: Héctor Aguilar Camín, Guillermo Bonfil Batalla, Carlos Escandón Domínguez, Carlos Fuentes, Javier Gil Castañeda, Óscar González, Carlos Payán Verver, César Sepúlveda, Rodolfo Stavenhagen y Salvador Valencia Carmona .

Aunque algunos de estos personajes mantenían lazos estrechos con el régimen, de ninguna manera estaba conformado de leales amigos íntimos de Salinas. (119-120)

El protagonismo de Aguilar Camín en las acciones de Carlos Salinas de Gortari afianzaba su posicionamiento en el campo de poder y en la red de relaciones en torno al

Príncipe; por ello, las críticas no se hicieron esperar, Sobre todo cuando, a dos años del sexenio salinista, por mandato presidencial, el ciclo escolar 1992-1993 fue decretado año para el estudio de la Historia de México y el gobierno impulsó la creación de nuevos libros de textos de historia para cuarto, quinto y sexto año con la idea de “reforzar su enseñanza”. La elaboración de los textos se encargó a un grupo de historiadores, coordinados por Héctor Aguilar Camín y Enrique Florescano, ambos líderes del grupo Nexos.

Con Ernesto Zedillo Ponce de León como secretario de educación pública, la idea era que estos libros fueran distribuidos por la Secretaria de Educación Pública en las escuelas primarias de todo el país; sin embargo, a pesar de que los libros se presentaron el 4 de agosto de 1992, la primera edición de 6 millones de ejemplares, ya impresa, no se distribuyó y fue embodegada para luego destruirse sin reparar en la inversión hecha. Aurora Loyo Brambila analiza esta situación en una obra publicada en 1999 titulada *Los actores sociales y la educación: los sentidos del cambio (1988-1994)*, donde la académica sostiene:

Detrás de la polémica en torno a los libros de texto de historia estaba la disputa entre grupos de intelectuales agrupados básicamente alrededor de la división estratégica que caracterizó a todo el sexenio salinista: los progobiernistas y los antigobiernistas, explicable en este caso particular porque los textos se habían encargado a dos destacados fundadores de la revista Nexos, que eran cercanos al gobierno en turno. La polémica finalmente reveló cómo la administración salinista y la polarización de la opinión pública habían reavivado la discusión en torno a las relaciones entre los intelectuales y el poder político. (96)

Como señala Aurora Loyo Brambila, en esta polémica, más allá de la calidad, seriedad y tratamiento de los temas incluidos en este nuevo libro de texto de historia, lo que

estaba en juego era la lucha entre grupos de intelectuales opuestos al grupo Nexos. La lucha de poderes que nos permite corroborar que los intelectuales son propensos a cambiar de postura cuando sus intereses así lo requieren. El cambio de discurso que experimenta la narrativa de Héctor Aguilar Camín después de publicar *La guerra de Galio* (1988) en la editorial de su propiedad, obedece a que éste no pudo escapar a la tradición de intelectuales, que, como señala Rama, inician su trayectoria en el campo de las letras como críticos del Sistema y, después, se dejan seducir por beneficios que pueden obtener si sirven acriticamente a la elite de poder para apuntalarla. Roderic Ai Camp, en *Las elites de poder en México* (2006), cuando habla sobre la formación de redes a través de los círculos de la elite del poder, sostiene que “en México existe una elite de poder en un sentido estrecho. Unas cuantas figuras sobresalientes han influido en muchas de las decisiones dentro de su campo respectivo, ya sea cultural, político, económico, militar o religioso” (81), figuras de las que, sin lugar a dudas, forma parte Héctor Aguilar Camín desde el sexenio de Carlos Salinas de Gortari.

Estar cerca y ser parte de la elite de poder, como él mismo señaló en una de sus entrevistas, le permitió conocer a fondo la forma de hacer política en México y entender que la realidad de México no va a cambiar con buenas intenciones de intelectuales críticos al sistema, pensamiento que después de *La guerra de Galio* imprime en sus personajes de las novelas posteriores, como *Un soplo en el río* (1997), en la que se narra la historia de un amor desdichado entre Antonio Salcido y Raquel Idalia Valenzuela. La historia de amor entre dos seres a los que la ideología y el contexto les impiden permanecer unidos, a pesar de que se buscan en todas partes. Con el paso del tiempo, la madurez y resignación que dan los años le permiten a Antonio Salcido decir a su amigo Salmerón:

¿Cuál era esa misión?

Toño Salcido: Curar el dolor del mundo. Sacrificarse por los demás.

Sacrificarse, en particular, por los que no habían tenido lo que ella. Los pobres. Los fregados. Los sin voz ni esperanza. Los desheredados de la tierra.

—Es una misión universal —pontificó, socarronamente, Salmerón. —La hemos padecido todos los alumnos de escuelas jesuitas. *Todos los curas y los intelectuales de izquierda*. Todas las beatas de sacristía. Todos los filántropos por propio caudal. La mayor parte de los presidentes de México. Y entera la tradición judeocristiana, del señor de la montaña en adelante. (20, Las cursivas son nuestras)

Cuando a través de un discurso directo regido, Salmerón dice que sacrificarse por los pobres es una misión universal que “la *hemos padecido* todos los alumnos de las escuelas jesuitas. Todos los curas y los intelectuales” (20), el deíctico temporal pone en juego un antes y un después. Pues el uso del antepresente nos remite a una ideología que cambia con el paso del tiempo porque la realidad se impone o, simplemente, porque los intereses cambian; sobre todo, como en el caso de esta novela, cuando esos que han luchado contra el sistema político por la igualdad social reconocen que detrás de una lucha siempre hay intereses que terminan por imponerse porque, como Rayda, sólo unos cuantos están dispuestos a no dejarse vencer y a dar la vida a favor de los pobres.

El cambio de discurso en la narrativa de Héctor Aguilar Camín es indudable porque después de *La guerra de Galio* ya no critica, sólo describe situaciones que forman parte del pasado reciente de México, un pasado al que el lector se remite con breves esbozos que se hacen de él, pero en el que se pierde si no cuenta con el antecedente histórico; ya que, a partir de *Historias conversadas* (1992), *El error de la luna* (1995), *Un soplo en el río*

(1997), *El resplandor de la madera* (1999), *Las mujeres de Adriano* (2001) y *Mandatos del corazón* (2003), si se enuncian temas de índole político se simplifican y ya no se mencionan con nombre propio ni los espacios ni a los protagonistas de eventos como la matanza de Tlatelolco en 1968, una estrategia discursiva y narrativa que a nivel intratextual contribuye a tematizar el cambio de discurso en la obra literaria de Héctor Aguilar Camín.

En esta segunda etapa de Aguilar Camín como novelista ya no encontramos el sentido de compromiso que encontramos en la representación de un intelectual como Octavio Sala, dispuesto a defender con coraje y pasión sus ideales y a reprender cuando cree que cualquier manifestación de pleitesía o compromiso con el Príncipe en turno pone en riesgo su autonomía:

Minutos después, Sala volvió al jardín discutiendo agitadamente con Rogelio Cassauranc —en realidad: hablándole agitadamente—. Vino hacia la mesa de Corvo y antes de que llegara escucharon lo que decía:

—Pero aplausos no, Rogelio. Cualquier cosa menos aplausos. ¿Podrías poner en la crónica de mañana que La República aplaudió al Presidente al salir de la comida de fin de año en *L`Escargot*?

No, Octavio, no podría —dijo Rogelio Cassauranc, aceptando el chubasco.

—*Pues no hagamos cosas que no podamos publicar, Rogelio* —dijo Sala, conteniendo apenas su disgusto. —Eso es todo, tan sencillo como eso, querido Rogelio: *no hacer cosas que no podamos publicar, que nos dé rubor publicar, que no podamos sostener con el público.* (117 Las cursivas son nuestras)

En el momento en que Héctor Aguilar Camín puso su experiencia y conocimientos como historiador, periodista y escritor de narrativa al servicio de Carlos Salinas de Gortari,

hizo lo que denunció en *La guerra de Galio* (1988) y encarnó en sí mismo lo que había representado y criticado a través de sus personajes en las dos primeras novelas. Digamos entonces que el personaje literario es una construcción de orden físico, moral y psicológico que crea un efecto de sentido que nos hace verlo como un ser real cuando sólo es producto del empleo de estrategias discursivas y narrativas (Pimentel 59). En el caso de este escritor, esos seres contruidos adquieren mayor dimensión al leer toda su producción narrativa y al hacer un seguimiento de su trayectoria como intelectual, porque este ejercicio nos permite percatarnos y sostener que Aguilar Camín no tardó mucho en dejarse seducir por los privilegios de ser asesor directo de Salinas de Gortari. No en vano, Denise Dresser, en uno de sus artículos publicados en la revista *Proceso*, señaló:

Hoy el escritor Héctor Aguilar Camín camina por el mundo con un signo de pesos en la frente. Se dice que vendió su inteligencia y hubo quien la comprara. Se dice que ofreció servicios privados y fue recompensado con fondos públicos. La prensa lo envía al paredón por ello. Pero tanto las pedradas lanzadas como las respuestas aireadas oscurecen las preguntas de fondo: ¿Hubo algo ilegal o impropio entre el presidente Carlos Salinas y Aguilar Camín? ¿Hubo una relación privilegiada? Los documentos no sugieren lo primero pero sí subrayan lo segundo. El error de Aguilar Camín no fue creer en Carlos Salinas; el error fue hacer negocios tras bambalinas con él.⁵

Con lo expuesto por Denise Dresser en este artículo, podemos sostener que como todo productor de literatura a expensas de otros sistemas, y en particular del campo político,

⁵ Para leer más sobre el tema, véase el artículo publicado por: Denise Dresser. "Héctor Aguilar Camín: Morir a la Mexicana". *Proceso*. México: Febrero 25, 2001.

Héctor Aguilar Camín se erigió como un servidor de la elite de poder, pues según Itamar Even-Zohar “son relativamente pocas las ocasiones en las que el productor literario no es más y nada más que un agente al servicio del poder”.⁶ Aguilar Camín es uno de los escritores mexicanos que nos permite corroborar cómo las instituciones occidentales anulan al individuo y le imponen unas reglas del juego de las que no puede escapar, tal como lo muestran los estudios de Bourdieu.

Por ello, cuando Héctor Aguilar Camín ha tratado de desmentir la relación que tuvo con Carlos Salinas de Gortari y negar que recibiera cuantiosos pagos por sus servicios durante el sexenio salinista, afianza su posición como intelectual orgánico de la elite de poder, pues como sostiene Ramón Kuri Camacho en *Tres pensadores mexicanos: cultura católica e identidad nacional* (2001):

El historiador y novelista Héctor Aguilar Camín aprovecha muy bien su relación amistosa con Carlos Salinas de Gortari, adquiere un poder subsidiario (la revista Nexos es elevada a los cielos, el canal 22 lo maneja su grupo, el dinero fluye...), infla su ego, se prestigia como hombre de libros, prestigia al Estado, vuelve oficiales sus propias ideas. Zaid satiriza el discurso de Aguilar Camín en el Coloquio de Invierno, discurso legitimador de los afanes de Carlos Salinas que daba prioridad a la modernización económica y dejaba después la democracia. “Compañeros: desahóguense contra el imperialismo, el liberalismo, la pérdida de identidad, la injusticia que tiene en la miseria a millones de mexicanos, pero dentro del sistema.

⁶ Cita tomada de: Iglesias Santos, Montserrat. “El sistema literario: Teoría empírica y teoría de los polisistemas”. *Avances en teoría de la literatura*. Comp. Darío Villanueva. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago. 1994. 336.

La democracia no es lo más urgente. Lo urgente es movilizar las banderas progresistas de la cultura para exigir Solidaridad, mucha Solidaridad”. (48-49)

Así que nos atrevemos a sostener que en el caso de Aguilar Camín, negar es una forma de corroborar los beneficios que obtuvo gracias a su relación con Salinas de Gortari, idea que cobra fuerza cuando leemos en *La terca memoria* (2007) del periodista Julio Scherer, que el escritor se comunicó vía teléfono con Rafael Rodríguez, director de *Proceso*, para pedirle que parara la edición del viernes 16 de febrero de 2001 en la que aparecería un reportaje de Antonio Jácquez sobre las relaciones inconfesables entre Aguilar Camín y Carlos Salinas de Gortari cuando este último fue presidente de México:

—Rafael, no lo publiques...

— ¿Qué Héctor?

—No lo publiques... Jácquez me pidió una entrevista, pero ya está aclarado todo, Rafael.

—Porque no está aclarado todo, Héctor, por eso lo vamos a publicar...

Entonces hablo con Julio...

Háblale, si quieres. Pero no te equivoques. El reportaje está redactado.

—En definitiva, ¿lo vas a publicar?

—Lo vamos a publicar, Héctor...

Órale, publícalo ... Ponle ventilador a la mierda ... Y vaya que el ventilador de Proceso es poderoso...

—Adiós, Héctor.

Minutos después, Aguilar Camín le habló por teléfono a Scherer.

—Ya no te ocupes del asunto, todo está aclarado.

—A mí no me lo parece.

—Somos amigos.

—Éste es un asunto que nada tiene que ver con la amistad. La amistad tiene sus propios caminos.

—Por eso.

—No, Héctor.

—Me perjudicas.

—Yo, no.

Hubo al final un tono seco: me arrepentiría. (207-216)

Para desgracia de Aguilar Camín, sus esfuerzos por parar el reportaje no le resultaron porque, a diferencia de lo que pretendía hacer creer, su relación con Salinas era tan evidente que negarla era ridículo, pues nunca pensó que Julio Scherer, como el personaje de Octavio Salas, se mantuviera firme y respaldara a Antonio Jácquez; como buen periodista, con algún interés en particular o sin él, sabía que cumplía con su deber de informar lo que los demás medios callan para no perder el apoyo de los encumbrados en la elite de poder. Esta realidad nos remite a los postulados de Ángel Rama y Pierre Bourdieu pues ambos coinciden en señalar que en cada contexto histórico el factor político influye grandemente en la producción de los escritores. Así que, si bien el *campo literario* está relacionado con los demás campos, es imprescindible destacar la influencia del campo político, porque creemos que éste ha influido sobremanera en la producción literaria de Héctor Aguilar Camín, en el entendido de que la estructura, el estilo y hasta la temática que aborda el escritor en su obra, están determinados por los intereses del campo de poder en el que incursionó.

Aunque son varios los factores extratextuales que en determinado contexto político, histórico, social y cultural pueden influir en el tratamiento temático, estilístico y estructural de una obra literaria, podemos sostener que, en el caso de Héctor Aguilar Camín, el cambio de discurso que se dio en su narrativa después de *La guerra de Galio* (1988) responde a los intereses de *las reglas del campo del poder* político liderado por Carlos Salinas de Gortari durante su sexenio como presidente de México y no a las reglas del campo cultural, ni a las políticas de las editoriales y, mucho menos, a los intereses del mercado. Es evidente que los “compromisos” con la elite del poder anularon la autonomía y la libertad creadora de Aguilar Camín. Incrementó su capital económico, pero redujo su capital simbólico como escritor de literatura. Como señalamos en capítulos anteriores, hoy en día este escritor es conocido por su labor como periodista y por su cercanía con los hombres de poder político y económico, y muy poco por su faceta de escritor de literatura.

6. El deslinde y *La conspiración de la fortuna*

“No basta con servir al poder desde su corona letrada, ya que la conciencia crítica había engendrado el pensamiento opositor, y por lo tanto, so riesgo de desaparecer en tanto intelectuales, debían proporcionar en discurso fundado de su intervención, aún más que para los poderosos a quienes rodeaban, para los opositores que los atacaban”.

Ángel Rama

Este capítulo tiene como propósito demostrar que, aunque el tema de la política esté presente en *La conspiración de la fortuna* (2005) por ser el campo en el que se desenvuelven los personajes de esta novela, no se puede hablar de una vuelta a los temas políticos que privilegió Aguilar Camín en *Morir en el Golfo* y *La guerra de Galio*. Nuestro ejercicio de lectura y análisis nos permite sostener que la historia, la trama, los discursos y las acciones del narrador y de los personajes de *La conspiración de la fortuna* distan mucho del discurso de denuncia impreso en los personajes de *La guerra de Galio*.

En *La conspiración de la fortuna*, la ausencia de nombres propios con referentes extratextuales es una característica que nos lleva a pensar y a defender que el esbozo que se hace sobre la lucha por el poder en esta novela carece de la fuerza ideológica y del rigor contestatario impreso en los diálogos de Carlos García Vigil y Octavio Salas, rigor y capacidad de desnudar lo que ocurre al interior de la cocina de la política mexicana que contribuyó en el posicionamiento de Aguilar Camín en el campo de las letras como un intelectual de izquierda.

Aunque *La conspiración de la fortuna* fue publicada después de que su autor se deslindó en más de una ocasión de Carlos Salinas de Gortari, luego de ser evidenciado como su colaborador más cercano y de haberse beneficiado ampliamente durante el sexenio salinista, todo parece indicar que seguir siendo un intelectual cercano a los hombres de

poder político y económico en México hace imposible que Héctor Aguilar Camín adopte nuevamente una postura contestataria a la elite de poder a la que pertenece y sirve. Así parece aun cuando en varias oportunidades el escritor ha sostenido que “el poder es uno de los grandes espectáculos de la vida y de la historia. A mí, como a tantos, me fascinó desde muy joven el enigma del poder mexicano”.¹ Esta fascinación por el poder que los escritores experimentan, explica que Ángel Rama sostenga en *La ciudad letrada* que: “pocos países como México revelaron en América Latina la codicia de la participación intelectual en el poder” (120). Aguilar Camín, como hemos venido sosteniendo, tematizó y denunció explícitamente en sus dos primeras novelas y luego él mismo lo ha protagonizado durante y después del sexenio de Carlos Salinas de Gortari.

6. 1. *La conspiración de la fortuna*: un retorno aparente a la novela política

En *La Conspiración de la fortuna* se relata la historia de Santos Rodríguez y su lucha por alcanzar la presidencia, un hombre que apuesta por la modernización del país, pero en su lucha por escalar posiciones para ocupar la silla presidencial es traicionado por las fuerzas negativas de su partido, situación que germina un sentimiento de revancha que Santos Rodríguez traslada a sus hijos y, décadas más tarde, lleva a su hijo Sebastián, un economista con posgrado en el extranjero, a intentar concretar el sueño de su padre a través de una revolución modernizadora que inicia con la ayuda de “una nueva camada de déspotas ilustrados, nietos de ilustres ancestros, dispuestos a sacudir el país viejo y su

¹ Declaración tomada de un artículo titulado “Salinas de Gortari inspira nuevo libro de Aguilar Camín”, publicado en la edición del 1 de septiembre de 2005 en la sección cultural del diario *La Tercera*, Consorcio Periodístico de Chile. Previo a la presentación de *La conspiración de fortuna* en ese país. Artículo localizado el 11 de julio de 2010 en la página web: <http://edelect.latercera.cl/medio/articulo/0,0,3255_5700_157368222,00.html>.

identidad de andrajos” (133), característica que ha influido para que algunos señalen que esta novela está inspirada en Carlos Salinas de Gortari, lectura que, aunque el escritor no reconozca, puede tener sustento si tomamos en cuenta la simpatía que éste manifestó hacia Salinas de Gortari y hacia su proyecto político, a quien según él lo acercó “su apuesta a la modernización, su clara inteligencia y su encanto personal. Es muy fácil saber, para quien quiera averiguarlo, por qué y cuándo me separé de él”.²

Efectivamente, como arguye Aguilar Camín, es fácil saber que se deslindó laboral y amistosamente de Carlos Salinas de Gortari después de que medios de información como *El Universal* y *Proceso* dieron a conocer las copias de cheques que ya se han mencionado, pruebas de un dinero del erario público recibido en medio de una crisis económica y un clima político enrarecido por el surgimiento de una guerrilla y el asesinato del candidato a la presidencia, Luis Donaldo Colosio, mientras Carlos Salinas de Gortari era acusado de enriquecimiento ilícito.

Héctor Aguilar Camín, como muchos de los intelectuales latinoamericanos de la época del Modernismo, se desempeñó como asesor directo de Salinas de Gortari. A decir de Ángel Rama, la relación entre poder y letra se afianzó durante el Modernismo porque la situación de los escritores era patética por la falta de público y la quiebra de mecenazgos, crisis cultural que llevó a las autoridades a adoptar la figura de mecenas y financiar la obra de los escritores que se pusieron a su servicio:

² Si se quiere ahondar más en estas declaraciones hechas por Aguilar Camín, véase el artículo: “Salinas de Gortari inspira nuevo libro de Aguilar Camín”, publicado en la edición del 1 de septiembre de 2005 en la sección cultural del diario *La Tercera*, Consorcio Periodístico de Chile. Previo a la presentación de *La conspiración de fortuna* en ese país. Artículo localizado el 11 de julio de 2010 en la página web: < http://edelect.latercera.cl/medio/articulo/0,0,3255_5700_157368222,00.html>.

La única vía moderna y efectiva, consistió en vender la capacidad de escribir en un nuevo mercado del trabajo que se abrió entonces, el mercado de la escritura. Los dos principales compradores que el escritor encontró fueron: los políticos, de quienes se volvieron escribas de discursos, proclamas y aun leyes (tarea que hasta hoy han seguido haciendo) y los directores de periódicos que, como los políticos, frecuentemente los borrarón en tanto personalidades, eliminando sus nombres al pie de sus escritos, tal como hizo Reyes Spindola, miembro del círculo “científico” del Porfiriato, desde la fundación de *El Universal*. (123)

Una situación que, en el caso de Aguilar Camín, se concretó durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, lo que reafirma que en la lucha por ocupar un espacio privilegiado el intelectual y, todo ser humano, busca el poder (económico, político, religioso, cultural, etc.) a través de objetos específicos. Por ello, Pierre Bourdieu sostiene que: “El campo es una red de relaciones objetivas (de dominación o subordinación, de complementariedad o antagonismo, etc.) entre posiciones: por ejemplo, la que corresponde a un género como la novela” (342). En este tenor considera:

Muchas prácticas y representaciones de los artistas y de los escritores (por ejemplo su ambivalencia tanto para con el “pueblo” como para con el “burgués”) sólo pueden explicarse por referencia al campo del poder, dentro del cual el propio campo literario (etc.) ocupa una posición dominada. El campo del poder es el espacio de las relaciones de fuerza entre agentes o instituciones que tienen en común el poseer el capital necesario para ocupar posiciones dominantes en los diferentes campos (económico y cultural en especial). Es la sede de luchas entre ostentadores de poderes (o de especies

de capital) diferente, como las luchas simbólicas entre los artistas y los «burgueses», del siglo XIX, por la transformación o la conservación del valor relativo de las diferentes especies de capital que determina, en cada momento, las fuerzas susceptibles de ser comprometidas en esas luchas. (319-320)

Una obra literaria específica es, entonces, una toma de posición frente al mundo de un individuo, producto de complejas relaciones entre las diferentes esferas de la vida del hombre. La cultura —y en ella se inscriben todas las artes, incluyendo la literatura— es, para Bourdieu, el único campo de la práctica social que, a pesar de las relaciones que mantiene con los demás campos, puede ser crítico y lúcido, una particularidad que el escritor puede o no aprovechar para su beneficio.

A manera de *alter ego* los personajes historiadores, periodistas y escritores de Héctor Aguilar Camín se dejan coaccionar por las fuerzas del campo de poder. El binomio político-periodista aparece como una constante en su obra narrativa, una particularidad natural para el escritor según una respuesta a una entrevista donde se le pregunta:

—Don Héctor, ¿se ha dado cuenta que en los últimos años aparecen como protagonistas de las historias los periodistas. ¿A qué se debe?

—Los periodistas son parte fundamental de la vida política, aunque se sientan al margen, fuera o por encima de ella. Hay que desconfiar de los periodistas que dicen no estar interesados en los juegos de poder. Tanto, como de los políticos que dicen no estar interesados en lo que la prensa dice de ellos.³

³ Fragmento tomado de la entrevista hecha a Héctor Aguilar Camín por Ricardo Pacheco Colín con motivo de la publicación de *La conspiración de la fortuna*. Entrevista que

En *La conspiración de la fortuna* esta realidad tematizada como una constante en la narrativa de Aguilar Camín se proyecta desde un narrador homodiegético, es decir, un narrador personaje que cuenta la historia desde su condición de testigo de los hechos narrados:

Voy a contar la historia de mi amigo, Santos Rodríguez, de las cosas que perdió dos veces, como si una no bastara para cegar el pozo de su movimiento, su luz de meteoro llevado a las alturas por su propio impulso y arrojado desde ahí por un mandato independiente de su voluntad, aunque soñado oscuramente por ella. (7, La cursiva es nuestra)

Como señalamos, en esta novela, el verbo que representa el acto de contar pone en juego la voz y la mirada de un narrador en primera persona que, como en otras novelas del escritor que nos ocupa, se trata de un periodista consciente del poder de la letra y de la influencia que se puede ejercer a través de ésta: “Según yo, la muchedumbre, aun equivocada, era la brújula que debía seguir quien quisiera influirla desde un diario o desde un gobierno” (11). Sobre todo, cuando en el plano de la ficción o en el de la realidad, quien tiene el dominio de la pluma sucumbe ante el carisma e inteligencia de hombres con poder como Santos Rodríguez.

Así, sin la fuerza referencial de sus dos primeras novelas, Aguilar Camín retoma la figura del periodista para presentarnos un universo diegético donde el vínculo poder y letra es fundamental en la legitimación de los miembros de la elite política:

aparece con el título: “La política es el arte final de fracasar: Héctor Aguilar Camín” en la página cultural del diario *La crónica de hoy*, en la edición de el lunes 22 de agosto de 2005. Localizada el 10 de octubre de 2010 en la página web: <<http://www.cronica.com.mx/nota.php?idc=198184>>.

El general presidente puso su espada tras su civilismo, sometió a los jefes de zona y despejó el camino para la candidatura imposible. El secretario imposible fue candidato presidencial. Santos su jefe de campaña.

Yo puse mi pluma y la revista donde trabajaba, de la que ya era dueño en parte, al acecho de aquel inicio de los tiempos. (23)

Más allá de una trama donde la corrupción, la política y el narcotráfico están presentes sin la carga semántica y la fuerza referencial de las dos primeras novelas de Aguilar Camín, lo trascendente de *La conspiración de la fortuna* radica en enunciaciones donde el narrador expone y reflexiona sobre su relación de amistad y compadrazgo con Santos Rodríguez, sobre todo porque ese lazo filial es determinante para que emplee su posición en la prensa escrita para apuntalar y legitimar la trayectoria política de Santos Rodríguez. Y para hacerlo se vale de su prestigio como columnista en un diario y de una revista de la que dice “ya era dueño en parte” (23), realidad ficticia sumamente análoga a la trayectoria intelectual de Héctor Aguilar Camín y su relación de amistad y servicio con Carlos Salinas de Gortari, como sostiene José Luis Tejada en *La transición y el pantano: poder, política y elecciones en el México actual, 1997-2003*, obra publicada en 2004:

Los intelectuales pueden ser veleidosos e inestables. Pueden criticar al poder, pero sin mayores consideraciones pueden terminar por servirse del poder o servirle acriticamente. El salinismo restauró una parte importante de la brecha que se había abierto entre la intelectualidad y el régimen político. Desafectos al poder desde la derecha y desde la izquierda terminaron por servir a uno de los regímenes más dudosos en cuanto a su legitimidad electoral. El ex presidente Carlos Salinas de Gortari atrajo hacia su proyecto de gobierno a los dos principales grupos culturales del país. Tanto el equipo

de *Vuelta* como el de *Nexos* se dejaron seducir por las razones modernizadoras del nuevo príncipe. (492)

Aguilar Camín, como líder y dueño del grupo y la revista *Nexos*, al igual que su narrador/personaje, se dejó seducir por las ideas modernizadoras de Carlos Salinas de Gortari, personaje de la política mexicana que, a decir de la crítica, inspiró a su personaje de Santos Rodríguez. Como un encantador de serpientes, Salinas de Gortari supo entonar la melodía idónea para atraer a los intelectuales que en un inicio fueron adversos a sus ideas y quienes primero lo criticaron, después lo legitimaron desde sus trincheras con el poder de la letra para persuadir a una muchedumbre, las más de las veces mal informada sobre la realidad política, social, económica y cultural de un país como México, donde quienes tienen el deber de informar se dejan coaccionar por la red de relaciones en torno al campo en el que se desenvuelven, sin importar que en un primer momento, como el narrador personaje de *La conspiración de la fortuna*, piensen y expresen:

Al principio me negué a colaborar con él, quería seguir mi camino de opinador independiente, presto a denunciar los agravios de la patria, ya que no a corregirlos. Al final cedí a su ruego, fui su jefe de prensa. Me entregué entonces a la ilusión del servicio público y de la salvación de mi país, con enjundia novata que no volví a tener. No me arrepiento, aunque por las malas razones. Aprendí tanto en esos años sobre la verdad efectiva de la cosa pública que perdí toda inocencia sobre los medios y casi toda sobre los fines del gobierno, sus laberintos, su fauna, sus secretos. Perdí también la fe en que es posible servir al país desde los puestos públicos sin torceduras ni claudicaciones. Supe todo lo que hay que saber. Desde entonces, no puedo sino aceptar la paradoja esencial del arte de la política, a saber, que

tratándose de la más seria y noble de las ingenierías, la ingeniería destinada a ordenar las pasiones humanas, no puede ejercerse ni en el más alto de sus momentos sin una dosis de perversidad o de malicia. (25)

Es un hecho que todo escritor, periodista o productor de arte que decide ponerse al servicio de un grupo de poder o de quienes dirigen una nación, pierde su autonomía creadora y crítica. Por ello, la noción de campo implica conocer la posición social, política, económica y el grado de injerencia que tiene un productor de arte en la vida cultural y política de su grupo social. No podemos negar la homología que existe entre el campo literario y el campo de poder pues, a decir de Pierre Bourdieu, ésta es perfecta a diferencia de la homología que existe entre las posiciones del campo literario y las posiciones en el campo social global (373). La relación entre los miembros del campo literario y el campo de poder radica en que los hombres de poder político y económico son sus principales clientes. Como sostiene Carlos Monsiváis refiriéndose a los intelectuales del XX:

A lo largo de este siglo los intelectuales en México han desempeñado funciones diversas: cortesanos de lujo del poder en turno, decoración estatal, voces disidentes (a las que se llama, para institucionalizarlas, “Conciencias Críticas”), intérpretes privilegiados de la historia y de la sociedad, espectáculo en sí mismos. (43)

Al referirse a los intelectuales del siglo XX, Monsiváis nos hace pensar que la idea romántica del *arte por el arte* sólo la pueden concebir productores de arte poseedores del capital económico necesario para producir libremente sin tener que convertirse en escribanos, cortesanos o entretenedores de quienes poseen poder económico y político para pagar sus servicios y, en la mayoría de los casos, limitar su libertad creadora o, en su defecto, continuar una trayectoria según los intereses del mecenas. Sobre el mismo tema

Martha Zapata Galindo, en el artículo “Los intelectuales en México y el salinismo: transición política y modernización neoliberal”, sostiene que:

La confianza que tenían los intelectuales en el poder del presidente llevan tanto a Lorenzo Meyer, como a Arturo Warman, Héctor Aguilar Camín y a muchos otros a creer que a pesar de todo el salinismo será la única alternativa política y económica viable para el futuro de México, ya que parten de que sólo un presidente tiene la fuerza para reformar al sistema político desde adentro. (377)

Aguilar Camín junto con otros intelectuales fueron claves en la tarea de legitimación del gobierno de Carlos Salinas de Gortari, pues desde sus espacios escribieron artículos laudatorios a las capacidades y al proyecto político del nuevo Príncipe para limpiar la mancha que ante los políticos de izquierda representaba el proceso electoral del 6 de julio de 1988, fraude que a decir de Martha Zapata Galindo llevó a Salinas a incorporar a su proyecto político un buen número de intelectuales que en el sexenio salinista “acompañaron la negociación política de las nuevas alianzas del gobierno con los diferentes sectores políticos, económicos y sociales, así como con las fracciones diversas de la elite dominante” (372); labor en la que Aguilar Camín fue un personaje protagónico y esa experiencia, al parecer, el escritor la tuvo muy presente mientras escribía *La conspiración de la fortuna*, novela en la que, si bien el autor no recurre a nombres propios con referente extratextual y el nombre de México no aparece ni una sola vez, sí nos permite corroborar que los intelectuales y, en especial la prensa, golpean o legitiman según sus intereses y el pago que reciban por el gobierno: “Hubo signos adversos a la causa de Santos. En las columnas de prensa que el gobierno pagaba empezó a hablarse de los méritos del bajo perfil, de la doble virtud de los servicios que se prestan en voz baja, sin fiesta ni ruido”

(31); realidad intratextual con la que corroboramos que, en más ocasiones de las que pensamos, buena parte de los grandes golpes periodísticos son versiones interesadas que provienen de filtraciones de una elite de poder que las utiliza como instrumento de venganza, pues los diarios y quienes escriben en ellos no gozan de una autonomía total, como sostiene el mismo Aguilar Camín en una entrevista:

En la novela el narrador habla de los diarios mexicanos como “correos del poder” y afirma que la autonomía es la base del verdadero poder de un medio. Eso, sin embargo, parece imposible de conseguir.

Como todas las cosas, es un problema de grados. Siempre hay restricciones a cualquier libertad. Tampoco hay que ponerse demasiado absolutista en la exigencia de autonomía. Pero si no hay una autonomía sustancial, no puede haber una libertad sustancial. Y esto es algo que es esencial para tener un espacio de imparcialidad y de independencia, que es el espacio mismo de la profesión periodística. La otra cosa es que tienen que estar muy claras las cuentas. En México es difícil saber cuál es el tiraje real de los periódicos, quiénes los leen, qué tipo de público tienen. Eso es un acto de opacidad de la fase mercantil del diario, porque está jugando con sus anunciantes en condiciones leoninas. Le está pidiendo al anunciante que gaste un dinero sin informarle con precisión en qué lo está gastando. Ahí hay una falta de lealtad con el anunciante. Si tú avisas en un periódico estás pagando por la credibilidad y el acceso a los lectores de ese medio. Y un pilar de la autonomía de un medio está en su capacidad de financiarse. Un diario que es

buen negocio, probablemente va a ser un diario más independiente, más autónomo.⁴

Libertad y autonomía, dos elementos sustanciales que los periódicos, los escritores y los intelectuales difícilmente pueden conquistar, ejercer y mantener, porque en México: “se ha confundido la autoridad con el poder. La primera se gana con el talento, constancia en el oficio, legitimidad artística, coherencia y, especialmente en la segunda mitad del siglo XX, con pruebas de independencia respecto del poder político o económico” (Cabrera López 28), elementos que contribuyen con el reconocimiento y la capacidad de convocatoria que un escritor o intelectual puede alcanzar de acuerdo al valor simbólico de su firma, valor o capital simbólico acumulado a lo largo de la trayectoria de un productor de arte que se desvirtúa cuando éste se pone al servicio de una elite de poder para legitimarla.

Como lo hizo Aguilar Camín, al no poderse sustraer del encanto e inteligencia que poseía Carlos Salinas de Gortari, el narrador personaje de *La conspiración de la fortuna*, al hablar de la capacidad e inteligencia de Santos Rodríguez para resolver las tareas y obstáculos de la presidencia, dice: “Había una magia real en todo eso y era difícil sustraerse a ella aun si, como yo, se tenía acceso a la trastienda de los trucos del mago” (29). El mago en la realidad del lector equivale a la figura de Carlos Salinas de Gortari, político al que Aguilar Camín defendió con su pluma cuando surgían voces críticas en torno al proyecto salinista; así lo hace constar la defensa que hizo del político durante el surgimiento del movimiento zapatista en Chiapas en 1994, contexto en que la pobreza y la marginación

⁴ Esta es una de las respuestas que Héctor Aguilar Camín da en una entrevista que gira en torno a la labor del periodista, entrevista hecha por: Andrea Insunza y Ortega Javier titulada: “Héctor Aguilar Camín: “La prensa es el país de los hechos adversos”. *Revista Dossier* de la Facultad de Comunicación y Letras de la Universidad Diego Portales de Santiago de Chile, Número 12, 2009. Entrevista localizada el 25 de julio de 2010 en su versión en línea en la página web: <<http://www.revistadossier.cl/detalle.php?id=21>>.

denunciadas por el EZLN hizo que algunos intelectuales como Octavio Paz se distanciaran de las políticas gubernamentales y manifestaran cierta admiración hacia Marcos, mientras que Aguilar Camín “siempre se preocupó de defender a Salinas y de atacar a los zapatistas” (Volpi 193). Una vez más la relación cercana que el escritor mantenía con Salinas de Gortari se hace patente. En *La guerra y las palabras: una historia intelectual de 1994* Volpi sostiene:

La historia de las relaciones entre Salinas y Aguilar Camín daría para otros capítulos de estas vidas paralelas. En el año 2000, Aguilar Camín recibió a Salinas en el programa de televisión que conducía en Televisa para promover su libro *México: un paso difícil a la modernidad*. Al poco tiempo se filtraron a la prensa unas escandalosas grabaciones que involucraban a Salinas en los delitos financieros cometidos por su hermano Raúl. Entonces Aguilar Camín decidió romper públicamente con el expresidente. Al poco tiempo, la revista *Milenio* publicó unas grabaciones igualmente incómodas de Aguilar Camín, donde hacía referencia a su relación con Salinas, y posteriormente se filtraron unos recibos de millones de pesos firmados por Aguilar Camín por conceptos de proyectos de asesoría llevados a cabo durante la administración de su antiguo amigo. Raymundo Riva Palacio escribió en su columna “El Caníbal” de *Milenio* el 22 de enero, 2002: “La relación de Salinas con Aguilar Camín era tan estrecha, que el historiador acompañó al expresidente en los momentos más aciagos de su gobierno, cuando el asesinato de Luis Donaldo Colosio, y fue uno de los interlocutores reales que tuvo en la definición sobre quién lo remplazaría como candidato del PRI a la presidencia. A lo largo del sexenio zedillista, Aguilar Camín

ostentó una amistad que parecía coronar con una lealtad gallarda cuando, en su penúltima visita a México, Salinas quiso convertir en acto político la promoción de su libro y el historiador lo entrevistó —junto con el periodista Joaquín López Dóriga— en su programa *Zona Abierta* que transmite Televisa. Pero la realidad es otra, de acuerdo con nuevos documentos del CISEN que están circulando en algunos círculos políticos”. Según las grabaciones filtradas, Aguilar Camín ya no veía el momento de deshacerse de su amistad con Salinas. (193-194)

Sin lugar a dudas, estas aseveraciones de Jorge Volpi vienen a apuntalar nuestra tesis, pues documentan la relación de Héctor Aguilar Camín con Carlos Salinas de Gortari. El cambio de discurso en la narrativa del escritor tiene su génesis en un cambio de postura exigida por su cercanía con la elite de poder: no se puede seguir denunciado y denostando las acciones del grupo de poder al que se sirve. No, cuando el escritor en cuestión recibe fuertes sumas de dinero y múltiples beneficios por legitimar como presidente a Carlos Salinas y, luego de su declive, limpiar su imagen ante un pueblo que lo acusaba de saquear las arcas de la nación, mientras ondeaba la bandera de la solidaridad.

Y es que Salinas de Gortari, para Aguilar Camín, representaba la encarnación de una nueva era para México, la era de la modernización definitiva, un proyecto digno de elogiar y apoyar, pues parece que para el autor de *La guerra de Galio* representaba la continuidad del proceso de modernización impulsado por Porfirio Díaz, dictador reivindicado en el libro de texto de historia hecho bajo la coordinación de Aguilar Camín y que terminó por no distribuirse, no sólo porque se ponía en tela de juicio que fuera precisamente el líder de intelectuales al servicio de Salinas y del grupo Nexos el

responsable de la edición, sino porque, de acuerdo con lo expuesto por Alma Guillermoprieto en su artículo “Ciudad de México, 1949”:

Aguilar Camín y una flotilla de intelectuales de primera línea se puso a trabajar. En agosto, maestros, padres y periodistas abrieron el nuevo texto — profusa y alegremente ilustrado— y descubrieron una historia patria que era sutil y radicalmente distinta a la que ellos habían aprendido en la escuela. El cura Miguel Hidalgo, cuyo encendido llamado a las armas y a la independencia en 1810 es piedra de toque de toda emoción nacionalista, se menciona de paso. La dramática guerra con Estados Unidos se presenta con eufemismos tranquilizadores. Emiliano Zapata, el líder sureño de la revolución agraria mexicana, finalmente traicionado y asesinado en 1919 por los revolucionarios norteros, aparece no como un campesino puro y heroico sino como líder de una de tantas facciones que buscaban el poder. Las generaciones anteriores habían aprendido que el dictador Porfirio Díaz, quien llegó al poder en 1877, fue culpable de genocidio contra la indomable nación de los indios yaquis, y que gobernó tiránica e inflexiblemente a favor de una pequeña cúspide blanca que vivía del sudor de una paupérrima mayoría india. En los nuevos textos resulta que el execrado dictador —cuyo terco amor al poder llevó directamente a la revolución que el PRI honra en su nombre— a lo mejor no era tan mala persona. «El largo gobierno de Porfirio Díaz creó un clima de paz y estimuló el crecimiento económico del país», concluye la sección dedicada a él. «Su gobierno disminuyó las libertades individuales, concentró el poder en unas cuantas manos y frenó el desarrollo de la democracia». (110-111)

Aguilar Camín quizá nunca imaginó que esta encomienda le iba a traer tantas críticas, no sólo porque ponía al descubierto que él y su grupo intelectual eran beneficiados por el gobierno de Salinas de Gortari, sino también por haber entregado un libro de historia que rompía con el imaginario colectivo creado en torno a personajes históricos, aunque:

Aguilar Camín no es el único académico modernizante que ve al villano favorito del PRI como un dictador progresista que creó la infraestructura que hizo posible el México del siglo XX. Pero es el único que se lleva tan bien con un presidente cuyo gobierno provoca comparaciones con el de Díaz.
(Guillermoprieto 111-112).

Se llevaba tan bien porque en esa época el historiador era un beneficiario más del uso arbitrario de la llamada partida secreta de la Presidencia de la República.⁵ No en vano, cuando surgió el movimiento zapatista en Chiapas, Héctor Aguilar Camín fue uno de los intelectuales que con mayor ahínco aprovechó sus espacios para manifestarse en contra del movimiento encabezado por el subcomandante Marcos, líder que si bien se ganó el apoyo de un puñado de intelectuales, también fue objeto de críticas severas por intelectuales que respondían a los intereses de Carlos Salinas de Gortari, como sostiene F. Petras James en

⁵ En su columna Archivos del poder, publicada en el diario *Excélsior* el 17 de febrero de 2009, Martín Moreno escribe “Los Salinas y el dinero”. Podemos leer: “En su reciente libro, *La terca memoria*, Julio Scherer aborda la relación entre Carlos Salinas y Héctor Aguilar Camín, en lo que el mismo Scherer califica de tráfico de influencias del que se valía el escritor con su amigo, el presidente Salinas de Gortari. Citando Scherer un reportaje de Miguel Badillo en *El Universal*, recuerda que, el 3 de septiembre de 1993, Aguilar Camín le escribió a Salinas: ‘Presidente, sé que no hemos terminado pero nuestras finanzas, por la misma demora, andan mal. Si pudieras adelantarnos el saldo de la investigación, será una gran ayuda (solidaria).’ Badillo afirma que el líder del grupo Nexos recibió poco más de tres millones 424 mil pesos. Scherer: ‘En realidad, el historiador era un beneficiario más del uso arbitrario de la llamada partida secreta de la Presidencia de la República. Desde Los Pinos, Salinas de Gortari ejerció con absoluta discrecionalidad y sin control, mil 160 millones de dólares, según un análisis de las fracciones del PRD y el PAN en la Cámara de Diputados.’”

La izquierda contraataca: conflicto de clases en América Latina en la era del neoliberalismo. (2000), cuando dice:

Octavio Paz, el poeta de la paz y la soledad, apoyó la violenta represión que ordenó el presidente Salinas de Gortari y condenó el alzamiento. Destacados comentaristas políticos como Carlos Fuentes y Jorge Castañeda “expresaron” su apoyo a los fines del lanzamiento, pero condenaron el recurso a la lucha armada por parte de los indios. Esta misma postura fue abanderada por el llamado Grupo Nexos y es la que adoptaron finalmente la mayor parte de los políticos tradicionales. (60)

Se manifestó una vez más la posición de Aguilar Camín como legitimador del gobierno de Carlos Salinas de Gortari. Como expone Héctor Díaz Polanco en “Universalidad y particularidad” (1996): “Como si fuera piedra de escándalo, Aguilar Camín lanza la acusación al indigenismo de ser una simulación” (215). Jorge Mendoza García, en “Los medios de información y el trato a la guerrilla. Una mirada psicoanalítica” (2006), ofrece un análisis sobre la injerencia que tuvieron los medios de comunicación en el movimiento armado surgido en Chiapas en 1994. Luego de mencionar un buen número de medios de comunicación que dieron cobertura al suceso, dice:

Al tono de la evaluación del entonces director de la revista *Vuelta*, se sumaba un directivo de la revista *Nexos*, Héctor Aguilar Camín ... quien también fuera a inicios de 2001 señalado como beneficiario del dinero del gobierno de Carlos Salinas, señalaba a la prensa que dio cobertura al movimiento de Chiapas como culpable de engrosar la opinión de la violencia, debido a lo que él llamó el “contagio de la celebración de la violencia en Chiapas”. En síntesis, se acusaba implícitamente a los zapatistas

y a los intelectuales que escribían en *La Jornada* de ser responsables del ambiente de violencia que se vivía en México en el primer trienio de 1994.

A estas alturas de la contienda los equipos de dos revistas otrora irreconciliables, *Vuelta* y *Nexos* —a quienes por cierto ya se señalaba de salinistas—, en los hechos se unían para tratar de revertir el proceso de impacto del zapatismo. Ambos equipos condenaron el levantamiento y siguieron así constantemente. Tanto Octavio Paz como Aguilar Camín expresaron y escribieron sus condenas incluso desde las páginas del diario que criticaban. Y como sus críticas se dirigieron hacia *La Jornada* ésta también respondió, mencionando que aquellos que intentaron presentar a ciertos medios de comunicación como apologistas de la violencia, no hacían más que descalificar a la prensa con argumentos inquisitoriales e insinuaciones dolosas, que atentaban contra el ejercicio periodístico responsable y veraz, algo por lo demás muy saludable.

En efecto, si en *La Jornada* los zapatistas encontraban una puerta abierta, no ocurría así en otros medios, lo cual puede decirse de distintos periódicos de circulación nacional, que han llevado al límite sus propuestas bélicas. Uno de estos medios que más beligerancia ha mostrado contra el zapatismo es *El Heraldo de México*, muy cercano a la política gubernamental.

Asimismo las revistas *Nexos*, y la hija de *Vuelta*, *Letras Libres*, que recoge el legado del equipo de Octavio Paz, y el seminario *Etcétera* han sido a su vez críticos severos del zapatismo, y en sus hojas se pueden encontrar sobre todo a diversas voces antizapatistas. (159-161)

Trabajos de investigación como los citados, sacan a la luz que, al igual que el periodista de *La conspiración de la Fortuna*, Héctor Aguilar Camín estaba obligado, como amigo y como el líder de los asesores de Carlos Salinas de Gortari, a atacar un movimiento que, para muchos, marcaba el inicio de una nueva revolución de los oprimidos contra el sistema político. El escritor, junto con su grupo de intelectuales, protagoniza una lucha contra el líder del movimiento zapatista y los intelectuales que lo apoyaban, donde la pluma y chorros de tinta sustituyen los machetes y las armas de los zapatistas, situación que viene a corroborar de manera abierta el fenómeno cultural que reseña Ángel Rama en *La ciudad letrada*; fenómeno que, en este caso, se reduce al papel que juega Aguilar Camín como legitimador del proyecto político de Salinas de Gortari y, como contraparte, intelectuales de izquierda que lo repudian.

Y es que, como bien dice el narrador de *La conspiración de la fortuna*: “la política hace amigos y enemigos como ninguna otra cosa en la vida” (41). Es natural la lucha por mantener un lugar privilegiado en el campo de poder político, económico o cultural. A fin de cuentas, la tradición es que políticos como Salinas de Gortari se rodeen de intelectuales que los legitimen, sobre todo cuando éstos, al igual que Santos Rodríguez, son conscientes de “los alcances de ese otro poder, llamado no a hacer la historia pero sí a contarla” (59). Y el cómo contarla depende de los intereses de quien tiene el poder de la pluma y, claro, de qué tan estrecha o lejana sea la relación con el o los grupos que ostentan el poder.

Por lo tanto, es natural que en las novelas escritas durante su labor como asesor de Carlos Salinas de Gortari, Aguilar Camín dejara de lado el discurso de denuncia contra el sistema político mexicano que imprimió en sus dos primeras novelas, discurso de denuncia del que sólo hay atisbos velados en *La conspiración de la fortuna*, obra donde, si bien los personajes están inmersos en la política y el narcotráfico, los nombres propios con

referentes extratextuales desaparecen. Y, aunque hay elementos implícitos para ubicar la historia en México y, también, para pensar que el personaje de Martiniano Agüeros está basado en el narcotraficante Héctor “El Güero” Palma, este juego de nombres y la falta de espacios con un referente ubicable en la geografía mexicana, bien puede considerarse como una estrategia del escritor, para no comprometerse con la realidad planteada a través de las acciones, el discurso y los puntos de vista que despliegan las perspectivas en juego en este relato.

Mientras *Morir en el golfo* fue considerada como “una novela sobre el poder en México ... sin duda polémica por lo que dice y por lo que calla” (Domínguez Michael 731), podemos decir que *La conspiración de la fortuna* es polémica por lo mucho que calla sobre el poder en México. Si bien no podemos negar que ésta sumerge al lector en un universo diegético donde la relación Prensa-Estado y la lucha de intereses de los grupos de poder están presentes, estos tópicos no se plantean con la misma profundidad con la que Aguilar Camín lo hizo al inicio de su trayectoria literaria.

Conclusiones

Sin lugar a dudas, la cercanía de Aguilar Camín con los hombres de poder político, económico y cultural de México es un factor determinante en su transición de una narrativa de denuncia a una donde la denuncia desaparece. Este escritor no logró escapar de la tradición, ya que, como muchos otros que le antecedieron desde La Conquista, desempeñó el rol de legitimador del poder, en este caso, del proyecto político de Carlos Salinas de Gortari y, junto con su grupo de intelectuales, formó “el anillo protector y el ejecutor de sus órdenes” (Rama 25).

Aunque no es fácil encontrar y relacionar elementos teóricos que ayuden a sustentar las interpretaciones que surgen de un ejercicio de lectura, los postulados que defiende Ángel Rama en *La ciudad letrada* y los principios teóricos que postula Pierre Bourdieu en *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* son esenciales para establecer que Héctor Aguilar Camín transita de una narrativa de denuncia a una donde la denuncia desaparece después de posicionarse en el campo cultural y convertirse en asesor de Salinas de Gortari, pues, a pesar de que ambos estudios corresponden a realidades opuestas y acunian conceptos diferentes, los dos encaminan sus posturas a demostrar que las instituciones de poder influyen en el proceso creador de los escritores.

Con la *noción de campo literario*, Bourdieu nos permite adquirir conciencia sobre la manera en que ciertas instituciones anulan al individuo al imponer las reglas del juego, es decir, que las fuerzas del campo de poder llegan a limitar, e incluso, a anular la voluntad y la intención creativa del escritor, artista, pintor y demás productores de arte.

De ahí que el creador que al inicio de su carrera producía arte puro, al entrar al campo de poder, asimila la ideología del grupo en el que ingresa y, por ende, lo que

produce ya no tiene la estructura y la carga semántica que tenía antes, es decir, al inicio de su trayectoria, pues pierde la libertad creadora que, en el caso de Francia, escritores como Gustave Flaubert, Charles Baudelaire y algunas editoriales no perdieron, al optar por independizarse (una independencia relativa) del campo económico controlado por los burgueses.

Estos escritores, a diferencia de lo que hizo Aguilar Camín después de sus dos primeras novelas, empezaron a jugar el juego “del que pierde gana”. Perdieron la oportunidad de ganar capital económico para ganar capital simbólico. Empezaron a escribir contra la burguesía y contra los gustos artísticos de ésta. Escribieron exclusivamente para un grupo reducido, para intelectuales que también se estaban independizando de la clase burguesa.

La relevancia de este trabajo va más allá de demostrar que en la narrativa de Aguilar Camín se da un cambio de discurso, pues más importante aún es que, como estudiosos de la literatura, no perdamos de vista que la explicación de una obra literaria debe basarse en un análisis de los elementos intratextuales y extratextuales.

Con gran acierto, Pierre Bourdieu retoma los principios de Tinianov y refuerza la noción de literatura como un sistema dentro de otro sistema y, por esta peculiaridad, es fundamental hacer un análisis literario en el que las referencias a los factores externos, como las crisis económicas, transformaciones técnicas, revoluciones políticas se deban considerar; porque sólo así se podrán explicar muchos de los factores internos de la obra literaria analizada y, más que nada, porque todos los cambios a los que se enfrenta la sociedad en determinados contextos han impulsado la transformación de la estructura del *campo literario*.

Además, no podemos negar que la realidad con la que convive el autor influye en su creación, así que quienes hacen análisis literario de índole teórica o crítica deben considerar siempre el contexto histórico, social, económico y político que rige la vida del grupo social al que pertenece el escritor.

Las relaciones de poder de un autor dentro de un campo de producción específico desempeñan un papel crucial que no puede ser ignorado por la crítica. El que Héctor Aguilar Camín cuente con el reconocimiento o con el repudio de intelectuales ajenos a su grupo de poder, no es en vano. Y tampoco es gratuito que hasta hoy no haya estudios profundos sobre su obra literaria, pero sí exista un número considerable de investigaciones donde se critica la relación de trabajo y amistad que mantuvo con Carlos Salinas de Gortari mientras éste era presidente de México, relación que, ante el peso de las críticas, el escritor dijo que había terminado cuando, al igual que los mexicanos, se enteró del enriquecimiento ilícito de los Salinas, deslinde que sigue en tela de juicio.

Es un hecho que publicar en una editorial de la que se es dueño, implica una toma de posición y mayor libertad para actuar de acuerdo a la posición en el campo literario y las relaciones que se quieren entablar con los protagonistas del campo cultural y de poder. En el caso de Héctor Aguilar Camín, crear un sello editorial para publicaciones personales y para su grupo de amigos es un factor que le permitió iniciar su trayectoria literaria con obras donde se proyecta una visión de izquierda y así deja ver cierta influencia de los escritores de la Nueva Narrativa y, sobre todo, un marcado cumplimiento con las convenciones narrativas y temáticas del Posboom.

En *Morir en el golfo* y *La guerra de Galio*, las alusiones a los abusos de poder y a los errores políticos cometidos por Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría y Miguel de la Madrid son recurrentes. En ellas encontramos referencias explícitas al pasado reciente de

México, el pasado oscuro de la política mexicana. En las dos novelas que hemos mencionado, la política se define como un mundo de manipulaciones y quien desee obtener un puesto en la elite de poder debe entrar al juego de la corrupción, la manipulación y los crímenes.

La realidad cultural latinoamericana avala el esfuerzo de estudiosos como Ángel Rama y Pierre Bourdieu que, en su afán de analizar y explicar el fenómeno literario, nos han legado principios teóricos y críticos que nos permiten realizar análisis que, sin descuidar lo que una obra literaria ofrece a nivel intratextual, toman en cuenta los factores extratextuales que influyen en el proceso creativo de todo escritor. Sólo así podemos otorgar una significación más profunda a cualquier relato y explicar las causas que llevan a un escritor a cambiar de sello editorial, de estilo, de temática y, en ocasiones, hasta de ideología. Esta situación que, como hemos expuesto de manera explícita y con rigor crítico, aparece tematizada en las obras que Héctor Aguilar Camín publicó al inicio de su trayectoria como escritor de ficciones bajo el resguardo de su propio sello editorial, Cal y Arena.

Por lo tanto, podemos concluir que este escritor representa la homología que existe entre el campo literario y el campo de poder, pues como sostiene en su libro *La metáfora del poder* (1993) Martha Robles: “en lo que respecta a la situación social del escritor, son muchas las puntas a analizar, desde su humilde tributo a la palabra y su pasión por la verdad hasta el nada literario uso del lenguaje puesto al servicio del poder o de la propaganda” (65-66), una homología perfecta a diferencia de la homología que existe entre las posiciones del campo literario y las posiciones en el campo social global (Bourdieu 373). Aguilar Camín fue “el más sobresaliente de los intelectuales salinistas” (Gillermoprieto 108), hecho que nos permite comprobar que la relación entre los miembros

del campo literario y el campo de poder radica en que éstos son sus principales clientes, tal como lo hemos demostrado en este trabajo.

Bibliografía

- Aguilar Camín, Héctor. *El error de la luna*. México: Punto de Lectura, 1995.
- . *El resplandor de la madera*. México: Alfaguara, 1999.
- . *Historias conversadas*. México: Cal y Arena, 1992.
- . *La conspiración de la fortuna*. México: Planeta, 2005.
- . *La decadencia del dragón*. México: Cal y Arena, 1983.
- . *La guerra de Galio*. México: Cal y Arena, 1988.
- . *Las mujeres de Adriano*. México: Alfaguara, 2001.
- . *Mandatos del corazón*. Venezuela: Sudamericana, 2003.
- . *Morir en el golfo*. México: Cal y Arena, 1986.
- Ai Camp, Roderic. *Las elites de poder en México*. México: Editorial Siglo XXI, 2006.
- Arce Gaxiola, Fernando. “El caciquismo obrero: Joaquín Hernández Galicia en Ciudad Madero”. *Partido Revolucionario Institucional, 1946-2000: Ascenso y caída de partido hegemónico*. Coord. Víctor Manuel Muñoz Patraca. México: Siglo XXI, 2006.
- Badillo, Miguel. “Favoreció Salinas a Aguilar Camín”. México: *El Universal*, 9 de febrero de 2001. 12 de junio de 2010
<http://www2.eluniversal.com.mx/pls/impreso/noticia.html?id_nota=47393&tabla=nacion>
- Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Trad. Thomas Kauf. Barcelona: Anagrama, 1995.
- Bourdieu, Pierre. “El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método”. Trad. Desiderio Navarro. *Criterios*. 25-28 (1990): 20-42. 25 de junio de 2010.
<<http://www.criterios.es/pdf/bourdieuCampo.pdf>> .

- Buendía, Manuel. *Los petroleros*. México: Ediciones Océano, 1985.
- Cabrera López, Patricia. *Una inquietud de amanecer*. México: Plaza y Valdes, 2006.
- Castañeda, Jorge. *La utopía desarmada*. México: Joaquín Mortiz/Planeta, 1993.
- Dresser, Denise. "Héctor Aguilar Camín: morir a la Mexicana". *Proceso* 1269 (2001).
- Díaz Polanco, Héctor. "Universalidad y particularidad". *Lo propio y lo ajeno: interculturalidad y sociedad multicultural*. Comp. Klesing-Rempel. México: Editorial Plaza y Valdés, 1996.
- Domínguez Michael, Christopher. *Antología de la narrativa mexicana, vol. 2*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- F. Petras, James. *La izquierda contraataca: conflicto de clases en América Latina en la era del neoliberalismo*. Trad. Diego Palacios Cerezales. España: Ediciones Akal, 2000.
- Gardinelli, Miempo. *El género negro*. México: Colección Molinos de viento de la Universidad Autónoma Metropolitana, 1996.
- Guillermoprieto, Alma. "Ciudad de México, 1992". *Hecho en México*. Comp. Lolita Bosch. Barcelona: Mondadori, 2007. 93-116.
- Genette, Gérard. *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Trad. Cecilia Fernández Prieto. Madrid: Tauros, 1989.
- Iglesias Santos, Montserrat. "El sistema literario: teoría empírica y teoría de los polisistemas". *Avances en la teoría de la literatura*. Comp. Darío Villanueva. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago, 1994. 339-348.
- Insunza Andrea, Ortega Javier. "Héctor Aguilar Camín: la prensa es el país de los hechos adversos". *Revista Dossier*. 12 (2009). 25 de julio de 2010.
<<http://www.revistadossier.cl/detalle.php?id=21>>.

- Pansters, Will. "Transición y violencia. Reflexiones sobre el cambio político en México". *Las sociedades del miedo. El legado de la guerra civil, la violencia y el terror en América Latina*. Eds. Kees Koonings, Dirk Kruijt. España: Ediciones Universidad Salamanca, 2002.
- Kuri Camacho, Ramón. *Tres pensadores mexicanos: cultura católica e identidad nacional*. México: Editorial Plaza y Valdés, 2001.
- Labrada Aguilera, Agustín. "Los libros se escriben como se hacen las cosas". *Un paseo por el paraíso: doce entrevistas con escritores de México y Cuba (1995-2005)*. México: Editorial Plaza y Valdés, 2006.
- Loyo Brambila, Aurora. *Los actores sociales y la educación: los sentidos del cambio (1988-1994)*. México: Editorial Plaza y Valdés-UNAM, 1999.
- Masoliver Ródanés, Juan Antonio. "Narrativa mexicana actual. Desintegración del poder y la conquista de la libertad". *Anales de Literatura Hispanoamericana* 24 (1995). 5 de diciembre de 2010
<<http://revistas.ucm.es/fil/02104547/articulos/ALHI9595110035A.PDF>> .
- M. Ackerman, John. *Organismos autónomos y democracia: el caso de México*. México: Editorial Siglo XXI, 2007.
- Mendoza García, Jorge. "Los medios de información y el trato a la guerrilla. Una mirada psicoanalítica". *Movimientos Armados en México: XX*. Eds. Oikión Solano, Verónica y Martha Eugenia García Ugarte. Michoacán: El colegio de Michoacán/CIESAS, 2006.
- Monsiváis, Carlos "Intelectuales mexicanos de fin de siglo". *Viento del Sur* 8 (1996): 43.
- Moreno, Martín. "Los Salinas y el poder". México: *Excélsior*, Edición del miércoles 17 de febrero de 2009.
- Nancy-Zekmi, Silvia. "¿Testimonio o ficción? Actitudes académicas".

[Ciberletras: Revista de crítica literaria y de cultura](#), 5 (2002). 5 de diciembre de 2010

<<http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v05/nagy.html>>.

Oviedo, José Miguel. *Historia de la literatura hispanoamericana 4. De Borges al presente*. Madrid: Alianza Editorial, 2001.

Pimentel, Luz Aurora. *El relato en perspectiva*. México: Siglo XXI, 1999.

Pacheco Colín, Ricardo. “La política es el arte final de fracasar: Héctor Aguilar Camín”.

Diario La Crónica de Hoy. Lunes 22 de agosto de 2005. 10 de octubre de 2010

<<http://www.cronica.com.mx/nota.php?idc=198184>> .

Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.

----- . “Los contestatarios del poder”. *Novísimos narradores hispanoamericanos en marcha 1964-1980*. México: Marcha Editores, 1981. 9-48.

Robles, Martha. *La metáfora del poder*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)/Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, 1993.

Romero Gómez, Gabriela. “¿Quién es Héctor Aguilar Camín?”. *Revista Principio y Fin*, julio de 1998. 15 de junio de 2010.

<<http://www.ptv.com.mx/principioyfin/revista/entrevista/ent00.htm>> .

Roura, Víctor. *Codicia e intelectualidad*. México: Lectorum, 2004.

Rodríguez Ledesma, Xavier. “Escritores y poder en México: una dualidad republicana”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 182-183 (2001): 211-225. 15 de junio de 2010 <<http://redalyc.uaemex.mx/pdf/421/42118310.pdf>> .

----- . *El pensamiento político de Octavio Paz: las trampas de la ideología*. México: Editorial Plaza y Valdés, 1996.

----- . “Escritores y poder. La política frente al espejo de tinta”. *Estudios sobre las culturas contemporáneas*. 28 (2008). 15 de junio de 2010

<<http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=31602806>> .

Shaw, Donald L. *Nueva narrativa hispanoamericana. Boom. Posboom. Posmodernismo.*

Madrid: Cátedra, 1999.

Scherer García, Julio. *La terca memoria.* México: Grijalbo, 2007.

Tejeda, José Luis. *La transición y el pantano: poder, política y elecciones en el México actual, 1997-2003.* México: Editorial Plaza y Valdés, 2004.

Volpi Escalante, Jorge. *La guerra y las palabras: una historia intelectual de 1994.*

México: Ediciones Era, 2004.

Zapata Galindo, Martha. “Los intelectuales en México y el salinismo: transición política y modernización neoliberal”. *Los poderes de lo público: debates, espacios y actores en América Latina.* Eds. Marianne Braig, Anne Huffs Schmid. Madrid: Iberoamericana Editorial/Vervuert, 2009. 109-120.

Zeran, Faride. “Héctor Aguilar Camín: el error de los intelectuales”. *Desacatos al desencanto: ideas para cambiar de milenio.* Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1997. 109-120.